

UNIV. OF ARIZONA

863.59 P438a

mn

Perez de Ayala, Ram/Luna de miel, luna d



3 9001 03944 6649

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

OBRAS DE R. PÉREZ DE AYALA

TINIEBLAS EN LAS CUMBRES. *Novela*. Publicada con el seudónimo «Plotino Cuevas».

A. M. D. G. LA VIDA EN UN COLEGIO DE JESUITAS. *Novela*.

LA PATA DE LA RAPOSA. *Novela*.

TROTERAS Y DANZADERAS. *Novela*.

LA PAZ DEL SENDERO. EL SENDERO INNUMERABLE.
Poemas.

PROMETEO. LUZ DE DONINGO. LA CAÍDA DE LOS LIMONES. *Tres novelas poemáticas*.

HERMANN, ENCADENADO. Notas de un viaje al frente de guerra italiano.

POLÍTICA Y TOROS. *Ensayos*. Maura, Romanones, Vicente Pastor, El Gallo, Belmonte, Joselito, etc., etc.

LAS MÁSCARAS. Volumen I. Ensayos de crítica teatral sobre Galdós, Benavente, Linares Rivas, Los Quintero, Arniches, etc., etc.

LAS MÁSCARAS. Volumen II. Ensayos de crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakespeare, Ibsen, Óscar Wilde, etc., etc.

EL SENDERO ANDANTE. *Poemas*.

BELARMINO Y APOLONIO. *Novela*.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL. *Novela*.

LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA. *Novela*. Continuación de LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

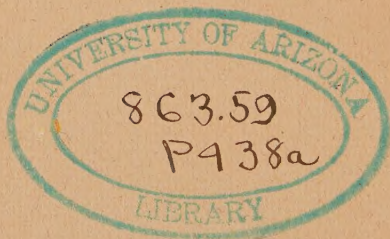
LUNA DE MIEL,
LUNA DE HIEL

NOVELA

MCMXXIII
MUNDO LATINO
MADRID

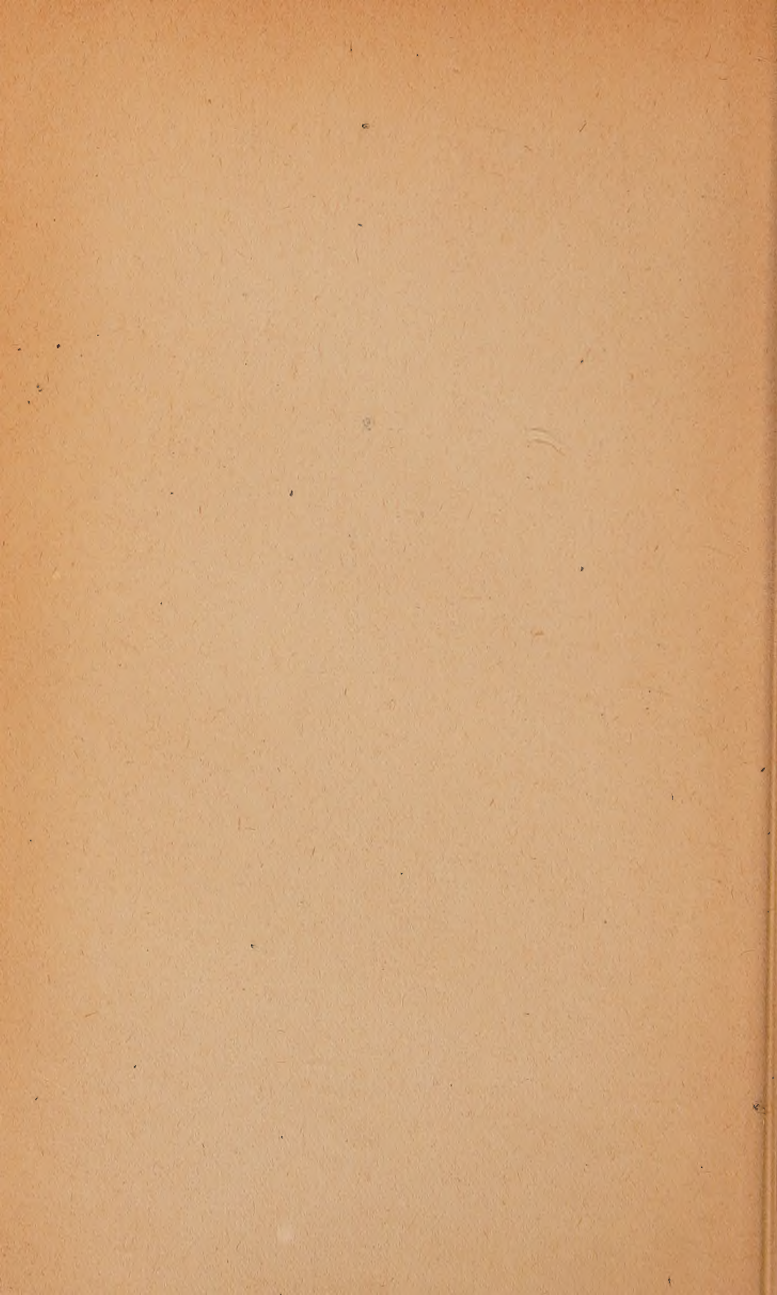
PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1923 BY
RAMÓN PÉREZ DE AYALA



Imprenta Helénica. Madrid.

CUARTO MENGUANTE





QUELLA SOBREMESA
del 8 de junio fué, como
todos los grandes hechos
históricos, un suceso al
parecer cotidiano, sino
que el Destino, que se
hallaba presente e invis-
ble, volcó el cubilete de

los dados fatales, y los personajes, cuya suerte quedaba allí mismo decretada, aunque no podían contemplar, ni presumir siquiera, la cifra del futuro, sintieron al modo de un escalofrío insidioso en la cañada de los huesos.

—Todos, *némine discrepante*, ¿no se dice así, Cástulo?, anhelamos que la boda se celebre lo más pronto posible. Hemos pedido ya la mano de Simona. Los chicos no pueden vivir más tiempo el uno sin el otro. Son dos ángeles purísimos. A ninguno de los dos les ha rozado el ala de un mal pensamiento. Será un matrimonio ideal; algo así como Adán y Eva en el Paraíso; salvo que... claro está... Urbano, retírate; vete a la salita y no vuelvas hasta que yo te llame.

Hallábanse en torno de la mesa, concluida la comida meridiana, cuatro personajes.

El primero y principal, doña Micaela Cano de Fano, que era, como casi siempre, quien estaba en

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
el uso de la palabra. Por filo de los cuarenta y cinco, poco más o menos; vestida con peinador blanco, bastante descotada porque le aquejaba el calor y padecía de sofocos; el pelo suelto por la espalda, pues sufría de jaquecas; perfil aguileño y enjuto—muy parecido al del Dante—, con la piel, como ahumada y color cordobán, adherida al hueso; ojos atrincherados, duros y alerta. Había colocado la silla de través y un brazo sobre el respaldar. Talante compuesto, entre altivo y romántico. Ocupaba, contra luz, una cabecera de la mesa rectangular. En la otra cabecera no había nadie,

A su diestra, el marido, don Leoncio—testa rapada, rostro oliváceo, barbas de acero: cabeza de hugonote vencido—, revolvía, en actitud de resignación, el café.

A la izquierda de la señora, el preceptor del unigénito, don Cástulo Colera, varón conspicuo por su mansedumbre y miopia extraordinarias; gafas de oro, con sutil cadenilla que remataba en un garfio, y el garfio asido en el pabellón de la oreja; ojuelos azules y contraídos; repartida por cráneo y quijada, rala pelambre, áurea antaño, hogaño un tanto—muy poco—blanquinosa. Su faz daba, en conjunto, la impresión de una mañana de octubre, de esas color de miel.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Por fin, del lado del corazón del padre, el unigénito; Urbano, de su natural y por imposición de pila; mancebo de veinte años, voluminoso de cabeza, fisonomía en exceso aniñada para la edad, bigotejo primerizo, tez lechosa, como de fruta madurada en el sobrado; muy tímido, exageradamente susceptible al rubor y aun al llanto, y como contraste, mandíbula ancha, que denotaba fuerte voluntad, acaso soterraña y en germinación todavía.

Urbano, obediente y azoradísimo, salió del comedor, dando traspiés. En dejando de oírse sus pisadas, prosiguió doña Micaela:

—Serán como Adán y Eva, antes del pecado... Salvo que ahora, en estos tiempos corruptos, se necesita de casa y vestidos.

—Que cuestan un ojo de la cara—añadió don Leoncio.

—Ya saltó el gran tacaño...—dijo doña Micaela—. Dinero, dinero... No hablas de otra cosa.

—Porque no tenemos tanto como tú te empeñas en creer.

—Embustes tuyos, que no quieres gastar lo que el decoro nos exige. Y, sobre todo, haz el favor de no interrumpirme, entre otras razones, porque lo considero una grosería. Continúo. Insisto en que los chicos son como dos recién nacidos. No cabe

mayor inocencia. Son igual que Adán y Eva. Segura estoy que los dejaríamos en un jardín, por su cuenta, como nuestros primeros padres, y no sucedería nada malo.

—No hay la menor duda - corroboró el manso y meloso don Cástulo.

—No hay duda—se atrevió a decir el marido.

—Hombre, *rara avis*, ¿no se dice así, Cástulo? Por milagro eres de conformidad conmigo—exclamó doña Micaela, con dejillo sarcástico.

—Me alegro de oírtelo, mujer, pues es señal de que tanto como yo contigo estaras tú conforme conmigo. Siendo como es verdad lo que supones de los chicos, ¿qué prisa tienes en que se casen? ¿Cómo van a arreglárselas de casados?

Doña Micaela clavó los ojos, severamente, en don Leoncio, el cual, aunque sin mirar, sentía sobre sí la gravitación abrumadora de la mirada conyugal, y elucidó:

—No he sabido expresarme a las claras. He procurado dar a entender que el matrimonio es prematuro. ¿Qué piensa usted, Cástulo?

Antes que el preceptor respondiese, se interpuso la señora:

—¡Prematuro!... ¡Qué escándalo! Pues por eso, oye-lo bien, porque Urbanito está en estado abso-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

luto de inocencia, debe casarse, para que jamás la pierda, pues el amor sancionado por Dios es tan inocente y limpio como la castidad misma.

El tranquilo don Cástulo se agitaba con disimulo en el asiento.

—¿Qué rebulles ahí? Algo se te ha atravesado en la sesera—indagó la señora.

—Nada, nada, ¡oh, cielos!—exclamó don Cástulo.

—¡Oh, cielos!, has dicho. Señal que algo guardas.

—Mujer—acudió el marido—, no le fuerces a ser hipócrita.

Don Cástulo prosiguió con exculpaciones mudas, elevando y sacudiendo las manos, y abriendo sus dulces ojuelos, dos turquesas oxidadas.

—Yo hablaré por él. Don Cástulo piensa que ese matrimonio es prematuro, y por tanto peligroso—añadió don Leoncio.

—Habla, Cástulo, con entera libertad, que no me he de ofender—ordenó seçamente la señora, retirando hacia atrás la cabeza.

—Bien mirado, soy del mismo dictamen que Micaela.

Se advertía la insinceridad y zozobra de don Cástulo.

—¿Por qué te rebullías, pues?—preguntó doña Micaela.

—Ideas peregrinas que se le ocurren a uno, de sopetón—respondió evasivamente don Cástulo.

—A ver, a ver; echa fuera esas ideas peregrinas.

—Sin querer—habló, compungido, don Cástulo—acordéme de Dafnis y Cloe.

—¿*Da finis sicloen?*—inquirió, sonriendo, la señora—. Mira, Cástulo, déjanos ahora de latinajos.

—No es latinajo. Es el nombre de dos amantes helénicos.

—A todo lo que no me suena lo llamo latinajo. Estoy en mi casa y en mi derecho. Pero, sepamos. ¿Qué les sucedió a esos amantes edénicos?

—Helénicos—rectificó don Cástulo—. Y también edénicos. Has dado en el clavo, Micaela. Pues eran dos pastorcillos, lastimados de mutuo y ardiente amor, que vivían a solas, devaneando y triscando a lo largo del día por bosques y praderas; pero, aunque Natura, no más allá de los rebaños que ellos mismos apacentaban, les ofrecía doctrina y ejemplo, su inocencia e ignorancia de las prácticas amorosas eran tales que no acertaban a satisfacer el deseo. ¡Égloga deliciosa, pulquérrima!

Y don Cástulo, en éxtasis, desnudó las azules pupilas, donde temblaba un resplandor remoto del cielo de Mitilene.

—Todas esas indecencias—dictaminó doña Mi-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL caela—que, rebozadas en lenguaje almibarado, nos has hecho tragar, sucederían en tiempo de gentiles o moros. Nuestro caso es bien distinto. Se trata de un matrimonio cristiano, entre dos criaturas inocentes, como Dios manda. Y el Ángel de la Guarda les inspirará lo que deban hacer.

—Ni más, ni menos. Lo que yo quería decir—añadió sofisticamente don Cástulo—. El matrimonio, según disponen Dios y asimismo Naturaleza, que es obra de Dios, ha de principiar en idilio, o luna de miel, como dice el vulgo. Para lo cual no hay sino que los esposos sean inocentes como recién nacidos. Porque de lo contrario, ¿cómo hallará la miel sabrosa paladar que está estragado de ella?

Y al hablar de la miel, bien que nunca la hubiese catado, don Cástulo adquiría dulce autoridad; como que su cabeza semejaba estar ungida y barnizada con miel.

—Te dejas caer como filósofo, Cástulo; por eso te respeto y en ti fío. Con qué sagacidad penetras mi íntimo sentir. Tú, que no eres nada mío, me comprendes... En cambio..., Dios me ha impuesto pesada cruz: estar unida a un hombre que en todo me es extraño—expostuló con gesto de martirologio doña Micaela.

Luego condujo la mirada, con perspectiva alta-
nera y oblicua, hacia don Leoncio, quien de verde
aceitunado se volvió verde cenizoso, y, furtiva-
mente, enderezó a don Cástulo una ojeada en la
cual aspiraba a diluir la tribulación de su alma.

Quería decir don Leoncio con la ojeada: «Mi
mujer es indómita y necia. Usté, Cástulo, me com-
padece. Muy en su punto. Pues más le compadez-
co yo a usté, porque es preferible el desdén al fa-
vor de esta tarasca.»

De su parte, don Cástulo devolvía al paciente
esposo otra ojeada cautelosa y logográfica: «Está
usté pasando mal rato, Leoncio. Perdóneme; he
sido la ocasión involuntariamente. Yo también
paso malísimo rato. Se me va a indigestar el atún.
Repáre, para su consuelo, que su mujer es una
fuerza incontrastable, una energía cósmica. Todas
son así; las suaves y las bravas. Hay que aceptar-
las como manifestación de la voluntad enconada
y maligna de los dioses enemigos; como la enfer-
medad, la vejez y la muerte. Pero, ¡ay!, nos hacen
falta para un fin trascendental: la perpetuación de
la especie. Dichoso usté, que se ha propagado en
un hijo. Yo, infortunado de mí, no he tenido ac-
ceso a ellas sino en la conversación y los libros.
No me han querido, no se han fijado en mí, a no

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
ser empleándome como término de comparación
para enardecer o molestar al pretendiente o al es-
poso. Triste papel.»

Después del diálogo inaudible, en que los dos interlocutores se adivinaron el pensamiento intuitivamente, doña Micaela reanudó su perorata:

—Haría grabar en mármol esa sentencia. ¿Cómo ha de gustar la miel el estragado? ¡Qué asco, Dios bendito, oír algunas personas! La mujer decente ha de llegar al matrimonio inmaculada, una azucena. No faltaba más... El hombre se casa hastiado del vicio, contaminado de podre..., y se le tiene por hombre irreprochable. ¿No es este tu criterio, Leoncio?

—Mujer, no me habrás oído parecido disparate.

—Hay algo peor que decir ciertas cosas: hacerlas.

—Mujer, antes y después del matrimonio, toda mi vida he sido un burro de carga.

—Menos mal que lo admites; la confesión trae quizás aparejada la enmienda. Burro de carga... Y te has ceñido al refrán: no se hizo la miel, ni menos la luna de miel, para la boca del asno.

Pausa.

Doña Micaela gritó:

—Urbano, vuelve.

Apareció, mohino, el unigénito. Encarándole, dijo la madre:

—Os habéis tomado ya los dichos. Madre y abuela de tu novia se impacientan. Mi impaciencia no es menor. Que Simona y tú os consumís, es evidente. ¿Quién, entonces, estorba la unión por todos apetecida? ¿La estorbas tú, Leoncio? ¿Impedimentos?

—Son demasiado niños. Es un matrimonio prematuro.

Don Leoncio se había encariñado con la palabra «prematuro», bien que no alcanzase del todo su valor exacto; pero se le antojaba que contenía poder suasorio incontrovertible y vaga amenaza catastrófica.

—Tu eterna obstinación de asno...—asentó doña Micaela.

MUCHO le dolía a don Leoncio este dicterio, en presencia del hijo. Guardó para sí el dolor, sin responder irritado y en menosprecio de

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
su mujer. «Mi hijo—pensaba—, avezado a las insolencias y desaíres que me hace su madre, ¿cómo podrá respetarme ni siquiera en las maneras, y menos en lo reservado del pecho?» Pero comprendía que si devolviese a su mujer los denuestos, el daño sería más grave; acabaría el niño por no respetar tampoco a la madre. Lo esencial era que Urbano respetase a su madre. Hombre bondadoso y sin instrucción, don Leoncio sustentaba su breve y vergonzante vida espiritual con varios puntales o supersticiones nobles: una de ellas el culto de idolatría por La Madre, en abstracto; por todas las madres. La suya, en verdad, había sido santa. De familia linajuda y tronada, burgalesa, mujer de abogadete de pueblo, quedó viuda con cuatro hijos, el más crecido Leoncio, de diez años. Mediante trabajos heroicos y sin descender un ápice en su dignidad, fué sacando adelante la huérfana prole. Leoncio, a los catorce, se expatrió, vino a Pilares, e ingresó de meritorio en un bazar de quincalla. Trabajó, con entrega de sí propio, por sostener a los suyos. Logró ir situando a los hermanos menores en diferentes localidades y empresas. Proporcionaba, desde lejos, a su madre holgura y descanso en la vejez. Condueño ya del bazar, y aunque muy enamorado de Micaela, no

R A M Ò N P É R E Z D E A Y A L A

quiso casarse hasta que perdió a su madre; que sólo en aquel punto se juzgó señor de sus actos. Por eso pensaba: «Que Urbano ame y respete a su madre. Yo soy lo de menos. La vida sería intolerable sin el santo recuerdo de la madre.» Lo que él no sospechaba, ¡el infeliz!, era que Urbano, por virtud de las artes nada paladinas e insinuaciones delicadamente sutiles de don Cástulo, le respetaba y amaba más a él que a doña Micaela. Por temerla demasiado, Urbano aborrecía un poco a su madre, inconscientemente, a modo de desazón y tirantez muy interiores y oscuras. Con don Leoncio, Urbano se permitía conatos de energía y desparpajo, en parte inducido por la madre y contaminado por la rutina del hogar, donde don Leoncio era algo así como el último mono; en parte, porque, sintiéndose tan débil y empequeñecido bajo la autoridad materna, cedía a veces al impulso adolescente de imponer su voluntad, por desquite, sobre alguien más flojo y sumiso, y para eso allí estaba a propósito su padre; pero, señaladamente, porque don Leoncio atraía a Urbano con una especie de amistosa y amorosa confianza. Urbano no tenía sino un amigo, partido en dos mitades. Una de las mitades, la que corresponde al trato continuo, la mitad pasiva de la amistad, era el

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
preceptor, don Cástulo. La otra mitad, oculta y silenciosa, donde reside el amor leal, era don Leoncio, su propio padre.

QUIERO casarme. Quiero casarme. Quiero casarme—rompió a decir Urbano, mirando a su padre y con voz que pretendía ser inflexible. Le temblaba la prominente mandíbula, como si la voluntad, latente y aún no ejercitada, tantease sus primeras afirmaciones.

Quedó contemplando el padre al hijo, y observándole tan pueril y apersonado juntamente, se le derramó por el alma gran dulzura y orgullo. Con sonrisa benévola, respondió:

—Críate primero. Tu madre sostiene que eres como un recién nacido.

—Tengo veinte años. Me he recibido de abogado. Es hora que deje de ser un recién nacido—arguyó Urbano, afianzándose con los ojos en el rostro paterno, pues en cuanto mecía la mirada hacia su madre se le paralizaba la voz y la sangre le afluía a las mejillas.

—Concluyamos—dijo doña Micaela—. Hoy es ocho de junio: la boda se celebrará el ocho de julio. Inútil toda oposición, como no sea del Nuncio de Su Santidad.

El alma humana está integrada de contrarios en equilibrio inestable. Por un fenómeno de mecánica psicológica, Urbano, antojado en casarse cuanto antes, al oír a su madre fijar la fecha sintió terror. Se le agallinó la piel por todo el cuerpo. Con ojos de angustia miró a su padre, ansiando, de modo absurdo, que aplazase la fecha de la boda.

—¿No se te ablanda el corazón de roca ante la cara suplicante de ese ángel?—murmuró doña Micaela con ternura enfática, aparente.

Don Leoncio, con ternura auténtica, reservada, honda y trágica, respondió:

—Porque tengo el corazón blando; porque quiero la felicidad de mi hijo; por eso me opongo a la boda... que es prematura.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

DON Leoncio, en ancha visión simultánea, atalayaba de presente toda su historia personal, en lo tocante al amor. Antes de casarse, apenas si Leoncio había ensayado alguno que otro escarceo de amor clandestino. No le preocupaba sino el trabajo. Se había casado en torno a los treinta (Micaela tres años más joven), después de un noviazgo de diez años, con intermitencias originadas en el desvío y cansancio de la novia. Después del primer alumbramiento, Micaela se opuso a una segunda maternidad, y desde entonces, fanáticamente, según sus raras ideas y austerísimos métodos, vivió sólo para el cuido y educación del único vástago. El marido dejó de existir para ella. En el rodar del tiempo, don Leoncio acabó apasionándose por una cualquiera, que además de consumirle a él le consumía la hacienda. Nada sospechaba doña Micaela de estos amoríos. Don Leoncio recapitulaba su experiencia amatoria y conyugal en unos cuantos axiomas: «El que no la corre de soltero, la corre de casado, que es peor. Si yo, antes de casarme, hubiera tenido alguna práctica de las mujeres, habría sabido cómo tratar a la mía, de suerte que me quisiese y respetase, y no que se aburríó de mí en seguida. Que mi fracaso me sirva de escarmiento para evitar a mi

RAMÓN PÉREZ DE AYALA
hijo la misma desgracia.» Además, le asistían a don Leoncio otras razones incontrastables, de orden económico, en contra del «prematureo» matrimonio de Urbano.

URBANO es menor de edad y no puede casarse sin mi consentimiento—dijo don Leoncio.

—La boda se celebrará el ocho de julio. Cruz y raya —aseguró doña Micaela, desemblantándose.

El destino, presente e invisible, volcó en este momento el cubilete de los dados fatales. *Alea jacta fuit*. Ya todo era indiferente.

—Micaela: sin mi consentimiento no hay boda, legalmente.—A don Leoncio le corrían goterones de sudor por la rugosa frente, labrada de añejos trabajos; trabajos casi bovinos.

—No seas estúpido, Leoncio. Hay que casar a Urbano en seguida. Piensa en el chico de Parras. ¿Deseas el escándalo?

(Urbano, a quien su madre mantenía celosamente ausente de toda relación y noticia del mundo,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
se preguntó entre sí: «¿Qué será ese escándalo del
chico de Parras?»)

—Lo ocurrido al chico de Parras viene en mi
apoyo. La señora de Parras ha sido tu modelo.
Pues ahí tienes. Tanto guardar al hijo en un fanal
y de pronto, ¡cataplúm!, el rapto. Se les escapa el
angelito con una criada vieja y tuerta. Por fortuna,
los han detenido.

—Cierra esa boca, libertino—bramó doña Mi-
caela—. No manches con abominaciones la pureza
de tu hijo. Y tú, Urbano, olvida lo que has oído a
tu padre, que no sabe lo que dice; delira.

Pero Urbano, en su interior, rumiaba: «Un rapto.
¿Qué será un rapto? Escaparse con una criada tuer-
ta... ¿Para qué?» Y sentía el alma trémula y lívida.

Don Leoncio estaba con la cabeza caída sobre
el pecho, los ojos muy abiertos y turbios, como
un ahorcado.

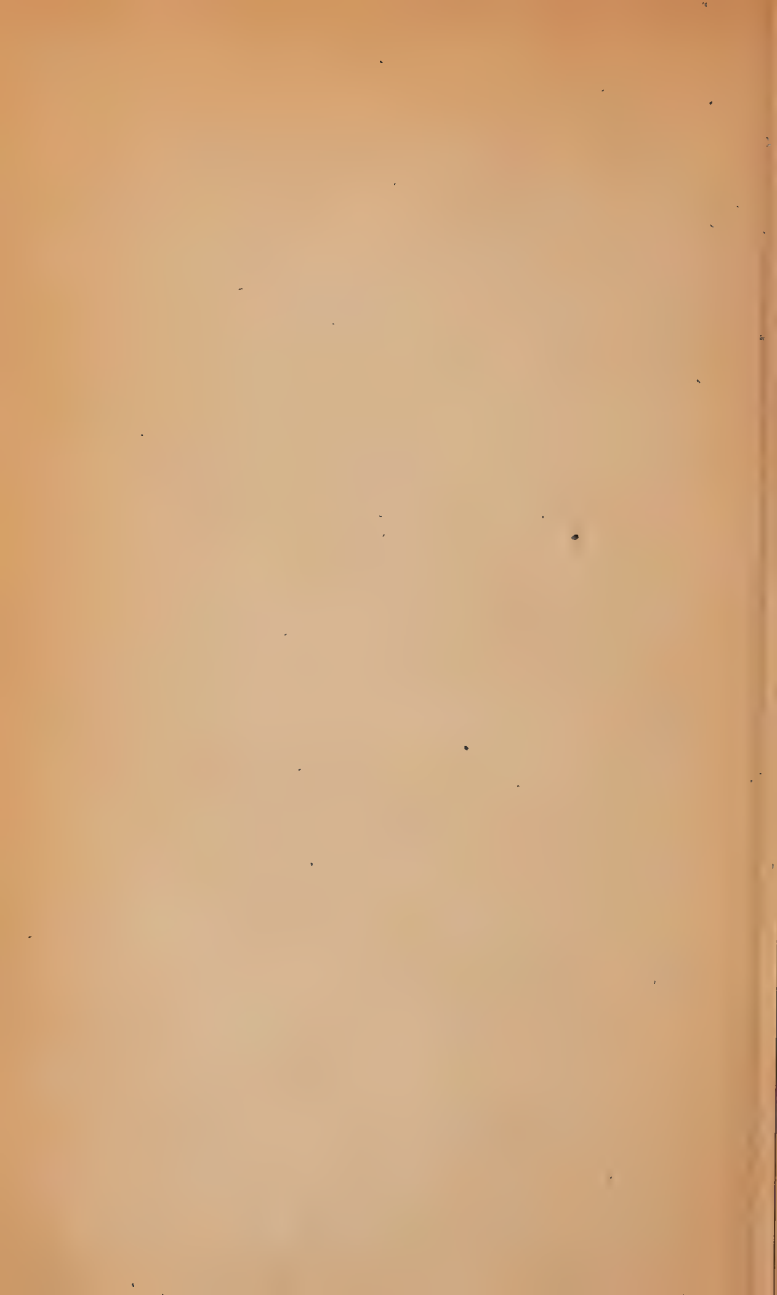
Don Cástulo, semejante al espectador de ánimo
sencillo que presencia una tragedia desde la pri-
mera fila de butacas, con ojos contraídos y

corazón alarmado, cavilaba: «Ya está

apretado el nudo. Funestos presagios

estremecen el aire. ¿Qué va a

pasar aquí?»





EL RESORTE VITAL DE

doña Micaela era la ambición. No anheló vagaroso, romántico, de medro y vanagloria, sino ambición rectilínea, tenaz, hacia unos pocos objetivos asequibles, definidos,

concretos, bien que ciertamente difíciles. A estos objetivos, añejos y constantes, doña Micaela, en sus soliloquios tácitos, nunca los había llamado ideales, sino *ideas*; porque, cerrando los ojos, los veía con maravillosa claridad y precisión destacarse sobre el fondo fuliginoso de la conciencia. Desde muy niña, tenía allí, bajo la frente adusta, sus *ideas*. Hay personas, dotadas del sentido de orientación topográfica, que a través de tierra incógnita, en el bosque ni entre riscos, jamás pierden el rumbo. Doña Micaela poseía un don más raro aún: el sentido de orientación en la vida. Habíase orientado, apenas adquirido el uso de razón, para ya no desviarse nunca del derrotero, porque, además de la idea que la guiaba y del ansia que la impelía, estaba asistida de las cualidades subalternas a la ambición; temperamento receloso, pasión fría, voluntad terca. La mayor parte de las criaturas humanas no dejan de ser, mientras alientan, meras

criaturas, entes pasivos; en el punto de nacer, criaturas del pasado; y luego, en cada uno de los instantes de la existencia, criaturas de las circunstancias. Doña Micaela, por el contrario, no admitía la realidad tal cual espontáneamente se ofrece, sino que, antes de aceptarla, pretendía convertirla en lo que ella, doña Micaela, quería que fuese y creía que debía ser. En lugar de someterse a la realidad, la sometía. Dante definió la naturaleza como un menestral cuya mano tiembla. Aunque ignorante de esta sentencia, doña Micaela era del propio parecer que el florentino. Claro que ella no se servía de estos mismos términos intelectuales; realidad, naturaleza. A todo lo exterior y más allá de su epidermis y sentidos lo denominaba «la vida» y «cosas de la vida». Para ella, «la vida» era una potencia oculta, que creaba y mudaba el mundo sin cesar. Todo el resto—la gente, las bestias, los sucesos y los objetos materiales—eran «cosas de la vida». Estaba segura de la omnipotencia de la vida, y asimismo de su ceguedad y estupidez. La vida podía hacerlo todo, pero, como andaba a tientas y sin inteligencia ni designio, no hacía más que disparates; objetos feos, animales feos y brutos, gente fea, bruta y mala. La vida necesitaba de alguien que la tomase como de la mano y acer-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
tase a aprovechar su misteriosa fuerza todopoderosa, conforme a una *idea* neta y un propósito elevado. Doña Micaela no quería ir a rastras ni empujada por la vida. Y determinó ser su lazarillo.

La primera de las *ideas* de doña Micaela era la ambición social. La primera en el tiempo y la más profunda en la geología de sus entrañas; algo así como el estrato arcaico y cristalino de su espíritu. Alrededor de los ocho años de edad ya había decidido ser *una señora* y codearse con personajes linajudos y de fuste; duro empeño.

Era hija de una tendera que tenía un puesto de quincalla y géneros catalanes al aire libre, en la Plaza del Mercado. La Plaza del Mercado: un gran espacio cuadrangular, entre caducas y claudicantes casitas con soportales, que a las horas antemeridianas se colmaba con el aflujo de la aldea, en un ancho hervidero de colores, olores y clamores, los más nimios y acres; toda suerte de carmines, cinabrios, veroneses y gualdas, de las frutas y las hortalizas; los bermellones, cadmios, índigos y morados de las basquiñas, los dengues y los quitasoles labriegos; el aroma balsámico de las yerbas montesinas, el olor fatigoso de los quesos de pimentón, de afuegaelpito y de pata de mulo, vaho de terruño húmedo, husmillo de corraliza y de es-

tablo; cacareos de pollos, graznidos de patos, balidos de corderos, ladridos de canes, sonos de zanfonia y de cornamusa, risas, sufragios e impreaciones, la oratoria del sacamuelas, la salmodia de la niña de los romances, la quejumbre del ciego, recitador de crímenes y naufragios. A prima tarde, la plaza se desangraba, e iba cayendo en páli-da y silenciosa quietud, sin ningún signo de vida. En el aire inerte, cerníanse las campanadas de la vecina iglesia de San Isidoro, doblando a Ánimas.

Allí pasó Micaela los años de su infancia, de su adolescencia y de su juventud. Su educación hubiera sido peor aún que la de la calle, como es la educación del mercado, si no fuera que Micaela no había nacido para dejarse formar por la realidad circundante ni arrastrar por el flujo de la vida, antes para corregir y encauzar la realidad próxima y el caudal de vida que le había cabido en suerte, dentro de sí y en torno suyo. Rasgo primordial de su carácter: la ausencia de sensualidad. No la dominaban los sentidos. Casi, casi, no tenía sentidos, puesto que no los utilizaba para entregarse al mundo ni deleitarse en su hermoso espectáculo, sino como espías y testigos de cargo, que traían noticias y delaciones desde fuera al interno tribunal de la inteligencia, la cual casi siempre dictaba

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
fallos reprobatorios. En el centro del mercado, sumergida en aquella pleamar de vida primaria, densa, abigarrada y tumultuosa, Micaela se abstraía de las sensaciones inmediatas; los colores no la deslumbraban, ni el movimiento la enardecía, ni los olores la estimulaban, ni las músicas la enternecían. Su piel era cetrina y como curtida, sin nervios; un aislador. (Piel, por lo demás, caliente, mate, tersa, unida, muy bella). Y, no juzgando por los sentidos sino por la conciencia, el mercado, que era el hemisferio de luz de su mundo, se le aparecía como un revoltijo informe y repugnante de codicias, lujurias, necedades, engaños, amarguras y miserias. Y el hemisferio de sombra, la plaza vespertina y hueca, como tedio irremisible, premonición de muerte.

Ya a los ocho años, Micaela preguntó a su madre (una mujer gorda, colorada, bruñida, toda corazón e instinto):

—Ese hombre que vive con nosotros no es mi padre, ¿verdad?

La madre se puso más colorada; intentó explicarse y no acertó; quiso reñir a la chiquilla y no pudo.

Micaela, mirando engallada, con sus pertinaces ojos negros, a la madre, añadió:

—Eso está mal.

Iba a enfadarse la madre; pero se echó a llorar sin saber por qué. No de vergüenza ni arrepentimiento, puesto que estaba satisfecha y orgullosa con su hombre, que era un infeliz; docil y laborioso. Harto hacía él con mantener una hija que no era suya, sólo porque era hija de ella. La madre se tenía y tenía a su hombre por personas decen-tísimas y respetables, que no andaban en dimes y diretes ni a nadie debían un céntimo. Y, sin em-bargo, se echó a llorar al oír a su hija. La abraza-ba y besuqueaba balbuciendo:

—¿Tú qué sabes, neñina?

Y Micaela, impasible, repetía:

—Eso no está bien.

El hombre de la madre tenía miedo a Micaela. Solía decir a su compañera:

—Cuando la neña me mira, éntrame no sé qué. Fijase en uno así de un modo afilao y helao como una coruxa; una coruxa que tuviese el demonio dentro. Que no me quiere, eso por descontaó. Tampoco a ti te quiere. A ninguno quiere. Acuér-date que te lo digo.

Y la madre rechazaba de labios afuera estos ad-vertimientos y reconcomios, diciendo:

—Eres un bobón y un aprensivo. Déjame el alma en paz.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Es mucho exigirle amor, ni menos cariño, a la infancia. El amor es el egoísmo de la juventud, así como el cariño—ese largo hábito de muchos años—es el egoísmo de la edad madura. El mozo ama a la persona de quien su afecto en un instante necesita, porque es de esencia del amor brotar instantáneo. El hombre va encariñándose poco a poco con la persona de quien su afecto necesita de continuo. Estas formas superiores y generosas del egoísmo no caben en la humanidad incipiente del niño, el cual, más cercano a la pura vida animal, no expresa su egoísmo por el amor ni por el cariño, sino por el apego a las personas que le rigen, sustentan y halagan, sin cuyo arrimo y valimiento se vería perdido.

Micaela, como ambiciosa, radicalmente ambiciosa, no era nada egoísta. Lo más opuesto a la ambición es el egoísmo. Y no siendo egoísta, no sentía apego hacia nadie. Sólo había un ser humano que mereciese no ya su apego, sino su simpatía, o mejor aún, su asentimiento y aprobación: y era un niño, unos tres años más niño que ella, llamado Cástulo. Pelo rojizo, ojuelos entre azules y dorados, juanete en los pómulos, hociquillo enjuto, expresión asustadiza; era la de Cástulo una carita de cachorro de vulpeja. El alma, de mariposa,

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

con mucho polvillo dorado en las alas. Micaela le producía sobrecogimiento y adoración; seguía la a todas partes, desviviéndose por serle agradable y sin apenas osar levantar la mirada hasta ella.

Cástulo era hijo legítimo de otra tendera del mercado, sirvienta anteriormente en casa de unos señores beatos, quienes enviaron al niño, de edad de ocho años, a un convento de dominicos, como fámulo y que de paso estudiase el Bachillerato y luego Filosofía y Letras.

Quedó Micaela sola y taciturna; breves horas, entre la muchedumbre y bullicio del mercado; lo más del tiempo—a la tarde y a la noche—, en la oquedad de aquella plaza letárgica. Quedó ensimismada y obstinada, con su inteligencia naciente, al modo de una boya con una lucecita encima, ya flotando sobre las potencias originarias, confusas y turbulentas de la vida, ya cercada de silencio y soledad tan absolutos como la muerte.

Micaela perseguía en su ambición la arribada a un mundo excelente, a territorio firme y de clima invariable, que no fuera la vida en sus torpes raíces, apelmazada aún con pellas del terrón nativo, simbolizada en el mercado, ni tampoco una extinción de cementerio, que tal se le representaba la plaza exangüe y solitaria.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Mas a poco de ausentarse Cástulo cayeron por aquel menudo universo de recios contrastes dos damas catequistas. Reclutaron a Micaela y la conducían todas las mañanas a la sacristía de San Isidoro, donde la adoctrinaban para la primera comunión. Aquellas damas llegaban a Micaela como las emisarias del mundo excelente con que ella había soñado, y que no era ni el exceso congojoso y necesario del mercado, ni el exceso tedioso e innecesario de la plaza vacía; ni la vida primitiva y baja, ni el no vivir; era la ociosidad bien empleada, la manumisión de las necesidades viles; era el *Señorio*. Y Micaela juró en su pecho: «Seré una señora, sea como sea y cueste lo que cueste.»

Después de la primera comunión continuó frecuentando el templo. No la captaba el sensualismo de la liturgia; ornamentos preciosos, luminarias sahumeros, música del órgano, toda esa molicie y hechicería. Más aún; el altar mayor churriguesco la irritaba verlo, agitándose en contorsiones, al resplandor tremante de los cirios, porque le traía a la memoria la imagen de Pacholo, un mendigo del mercado, que padecía el baile de San Vito.

Lo que la penetraba y aplacía en la iglesia era la sombra y la impresión de friura. Se ejercitaba fuertemente en la religiosidad. Un modo seco y

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
puritano de religiosidad; conciencia del deber más
que sentimiento. La religión le demandaba preci-
samente aquella conducta vigilante e imperativa
a que ella aspiraba; no dejarse llevar por la vida,
sino gobernar la vida. Por lo tanto, religión y se-
ñorío se le antojaron inseparables.

Entró en la pubertad sin emoción ni desconcier-
to: alargó un palmo la falda y sintió su voluntad
más endurecida. Dijo un día a su madre:

—Tienes que casarte con ese hombre.

La madre no respondía. Micaela reiteró el man-
dato. Habló la madre, al fin:

—No puede ser. Así como estamos somos feli-
ces; a nadie faltamos. Si le hiciese casarse, él vivi-
ría a disgusto y yo sería desgraciada. Además,
¿qué le voy a decir para que se case?

Habíase derramado por su boca la voz de la
bondad y del instinto.

Micaela, sin inmutarse, insistió:

—Una de dos; os casáis o yo me marchó a otra
parte.

Y como la madre se desconcertase, Micaela
añadió:

—Yo quiero llevar dos apellidos. Dar-me sólo
tu apellido es como si me colgases al cuello un
cartel: hija del pecado.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Aquella razón convenció a la madre. El instinto a veces es más razonable que la inteligencia.

Aunque a desgana de la pareja, se hizo como Micaela ordenaba.

El hombre, cuanto más esclavizado e inculto, tanto más celoso es de su libertad; de la inmensurable e ilusoria libertad que él imagina disfrutar y que a su parecer se cifra en la exención de alguna ley civil.

Esta pobre libertad ilusoria no consiste propiamente en eximirse de la ley, viviendo contra ella, sino en ignorarla, bien que viviendo conforme sus dictados; omisión de legalización, antes que exención de la ley. Que es como si un enfermo de tuberculosis se creyese libre de esta enfermedad, sin más que no admitir al médico que se la diagnostique.

Aquel individuo que cohabitaba con la madre de Micaela era esclavo de la pobreza y sus feroces cómitres, rutina, ignorancia, trabajo; siervo también de su compañera y sometido a ella por una ligadura no menos formidable que el matrimonio; pero se sentía libre porque no estaba casado formalmente. Sacrificó su libertad por miedo a Micaela. Y, en efecto, desde que legalizó la situación comenzó a ponerse malhumorado y enfadoso,

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

como su mujer temía. Sin embargo, las viejas servidumbres, ignorancia, rutina y trabajo, pudieron más, y en el espacio de un año se olvidó de haberse casado con papeles.

Micaela solía ir con su madre a hacer compras en *El Siglo XIX*, bazar de bisutería y quincalla. Allí conoció a Leoncio, el burgalés, que estaba de dependiente. Todos los demás dependientes le hacían carantoñas a Micaela, y le decían cuchufletas picantes. Leoncio, avaro de palabras, la atendía solícito y la miraba con ojos amorosos y limpios. Era la de Leoncio una de esas cabezas castellanas, varoniles, y estoicas, contraídas en un esfuerzo físico por no traslucir las agitaciones del ánimo; rostros que, al cabo de tanto procurar la serenidad del leño, concluyen por ser como esculturas de madera. Micaela, siempre atenta a escudriñar y fiscalizar la realidad, descubrió a seguida la callada pasión de Leoncio.

A Micaela le habían hecho ya el amor varios mozalbetes. El amor en todos ellos se traicionaba como desorden y apetito no disimulado, más bien cínico y alardoso, de los sentidos. Micaela era, antes que nada, inteligencia; y como la inteligencia, al revés del sentimiento y la imaginación, es simplificadora, Micaela había asentado un teo-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
rema: «Todos los hombres son unos asquerosos.»

Después de madurar su resolución, Micaela preguntó a Leoncio:

—¿Piensas casarte conmigo?

—Si tú me aceptas...

—¿Cuándo?

—Cuando pueda.

—¿Cuándo podrás?

—Cuando sea libre.

—¿No eres libre?

—Mi madre vive. No gano todavía bastante para mantenerla a ella y a ti...—encendiéndose, y con voz empañada—y a lo que venga.

—¡Ah, ya! De modo que, si me quieres a mí, has de querer que se muera tu madre, y si no quieres que muera tu madre no puedes quererme a mí. Me das lástima.

Y a pesar de su impasibilidad de madera, el rostro de Leoncio se contrajo con un gesto lastimoso. Repuso abatido:

—Depende de lo que gane. El principal me ha dado ya participación en las utilidades.

Las ideas absolutas no permiten excepciones. Micaela pensó: «Ya lo presumía yo. Éste, acaso no lo sea tanto, pero es un asqueroso como los demás hombres.» Con todo, a la expectativa y por lo que

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
pudiese suceder, consintió que Leoncio se considerase su novio.

Estaba Micaela en los veintidós años cuando reapareció Cástulo en el mercado. Lo primero fué a saludar a su amiga de la infancia. Cástulo era ya doctor. Llevaba en la cara unas barbas auritaheñas, como de maíz, y gafas. Representaba más de treinta años y seguía tan apocado como en la niñez. Al llegar él, Micaela, atareada en la faena doméstica, tenía una roja pañoleta de Vergara, de aquellas llamadas de sandía, ceñida a la cabeza, hasta debajo de la barba, tapando el cabello y cayendo la punta por la nuca, a manera de capillo. Cástulo miraba y remiraba a Micaela, boquiabierito. Después de los saludos y efusiones, Micaela preguntó:

—¿Qué me miras tan atortolado?

—Chica, me pareciste enteramente el Dante, pintado por Giotto.

Micaela quiso informarse más al pormenor. Cástulo le explicó quién había sido el Dante y algo de *La Divina Comedia*. Le refirió también que, hallándose el Dante en Verona, desterrado, una vieja muy simple, que creía ser verdad el viaje del poeta al Infierno, dijo al verle pasar: «Le ha quedado la piel tostada», por lo cetrino que era. Concluyó Cástulo:

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Y tú tienes la piel como retostada, Micaela.

Micaela, cavilosa y cejijunta, pensando en el mercado alharaquiento y en la plaza desierta, replicó:

—Yo he visto el infierno, y el purgatorio: y adivino el paraíso. La semejanza que me hallas con ese señor antiguo es muy cierta. Yo he trazado con el pensamiento mis círculos.—Cerró los ojos. —Y los veo, los veo claramente: humo, fuego, luz, cristal.

—Siempre anuncié que serías una mujer superior.

Para Micaela, el único hombre no asqueroso era Cástulo; verdad que no podía acostumbrarse a verlo como un hombre, sino como un ser de otro género. Micaela dudaba si un ángel o un papanatas, con toda su carrera e ilustración.

Discurrieron dos años. Leoncio ganaba cada vez más, pero no lo bastante para casarse. Micaela sospechó si el noviazgo con Leoncio no sería una ruta descarriada en sus ambiciones.

Por entonces comenzó a cortejarla un señorito, quien no se recató en confesar que no la pretendía para mujer, sino para amante, y prometía colocar en el Banco, a su nombre, una regular cantidad, Convencida Micaela que «todos los hombres son unos asquerosos», escuchó la proposición sin sor-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
presa ni enojo. Respondió que lo reflexionaría. Su cuerpo insensible y su espíritu severo repugnaban el trato, pero la riqueza pronta y segura era persuasivo señuelo de la ambición. En sus cogitaciones e incertidumbres, recordó por ventura una tal María Egipciaca Barranco, hija de un presidente de la Audiencia, la cual, desgarrándose del hogar, se había lanzado a la mala vida, y ahora, piedra de escándalo, paseaba muy emperifollada y provocativa la ciudad, sin que nadie descendiese a hablarle en público, ni los propios amantes que pagaban sus lujos. «No—se dijo Micaela—, dinero sin dignidad no es señorío.» La ambición certera destruyó el espejismo de ambición.

¿De dónde le venía a ella la idea del señorío, yema de su espíritu, que llevaba bajo la frente, desde siempre, *hasta diría que desde antes de nacer?* Tuvo una revelación. Tomando a su madre desapercibida, le preguntó de golpe:

—¿De quién soy hija?

La madre perdió en el acto su coloración de rojo indeleble. Titubeaba...

—Lo que quiero decir es ¿qué era mi padre?

La madre se recogió instintivamente a preparar la escena narrativa y melodramática que moviese la misericordia de Micaela y la indujese al perdón,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
pues los seres más sinceros y sencillos son los más desvalidos de expresión y no aciertan a proyectar fuera su alma sino con exagerados ademanes teatrales. Sólo los espíritus implacablemente ejercitados están desnudos de histrionismo. La madre de Micaela principió la historia:

—Un señor...

Y antes de que pronunciase la tercera palabra, Micaela interrumpió:

—¡Basta!

—Déjame, ¡por Dios!, que te explique. Comprenderás y me perdonarás.

—Nada tengo que perdonarte. Sé lo que necesitaba saber.

Ya condueño Leoncio de *El Siglo XIX*, y huérfano, desposó a Micaela. El matrimonio se aposentó en un barrio burgués. Su modo privativo de religiosidad, el frígido fervor puritano, infundió a Micaela entereza para sobrellevar las iniciaciones conyugales sin repulsión, con sumisa pasividad.

Nació Urbano, y a poco destacó de bulto la segunda de las *ideas* fundamentales en la mente de doña Micaela. Algunas veces la había vencido una nostalgia: «¿Por qué no seré yo hombre?»

Madre ahora, un día que sustentaba en sus manos a la criatura, blanda, plástica e inconsciente,

como arcilla que aguarda la forma que le quiera dar el alfarero, pensó: «Ya soy hombre; mi hijo soy yo misma; haré de él lo que apetezca. Aquí tengo la vida, la vida ciega, que puede ser maldad y dolor, o bondad y dicha, sujeta a mi arbitrio.» Vió de pronto el porvenir de veinte años coagulado en un instante presente. Se le enfrió la piel y casi se mareó. Haría de su hijo todo lo contrario de lo que había sido ella. Ella sabía todo lo repugnante de la vida a los ocho años. Su hijo llegaría a casarse sin haber presentado ni menos sabido nada. Sería el primer ejemplar de hombre perfecto. Como aprensión o bisbiseo, creyó oír dentro del cráneo: «¡Qué químeral» Rígida, Micaela respondió en voz alta:

—¡Será! ¡Será! ¡Será, como yo lo dispongo!—con energía tan desesperada que clavó los dedos en la carne del niño y le hizo llorar.

Durante cuatro años tuvo al niño contiguo a su seno, sin que nadie le tocara. Por esta época fué cuando le trajo de compañero y preceptor a don Cástulo.

Don Cástulo tenía tan poco genio que fracasaba en todo. Se presentó en varias oposiciones, pero al hacer los ejercicios se atortolaba y le acometían soponcios. Vivía entonces de pasante particular, con magro estipendio.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Doña Micaela fiaba por entero en la honestidad y pericia de don Cástulo. Era el mentor destinado por el Eterno para Urbano.

—Escúchame atento—le dijo doña Micaela—. Mi hijo será hombre y ha de casarse puro como la nieve.

Luego le dió órdenes precisas y le desarrolló el esquema venidero, con el aplomo de un arquitecto que ha comprobado todos los cálculos y resistencias. Su adusta frente no se alzaba con vanagloria, sino con tesón y confianza.

Don Cástulo exclamó:

—Siempre te anuncié como una mujer superior. Ese plan tuyo, sin tú saberlo, ya se les había ocurrido antes nada menos que a Platón y a Calderón de la Barca.

—¿Quiénes son esos caballeros? ¿Gente de viejo linaje?

—Y tan viejo; el uno, de más de dos siglos, y el otro, de más de veinticuatro. Con que echa cuentas. Y no sólo a esos dos señores se les ocurrió tu plan, sino también a un rey. ¿Me permites que te lea un parrafito de uno de mis libros?

Volvió don Cástulo con un pequeño volumen.

—Este libro se llama el *Novellino*; está en italiano y fué escrito en el siglo catorce.—Buscó el

pasaje, y leyó: —«*De cómo un rey hizo educar un hijo suyo en una cueva, y después, mostrándole todas las cosas, lo que más le plació fueron las mujeres.* A un rey le nació un hijo. Los sabios astrólogos previnieron que debía permanecer veinte años sin ver el sol. Entonces le hizo guardar y mantener en una cueva oscura. Después del dicho tiempo lo sacaron y le presentaron delante muchas cosas preciosas y doncellas hermosas, llamando a cada cosa por su nombre, y de las doncellas le dijeron que eran demonios. Preguntáronle luego qué era lo que le agradaba más. Respondió: los demonios. Entonces el rey se maravilló sobremanera, exclamando: ¡cuánta tiranía y belleza en la mujer!»

—No es que mi hijo —replicó doña Micaela— no haya de ver mujeres. Por lo pronto no se apartará de mi lado. Tampoco se podrá evitar que vea mujeres en la calle y en la iglesia. Se trata de que mi hijo no vea en las mujeres a la mujer. Ya te he dicho; Urbano ha de llegar puro como la nieve al matrimonio, con el pensamiento tan limpio y sin mácula como de recién nacido.

—Así, llevado a ese extremo, ¿no será eso imposible?

—Sólo condeno por imposible lo que no debe

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
ser, aunque sea y entre por los ojos. Si el día de mañana me contases una torpeza de mi hijo, yo te responderé: imposible. Y no te querré decir que no sea verdad, sino que no puede seguir siendo verdad. Pero todo, todo, todo lo que debe ser, puede ser y tiene que ser. Cuestión de proponérselo. ¿Dudas? Acuérdate que soy la mujer que ha visto el infierno.

—Eres una mujer superior. Lo que quieras, harás.

¡Y con qué constancia y clarividencia doña Micaela, secundada por don Cástulo, fué imprimiendo forma arbitraria en la indiferente arcilla de Urbano! Durante muchos años, don Cástulo calificó de sublime obra de energía, ingenio y arte la educación de Urbano. Don Cástulo se envanecía de su colaboración como oficial; el maestro artista era doña Micaela.

Doña Micaela expurgaba los libros en que estudiaba su hijo, comenzando por el Astete, en el cual halló frases duras y manifiestas. Censuró asimismo en el devocionario ciertas expresiones de amor divino, concebidas en términos de amor voluptuoso. Al confesor de Urbano se le instruyó para que no hiciese preguntas indiscretas, que las más de las veces, lejos de servir de alivio y laxan-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
te a las conciencias embarazadas, son desasosiego y sugestión de pecado para las conciencias virginales.

En la vivienda no había otra criada que la cocinera, reclusa cabe la hornilla. Doña Micaela aseaba la casa, y un mozalbillo labriego, renovado periódicamente, servía a la mesa, con guantes blancos de algodón.

Don Cástulo no se separaba de Urbano. Dormían en el mismo aposento. El niño no salía de casa, sino a misa, los domingos muy temprano, con su madre, y de paseo a la aldea, allá de tarde en tarde, con don Cástulo. En las excursiones campestres unas veces don Cástulo contaba a Urbano cuentos de hadas y encantamientos, aquellos más infantiles a que daba licencia doña Micaela, por ejemplo, el «Sésamo, ábrete»; pero las más veces se gozaban en juegos pueriles, pues el ayó era tan candoroso como el pupilo.

Era, sí, don Cástulo superlativamente candoroso en su corazón y conducta; no así en su imaginación. Don Cástulo vivía dos vidas paralelas, autónomas y sin mutuo contacto entre sí; una vida real y una vida imaginaria. Los ratos de ocio y solaz los consumía en leer autores eróticos, griegos y latinos. Su imaginación estaba atiborrada de ero-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

tismo literario y vaporoso, que jamás se insertaba en la vida real, por falta de datos de los sentidos y puntos de referencia experimentales. Imaginariamente, andaba siempre lamentando, con epigramático aticismo, el desvío de alguna cortesana jónica, corintia o acaso beocia; Erisila, Prodicea, Melisa, Heliodora, Berenice. Algunas noches, acostado Urbano, don Cástulo decía que iba a tomar el aire. Era la coyuntura en que sus divagaciones imaginarias asumían corporeidad y acción. Perdíase en las callejuelas fuera de mano, y sentándose en el umbral de cualquiera mansión ignorada, supuesta vivienda de la desdeñosa cortesana de tanda, suspiraba con palabras de Calímaco: «Duerme sin cuidado, mientras yazgo en tu pórtico, bajo la escarcha. Ojalá te llegues a ver en un lecho como este en que dejas ¡cruel! a tu amante. Y no te apiadas. Los vecinos me compadecen; pero tú, ni en sueños. Bien pronto los cabellos blancos te recordarán estos rigores invernales y me vengarán.» Después volvía a casa, tan fresco. Estas especulaciones eróticas pertenecían no más que a su vida imaginaria, y eran como una actividad esotérica que don Cástulo reservaba para sí. Antes se cercenara la lengua con los dientes que mentar el amor en presencia de Urbano: *maxima debetur pueris reverentia*.

Al cumplir Urbano los ocho años, le matricularon por libre en el Instituto. Doña Micaela revisaba de antemano los libros de texto y arrancaba las páginas que reputaba insinuantes o peligrosas. En las historias tachó lo referente a bastardías, favoritas de monarcas, y el tributo de las cien doncellas. Al descubrir en el tratado de Fisiología y Organografía un capítulo con láminas, sobre el sexo y sus funciones, doña Micaela se puso blanca de ira:

—Esto—declaró—es cosa de judíos y masones para pervertir la juventud española.

Don Cástulo acompañaba a Urbano hasta que penetraba en el aula donde le habían de examinar y le aguardaba al salir, de suerte que no hablase y se contaminase con ningún otro estudiante. Así concluyó el Bachillerato.

Para la carrera de leyes, don Cástulo resumía las lecciones de cada asignatura en sendas sinopsis, que luego de bien examinadas y meditadas por doña Micaela, se las daban a Urbano que las estudiase, hasta que las repetía al pie de la letra, sin darles ni buscarles ningún sentido. Además, doña Micaela cercenaba capítulos y aun partes enteras de los textos, sin temer la reprobación en el examen, pues poco antes de fin de curso don

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Leoncio, por mandato de su esposa, sobornaba a los catedráticos enviándoles de regalo objetos del bazar; figuritas de biscuit, lámparas, estuches de navajas de afeitar.

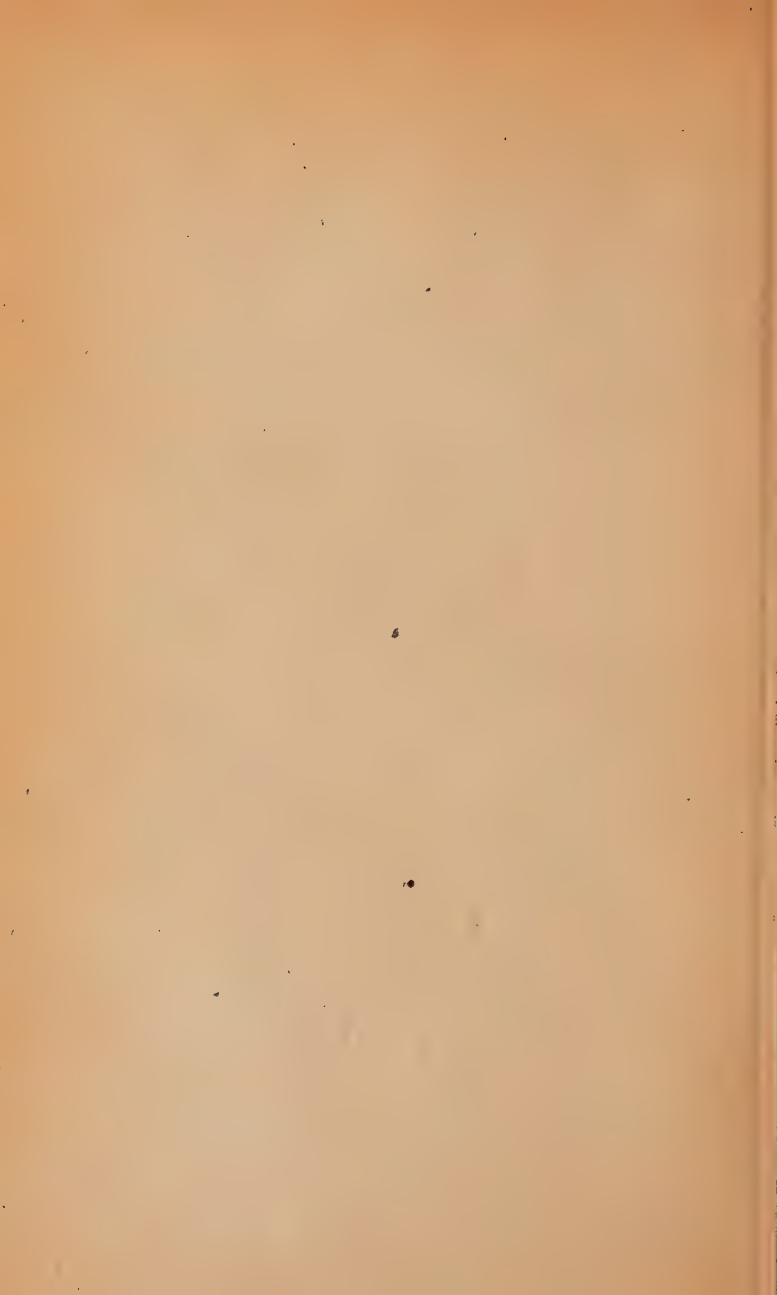
Don Leoncio condenaba el sistema educativo de doña Micaela, pero, cohibido por la despótica cónyuge, no se atrevía a rechistar. Cierta vez, preguntó de tapadillo a don Cástulo:

—¿No opina usted que la educación que se le da a Urbano es absurda?

—Psss. Por el estilo se educan los príncipes herederos.

Sin embargo, a medida que pasaban los años, a don Cástulo le combatían serias dudas si acaso Micaela no estaría cometiendo, con asiduidad y talento inauditos, eso sí, y hasta si se quiere con genio, un dilatado y espantoso error. Porque ello es que Micaela obtuvo la plenitud real de su idea. A los veinte años, enamorado y para casarse, Urbano estaba tan inocente de los misterios del amor físico como en el momento de nacer a la luz. O al decir de don Cástulo:

—*Tanquam tabula rasa*, aunque parezca inverosímil.





A OTRA *IDEA* DE DOÑA

Micaela, la ambición social, habíase en parte realizado y estaba en vísperas de realizarse a la medida de su deseo. Frequentaban su trato personas de abolengo y arraigo, como los Boscoso, madre e hijo, e iba a emparentar con los Ceas y Cerdeños, rancieros linajes de la provincia.

Desde hacía doce años, a la entrada del estío, don Leoncio, con su mujer, su hijo y don Cástulo, pasaban una quincena en el balneario sulfuroso de Fuenfermosa, porque el buen señor adolecía de herpetismo. En esto de las herpes se fundaba doña Micaela para afirmar que su marido, de soltero, había arrastrado vida libidinosa y detestable.

Una de las primeras temporadas, doña Micaela trabó casual amistad con la viuda de un tal Cea, oficial del ejército. Era una mujer aniñada, el pelo cortado en guedeja, rubio de azafrán y rizado como perejil; distraída y posesa por un hormiguillo de tics nerviosos. La acompañaban su madre, señora respetable a la vieja usanza—manteleta y capota—, un sacerdote mozo, y su hija única, de seis años, Simona.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Doña Micaela sintió al pronto una especie de pasmo e inefable devoción por aquella mujercita tan rara y fuera de lo común. Le rendía a todas horas acatamiento.

Una tarde, paseando la cotidiana dosis de agua hedionda, la viuda de Cea, Victoria de nombre, que caminaba entre el cura y doña Micaela, soltó, de tenazón, a su flamante amiga:

—Urbano y Simona son casi de la misma edad. Si ahora mismo, entre nosotras, decidiéramos casarlos algún día...

Doña Micaela, descomponiéndose en zalemas, casi sin aliento, respondió:

—¡Oh! ¡Por Dios, doña Victoria!... Ustedes son aristócratas; nosotros tenderos...

Con esguince automático, la viuda joven replicó:

—¡Puah! Pero ustedes son ricos.

Dijo doña Micaela:

—Más rica es usted.

Y la viuda:

—Pues tanto mejor.

Doña Micaela, con voz delgadísima, osó preguntar:

—¿Habla usted en serio?

La viuda tendió el brazo:

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Esa mano.

Sellaron el pacto.

A la vuelta del paseo, doña Micaela dijo a don Cástulo:

—La consigna de que Urbano no juegue con ningún niño tiene una excepción. Debe jugar, todos los días, con Simona, la de Cea.

Y a los nueve años Urbano se enamoró, a su modo, de Simona, la única niña que había tratado, y Simona, que vivía habitualmente sin salir de una finca de campo, se enamoró de Urbano.

El fallecido capitán Cea, jugador frenético, había dejado deudas apremiantes. De su lado, la mujer gastaba sin duelo. De viuda le entró la comezón de los viajes. Llevaba consigo al sacerdote joven, que la autorizase. Ya en el momento de la viudez, la hacienda reunida de los Cea y Cerdeños estaba no poco comprometida. La viuda acudió a préstamos e hipotecas, a escondite de su madre, doña Rosita. A partir del pacto con doña Micaela, la viuda comenzó a pedir dinero a don Leoncio, quien se lo concedió con parvo rédito y la sola garantía personal. De estos negocios, poco lucrativos para él, nada le comunicó don Leoncio a doña Micaela. La familia ~~Fano~~ y la familia Cea vivían en poblaciones distintas, a varias horas de diligen-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
cia. Veíanse de raro en raro. El trato era entre las
dos señoras. Nunca dejaban de confirmar el pacto
relativo al futuro matrimonio.

—A los veinte—decía la viuda de Cea—es la
edad pintiparada. Simona está educándose en el
convento de las Salesas. Allí permanecerá hasta los
diez y nueve. Hasta entonces, no es prudente que
él ni ella averigüen que están destinados para ma-
rido y mujer. Luego, unos meses de noviazgo y a
casarse.

Doña Micaela juzgaba el plan admirable.

Apenas salió Simona de las Salesas, doña Mi-
caela tomó una mañana de domingo a don Leon-
cio, le condujo al coche de línea, y de camino, en
la berlina de la diligencia, le explicó que iban a
pedir la mano de Simona.

La providente madre abrió un saquito de viaje
y mostró una alhaja:

—La pulsera de pedida. No ha costado más que
mil quinientas pesetas. Menéndez, el joyero, te pa-
sará la cuenta al bazar.

A don Leoncio, súbitamente, se le anublaron
las pupilas y la mente. Los cascabeles de las caba-
llerías le repercutían dentro del vacío cráneo. En
una fugaz transición, la propia cabeza se le con-
virtió en resonante cascabel, dentro del cual tinti-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
neaba un vocablo, golpeando las interiores paredes: «Mecachis. Mecachis. Mecachis.»

Añadió doña Micaela:

—Te veo embelesado, como yo lo estoy. Era la ilusión de mi vida.

Se repuso don Leoncio y solicitó algún antecedente de la inopinada nueva. Repuso triunfante doña Micaela:

—¿Qué no industrialará una madre por el bien de un hijo? Victoria y yo nos comprometimos hace años. Últimamente, hemos estipulado hasta los detalles más mínimos. Los chicos irán a vivir en un piso de una de las casas de la calle del Calvario, propiedad de Victoria, la cual, de añadidura, les pasará mil reales al mes. Nosotros les pasaremos dos mil reales más. Victoria, empeñada en pagar mobiliario y ajuar. He conseguido que esos gastos corran a nuestro cargo. La parejita reunirá cerca de dos mil duros por año, y casa libre. Pueden arrastrar carruaje. Hasta pienso que podremos sacarles un título. Simona tiene derecho por ambas ramas.

Ayudado del traqueteo de la diligencia, don Leoncio respondió con sacudidas de aparente violencia:

—En primer término, Victoria está comida de

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

hipotecas y en poder de usureros. No tardará en dar el estallido. A mí me ha sacado en veces, desde hace once años, más de quince mil duros, que doy por perdidos.

—¿Estás seguro?—preguntó doña Micaela, con carátula espantada.

—¡Ojalá no lo estuviera!—suspiró don Leoncio.

No tardó la mujer en reponerse de la amarga sorpresa:

—No importa—dijo—, si Victoria está arruinada. Nosotros tenemos dinero de sobra.

—Ese es tu error—confesó, cabizbajo, don Leoncio—. Mi negocio va mal. No podemos permitirnos ningún lujo. No había querido decirte nada por ahorrarte sinsabores y porque la situación no es todavía irremediable.

—¡Bah, bah, bah!—replicó, riendo, doña Micaela—. Te veo, besugo. Tacañerías tuyas; has sido siempre un avaro. Mañana voy yo misma al bazar y me entero en los libros.

En los libros había 'suculentas partidas, donativos de amor, que don Leoncio no podía justificar ante su esposa. (La que, desde varios años, le sorbía a don Leoncio el seso, y la pecunia, era María Egipciaca Barranco, aquella pecadora de buena familia, piedra de escándalo en la ciudad, en cuya

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

cabeza había escarmentado Micaela de joven, decidiéndose a rechazar a un seductor, la más recia tentación de su vida. Ahora, doña Micaela, acecinada, aplastado el seno por un justillo de dril, vestida de negro, parecía la efigie de un viernes de cuaresma, así como María Egipciaca, abundante y mantecosa, el estafermo del jueves lardero). Le poseyó un desfallecimiento. Murmuró:

—No es menester que acudas a ese extremo. Te he dicho que la situación no es irremediable.

—Ya me calé que no sería para tanto. Hoy, pedimos la mano de Simona. Mañana, será otro día—dijo doña Micaela.

Y don Leoncio, cobarde, se dejó llevar, confiando al Futuro próximo que frustrase fatalmente la boda.

La confesión que de sus periclitantes asuntos económicos había hecho don Leoncio era cierta; y certísimo lo de la ruina, líos y embelecos de la viuda de Cea. Pero, antes que la cuestión monetaria, con ser pesadumbre nada liviana, lo que con acerbidad hería el corazón de don Leoncio era una presciente revelación de lo muy desdichado que iba a ser su hijo, casándose en tales circunstancias, tan mozo y, sobre todo, tan sin ninguna experiencia hasta de los más ingenuos indicios y

alusiones de amor, que ni los niños de cortos años suelen ignorar.

Llegaron marido y mujer a la villa de Regium, y desde allí, en una cesta de alquiler, se dirigieron al Collado, finca donde vivían las dos viudas; no lejos de poblado, pero ya aldea.

Era en las primicias del verano.

La finca, de área muy extensa, estaba ceñida de un muro almenado, a modo de adarve. Dentro del recinto, a más de parque y jardines, había anchos huertos de legumbres, con linderos de frutales varios, pomaradas, praderíos donde pastaba un gran rebaño de vacas berrendas, gallineros, conejeras, colmenares.

Desde el portón de entrada—un arco latino entre dos blasonados cubos de fortaleza—arrancaba, en suave declive ascendente, una avenida, festoneada de rosales, hortensias y geranios, la cual, como marfileña cuchilla, hendía por mitad un verde otero, en cuya cima se lanzaba al aire un bosquecillo o copete de cedros, laureles y olmos, casi negros al sol, de puro verdes. Dentro del bosque, recoleta en tupida y amorosa sombríosidad, guardábase la vivienda, mostrando apenas breves retazos morenos de sus paredes graníticas o movibles lampos azulinos de su techum-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
bre de pizarra, entre la apretada celosía arbórea.

Al pie y detrás del coronado y señoril otero, sobre el fondo de la tierra extensa y fragosa, desarrollábase con medidas y graciosas modulaciones un panorama de pastoreos y cultivos, encuadrado e insulado dentro del muro de almenas; exquisito poema bucólico, compuesto en vivo, sobre la rústica ociosidad del campo, de horas eternas e indefinidos horizontes. Chocaba el sol acaso en el cobre de una esquila, temblorosa bajo la papada de una vaca matrona, y no se sabía si el claro y largo y oscilante retañir era un reflejo del sonido o era un eco de la luz. La voz áurea de un zagal se propagaba en ondas vibrantes, mellizas del resplandor del día.

Cruzaba la cesta los umbrales de la posesión, cuando doña Micaela, desde el carruaje, abarcó de golpe el idílico recinto, de donde vahaba una emoción muelle y fragante; vió, al frente, el florecido otero, desde cuya cima boscosa bajaba la avenida, color de crema, que a ella se le antojó torrente de dulcísima leche que se le derramó en el corazón y lo anegaba de no gustados placeres. Bisbiseó, como en un trance, posando con levedad una mano en el muslo del atortolado y abatido esposo:

—¿Has visto los escudos a la entrada? ¡Qué fin-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
ca! Es el primer día feliz de mi vida. El segundo,
más feliz todavía, será antes del año, cuando se
casen. El tercero, más feliz aún, para dos años,
cuando Dios me regale con el primer nieto.

Don Leoncio, sin poder contenerse, exclamó:

—¿Un hijo de nuestro hijo?... ¡Qué barbaridad!
Pues así que es llano hinchar un perro...

Doña Micaela no oía. Prosiguió:

—Esta hacienda de príncipes será de Urbano.

Don Leoncio levantó la voz:

—Despierta, Micaela, despierta. Esta hacienda
no será de Urbano. Ya casi no es de la viuda, que
la tiene hipotecada al cochino Forjador, en ochenta
mil duros. Y, ¿de dónde los va a sacar?

Doña Micaela se revolvió, iracunda:

—Siempre has de mezclar acíbar en el pan de la
dicha, miserable. Si la finca está hipotecada, nosotros
levantaremos la hipoteca.

Don Leoncio refunfuñó:

—Estás trastornada.

El coche se detuvo a la entrada de la mansión.

Salió a recibir al matrimonio la viuda de Cea,
con su corta y rizosa guedeja de azafrán y perejil,
su tez ambariza, moteada de pecas, ojos vidriosos
y verdosos, minúscula figurilla y convulsa movili-
dad de muñeca mecánica.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Pasaron al estrado familiar.

Allí aguardaba la vieja doña Rosita, viuda de Cerdeño, revestida de la prestancia eréctil y ceremoniosa que poseen las recias sedas antiguas; tez de ebúrnea seda, cabellera de blanca seda, cofia y mitones de torzal negro, traje de negro brochado, manteleta de seda morada, medias y zapatos de seda negra. No parecía criatura de carne y hueso, sino precioso simulacro, aderezado con sedefios materiales, sin gravitación, que, de tomarla en brazos, se chafaría. Lo único en ella que pesaba hacia el suelo era un medallón disforme, colgado al cuello y grande como de medio palmo; dentro, una miniatura que representaba, de rodillas arriba, una jovencita, ataviada a la moda del primer Imperio.

A don Leoncio doña Rosita le inspiró al pronto deseo de arrodillarse. Doña Rosita se le presentó en la fantasía como una imagen de las iglesias; la Madre de Dios, pero más respetable y adorable aún, porque—adivinó don Leoncio, en una vislumbre del sentimiento—a la Madre de Dios la figuran joven y hermosa; ahora bien, en tanto la madre es joven, un hijo, ni los demás, no pueden ver en ella la madre, sino la mujer. El símbolo de la maternidad, tal como lo comprendía don Leoncio, no como

acto de generación, antes bien en cuanto culto filial, debía incorporarse en una imagen de mujer vieja, hermosa y sin materia humana; y así era doña Rosita. Don Leoncio, presa de éxtasis casi religioso, permanecía trémulo, contemplando de hito en hito la miniatura que colgaba sobre el pecho de la anciana. En rigor, don Leoncio, suspenso y alucinado, tomaba la miniatura como un relicario, de esos que él tantas veces había visto en los altares; agujeros abiertos en el torso de las estatuas, donde se contienen huesos o reliquias de la remota vida del santo. Tras del cristal de la miniatura se extendía una oquedad brillante y diurna, que era el ámbito secreto del alma de doña Rosita; y en aquella a manera de cripta se alcanzaba desde fuera a columbrar el pasado, y a la vez el presente, de su juventud, encarnado con milagrosa virtud de perpetuidad en la doncella recién púber y cándida de la época de Napoleón. Como don Leoncio no tenía para qué saber historia, daba por sentado que aquella muchacha era doña Rosita, de joven.

—¿Mira usted la miniatura?—preguntó la vieja.

Don Leoncio asintió tácitamente con la cabeza.

—¿Quién cree usted que es?—volvió a preguntar.

—Es usted—respondió, en seco, don Leoncio.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Aproxímese, examínela bien—invitó doña Rosita, adelantando con la mano la miniatura.

Don Leoncio, respetuoso y agradecido, se aproximó. De la vieja emanaba penetrativo perfume de bergamota. Don Leoncio escudriñó la miniatura. Guardaba perfecta identidad con Simona.

—Es su nieta—dijo don Leoncio, sin dubitación.

Doña Rosita rió, con una risa joven, pero hueca, que llegaba rodando por los subterráneos del antaño, y al final comentó:

—Pues es mi abuela. Extravagancias de la vida.

Y colocó el infantil rostro esmaltado par a par del suyo, de ebúrnea seda desvalda.

Entre tanto, doña Micaela, según respondía al charloteo de la viuda de Cea, espiaba de soslayo los retratos familiares en torno del aposento. Dos pormenores le contrariaban, pensando en su hijo, y esperaba en Dios que el inocente no penetrase allí hasta después de casado: uno, el libérrimo descote de las damas; otro, en las efigies de los caballeros en guisa de justar, la excesiva prominencia y ostentación de esa pieza de armadura que se denominó bragueta.

Verificóse la petición de mano. La demanda oraíora estuvo a cuenta de doña Micaela. La viu-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
da de Cea, volviéndose hacia doña Rosita, como a merced de un resorte, dijo:

—Mamá, a ti te toca responder antes.

La vieja habló:

—En mi tiempo, esta boda no se hubiera admitido, porque el novio no es de nuestra condición y sangre. Hoy es diferente. El dinero, bien ganado, es asimismo nobleza. Accedo y me honro. Reputo solamente que la boda es algo tardía. Mi abuela se casó de catorce años. A ti te casé a los quince. Bien está, con todo, porque mi nieta es como una niña de seis años, y sé de cierto que su prometido allá se va con ella.

Estaba presente el capellán de la casa, don Eleuterio Muñiz, el que acompañaba y autorizaba a la viuda joven en sus viajes; hombre por debajo de los cuarenta, de rostro reservado y amarillo.

—Y usted, ¿qué dice, don Eleuterio?—preguntó la viuda de Cea.

—*Placet*—respondió el clérigo, trazando un signo en el aire, que lo mismo podía ser una bendición que un gesto con que desembarazaba a la madre del cuidado de la hija, arrojándola de lado.

Las dos viudas, doña Micaela y el cura optaban por la boda inmediata, en dos o tres meses. Se

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
transparentaba a las claras que la viuda joven,
madre de Simona, tenía mucha prisa.

Don Leoncio pensaba: «Pobre mujer; esperas
que con mi dinero saldrás de trampas. Yo, que es-
toy con el agua al cuello...»

Doña Rosita deseaba la boda rápida por otras
razones, señaladamente por rutina tradicional. Des-
conocía de todo punto que su hija y su yerno hu-
bieran desbaratado la riqueza heredada.

Don Leoncio, aliándose, como postrer recurso,
con el más poderoso solutor de conflictos, el
tiempo, señaló como plazo mínimo para la boda
un año.

Llamaron a Simona. Doña Micaela le impuso el
brazalete de pedida y le besó en las mejillas.

Don Leoncio besó a la niña en la frente. El ros-
tro de Simona se arrebató de lumbre. Al besarla,
don Leoncio, macerado en instantánea simpatía,
decía entre sí: «¡Qué cosas estrafalarias! ¿Pues no
quiero a Simona como una hija? Cuán acomodada
para mujer del niño... ¡Ay! Si en este año que vie-
ne pudiese yo hacer un hombre de Urbano... Lue-
go, que se casasen, aun sin tener un cuarto. Ya lo
ganaría él, y serían venturosos... Señor, ¿a quién
se parece Simona? Ese pelo cobrizo, reverberante;
esa piel blanca, de nata; esos ojos tan redondos y

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

tan negros; esa boca tan roja y gordezuela; esa salpicadura de pecas graciosas. ¡Qué rica es esta niña! Como un plato de dulce; arroz con leche y manchitas de canela, las pecas; una cerecita de fuego y dos guindas dulces y negras encima, que son la boca y los ojos; y todo, servido en una fuente de oro rojizo y labrado, que es el cabello. Pero, además, me recuerda a otra persona... ¿A quién?»

Transcurrió casi todo el año, y don Leoncio no había podido entrometerse a hacer un hombre de su hijo. Urbano continuaba bajo la sombra dictatorial de la madre, tan niño, simple e inerme ante el mundo como en la aurora del uso de razón.

DURANTE los amoríos, doña Micaela dirigía y aleccionaba a su hijo, cuándo directamente, con maternal solicitud, en los casos más frecuentes y claros; cuándo indirectamente, a través del pasivo y bien instruido don Cástulo, en los trances más delicados y ruborosos: por ejemplo, la correspondencia epistolar.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Los amantes primerizos, aun los más discretos, sienten necesidad de comunicarse y expandirse con alguien. Este deseo insuperable es como un acto de naturaleza física, con que se espira la ansiedad y aspiración que el alma de continuo está generando e inhalando; especie de suspiro, pero mucho más profundo que el suspiro neumático de los pulmones. Para que el amante se aventure a desahogar estos ahogos, con superabundantes espiraciones, es menester que le asistan una, de dos únicas coyunturas propicias: la soledad, y entonces habla a solas, y quizá dialoga con árboles rocas y astros, que es el modo poético; o la confianza de un pecho amigo, que es lo más satisfactorio y aplaciente. Urbano tenía un medio amigo: don Cástulo. A él le mostraba y con él consultaba su rudimento de epistolario amoroso. Escribía a diario y durante lo más del día. Las cartas eran minuciosas anotaciones de todos sus actos. «Me levanté a las siete y media. Me lavé. Me vestí con el traje de diario. Me puse la corbata color violeta, que me dijiste el último domingo que te gustaba tanto. Me desayuné con chocolate, porque ya me cansa el café con leche. Fui a misa, con mamá. Recé por ti. Está lloviendo y esto me pone triste. He estado en casa toda la mañana en mi cuarto,

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
estudiando Práctica Forense y Derecho Interna-
cional, con don Cástulo. ¡Qué lata! No sé para qué
sirven estas paparruchas. Al mediodía hemos co-
mido sopa de hierbas, cocido y croquetas de prin-
cipio...», etc., etc.

—¿Qué le parece a usted?—preguntaba Urbano
al preceptor—. Simona estará contenta. Se lo
cuento todo.

Don Cástulo, obedeciendo órdenes de doña Mi-
caela, quien a hurtadillas leía las cartas de Urbano
y las de Simona, replicaba:

—Está la carta de perilla; pero hay que animar-
la algo con toquecitos cariñosos y dulces. He aquí
algunos: vidita mía, mi tesoro, reina, sueño conti-
go, no puedo vivir sin ti, te adoro...

Urbano, con ojos húmedos, exclamaba:

—¡Qué palabras tan lindas! Todo eso siento y
mucho más. Está mi corazón como hinchado y no
acierto a expresarme. Vidita mía, mi tesoro, sueño
contigo... Es verdad, es verdad. No puedo vivir
sin ti. Verdad, verdad, verdad. A veces creo morir.
Te adoro... También es verdad; pero, ¿no será pe-
cado?

Don Cástulo sonreía conmovido:

—Calla, bobalicón. Esa es una frase...

Urbano protestaba:

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—No; es la verdad, es la verdad.

—Es la verdad, sí—asentía don Cástulo, que estaba atravesando una nueva existencia imaginaria, habiendo llegado a creerse él mismo protagonista de los amores y autor de las cartas, si bien él las suponía enderezadas a una mujer ideal, su Arquetipo femenino. Como quiera que en punto a candor e inexperiencia del mundo allá se iba con Urbano, olvidándose de las quiméricas cortesanas desdeñosas, llegó a fantasear, por insensibles deleitaciones en el ensueño arbitrario, que él, y no Urbano, era un mancebo, criado por designio de su padre, el rey, dentro de una cueva, en esquividad de todo trato humano, a fin de que un día conociese a una sola mujer, la Mujer por excelencia, y que gustase el amor, Amor Unico, como nadie lo había gustado, desde Adán. E ideando estos caprichos, recordó el Segismundo de *La vida es sueño*. De donde salió aconsejar a Urbano que incrustase, como una gema, en una de sus cartas los versos que Segismundo respira desde la raíz de su seno al descubrir a Rosaura:

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más
aun más mirarte deseo...

Progresando en sus ensueños, casi tan corpóreos como la propia realidad, don Cástulo veíase ya casado con la Mujer Arquetipo, sin testigos, en la cámara de Himeneo. Y en este trance, se le alicaía el corazón, se le aflojaban los miembros, se desvanecía de vergüenza, y a la postre se veía saliendo de estampía, como buey con tábano. Y trasladando esta situación, sobremanera crítica y bufopatética, al futuro inminente en la vida de su pupilo Urbano, infería que aquel matrimonio ideal, incubado y urdido conforme escrupuloso patrón moral, no podía por menos de arrastrar a la zaga ridículas y tristes consecuencias.

Doña Micaela no era de opinión que los novios se juntaran a menudo antes de la boda. Durante el año de noviazgo, Urbano no fué sino cinco veces a visitar a Simona. Don Cástulo le acompañaba, no sólo en el viaje de diligencia, sino luego, por disposición de doña Micaela, en tanto los muchachos estaban uno con otro. También la vieja doña Rosita presenciaba los amorosos coloquios, que no eran tales coloquios, pues no se hablaban ni se miraban, a no ser con disimulo y alternativamente, no pudiendo, a causa de la turbación, sostener la mirada compartida. Pesaba sobre ellos la preocupación de que el cariño de

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
hombre a mujer, y su corolario, el matrimonio, eran serios y amargos peligros que no se podían salvar sin el pilotaje de las personas mayores. Anteriormente, cuando eran niños, allá en el balneario de Fuenfermosa, se les permitía reunirse en libertad. Dábanse tal vez las manos y eran felices. Ahora sentíanse doblemente desgraciados, porque les enardecía mayor apetencia de felicidad, oprimida y anulada por un linaje de obstáculo oscuro y empedernido; convencionalismos sociales e ineducación educada. Era en ellos la apetencia de felicidad algo así como la simiente de una florecilla que por caso germina en el subsuelo de una calle y al querer salir a la luz tropezase con el revés del enlosado urbano.

Los negocios del señor Fano iban de mal en peor. Los de la viuda de Cea, de peor en pésimo. Pero don Leoncio se sostenía, la viuda no daba el estadillo y el tiempo, el aliado de don Leoncio, a pesar de una campaña de cerca de un año, no había desbaratado la boda.

Todos los días, de sobremesa, se celebraba una escena familiar polémica, sobre si el matrimonio era o no prematuro. Por raro caso, suspendíase la función cuando se presentaban de visita y a tomar café doña Encomienda, viuda de Boscoso, y su hijo Paolo.

Aunque Paolo pasaba de cincuenta años, su madre le llamaba siempre «el niño» y le trataba como una criatura. El niño tenía novia, desde la adolescencia, o sea por espacio de treinta y cinco años; pero su madre no le consentía casarse aún, porque, explicaba:

—Paolo es demasiado joven. A su edad hay que divertirse. Obligaciones y preocupaciones ya vendrán al debido tiempo, y acaso harto de prisa. Por ahora, que se distraiga con sus colecciones de arneses antiguos y tratados de la jineta y la brida, y desbravando potros; porque sabrán ustedes que Paolo es el mejor jinete de España y el más erudito en equitación.

Veíasele de continuo por las calles cabalgando, cuándo uno, cuándo otro, pencos despaciosos, de todos los pelos, ensillados con monturas históricas, de brocado; seis metros a su zaga, un espolique, sobre otro penco, más penco todavía que el del señor. Solía decir el helenista don Cástulo: «Nada hay tan hermoso como un hexámetro seguido de un pentámetro; es como un caballero escoltado por su servidor, caballero también. Y un caballero, con su escolta, es como un hexámetro seguido de un pentámetro, la más feliz y majestuosa combinación métrica.»

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Al levantar madre e hijo la visita, don Leoncio aconsejaba a doña Micaela:

—Mírate en ese espejo. Paolo es mayor que yo y, sin embargo, a su madre le parece que es temprano para casarlo.

Y doña Micaela replicaba, desdeñosa:

—Que jamás has de enterarte... No es que sea joven, sino que la novia pertenece a una familia humilde. Doña Encomienda está en su puesto. En cambio Urbano se casa con una muchacha noble por los cuatro costados: la hija del general Cea.

—Mujer—objetaba don Leoncio—, el padre de Simona era capitán.

—Y como murió hace diez y seis años, ahora sería general. Se cae de su peso—concluía doña Micaela.

Hasta que en aquella sobremesa del ocho de junio, el Destino invisible volcó sus dados, y doña

Micaela, cuya voluntad era también crasa,

supina y afectada, como la del Destino,

decretó la misma fecha del mes si-

guiente para la boda.



A BODA SE CELEBRO

en la capilla del Collado. Entre los invitados se hallaba doña Encomienda y su hijo, el centauro Paolo, con botas de montar, de las cuales nunca se despojaba. La madre de-

cía a los demás asistentes:

—Quedan ustedes convidados a la próxima boda del niñito, allá para dentro de un lustro. No corre prisa, hasta que cumpla los sesenta, la madurez del hombre.

Ofició don Eleuterio Muñiz, capellán de la viuda de Cea.

Doña Micaela llevaba en la cabeza unos plumachos negros, que a ratos sacudía con majestad, como caballo de funeraria.

Agitábase la viuda de Cea, pomposa, minúscula y automática, comparable con una muñeca de caja de música.

Doña Rosita era como una imagen con arreos de procesión; se había puesto, debajo de la toca negra, un escarolado de blanco y sutilísimo hilo, y arrastraba cola, con trascendencia de manto.

Don Leoncio vestía su primer chaqué, que le hurgaba en los sobacos... y en la conciencia, pues

temía no poder pagárselo al sastre. Por ocultar el desfallecimiento y dolor de su alma, concentrando en la expresión todas las energías, apretaba el ceño y los labios, y erguía la cabeza, acerada y cetrina, en trance tal severa y dura—por fuera—como la de un hugonote.

Don Cástulo, en su fuero íntimo, hallábase tan pusilánime como don Leoncio. Recordaba que ciertas veces, de espectador en el teatro, si en la escena manejaban armas de fuego, tapaba él las orejas por temor a la explosión. Allí, espectador de primera fila en la boda—estaba escrito que fuese el eterno espectador—, hubiera querido cerrar los oídos y los ojos del alma, por no enterarse del cataclismo que por fuerza había de sobrevenir.

Después del banquete nupcial, los novios debían ir en un landó, solos, hasta Regium, a tomar la diligencia para Penedo, en donde pasarían la luna de miel, a la orilla del mar. Era arraigado criterio de doña Micaela que, ya casados, y por la mera virtualidad del sacramento, los novios se convertían de pronto en personas mayores y se las podían arreglar por sí, sin ajena asistencia.

En el momento de la despedida, doña Rosita, que se preciaba de poseer acerca de la vida un

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
concepto seguro, serio y casi pesimista, a la anti-
gua, habló sentenciosamente:

—Estáis ahora, hijos míos, en plena luna de
miel. De aquí en lo venidero comienza el cuarto
menguante.

Urbano se asió tenazmente al cuello de su pa-
dre, llorando y balbuciéndole al oído:

—Por Dios, no me deje usted ir. Tengo miedo.

Doña Micaela se acercó, enconada y fiera, al
marido, y con voz ronca que los demás no oyesen
murmuró:

—¿Qué salvajada le has dicho, infame? No le
hagas caso, hijo, aunque sea tu padre.

Don Leoncio no respondió porque lloraba tam-
bién.

Añadió doña Micaela, dirigiéndose a su hijo, con
ojos imperiosos, bajo la frente adusta:

—El Ángel de la Guarda te acompañará.

Paolo dijo:

—Iré con ellos a caballo hasta la diligencia, de
caballerizo de estribo.

Y se retiró a requerir su rocín.

Salieron al cabo los novios, en el landó. Desde
el Collado hasta el despacho de la diligencia ha-
bía poco más de media hora. Iban Urbano y Si-
mona con la cabeza gacha, sin mirarse; ella espe-

rando un no sabía qué y él temiendo un no sabía qué. A los veinte minutos de camino, dentro del humoso cerebro de Urbano comenzaron a definirse y articularse algunas ideas. Pensaba: «¿Por qué estoy asustado? Yo presumía, y mamá me lo confirmaba, que sería feliz casándome. Luego debo ser feliz ahora que ya estoy casado.» Suspiró en voz alta:

—¡Qué feliz soy!

Simona, sin alzar la cabeza ni los ojos, devolvió, en un eco hondo, la exclamación:

—¡Qué feliz soy!

Y en los diez minutos restantes que tardaron en llegar al despacho de la diligencia se consideraron exquisitamente felices.

Al tomar la diligencia se condujeron con tanta zozobra y turbación que los viajeros les miraban con ironía y suspicacia. Aunque muy aturdido, Urbano alcanzó a oír que un hombre maloliente, como que era tratante en pescado, pronunciaba, entre otras, ininteligibles, estas dos palabras: «Rapto. Parras.»

Los novios llevaban asiento en la proa del carruaje. Viajaban también en la berlina dos monjas francesas.

Como el penco que cabalgaba Paolo era cansi-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
no y retardatario, por mucho que le metió espuelas el landó se le había adelantado gran trecho, y partían ya los novios dentro de la estrepitosa diligencia, arrastrados en un torbellino de chispas, polvo, cascabeleo y trallazos, cuando el caballero aparecía en la embocadura de la calle.

Paolo, poniéndose en pie sobre los estribos, agitó los brazos con terribles aspavientos de despedida, por donde los viajeros de la diligencia se persuadieron que Simona era raptada, y aquel anciano jinete, quizás el padre ofendido, acudía, inútilmente ya, en persecución de los prófugos.

Urbano iba encogido, junto a una ventanilla. El estrépito y fuerte zarandeo del vehículo le hicieron cerrar los ojos, como si cayese despeñado por un abismo. Desde el vértice del corazón le subió un voto desesperado a la conciencia: «¡Ojalá fuera verdad que nos hundíamos en un precipicio! Me cogería a Simona y moriría abrazado con ella!» Pero como la caída se prolongaba, sin llegar al fondo, Urbano hubo al fin de abrir los ojos. La diligencia seguía una calle pobre, a la salida del pueblo. Las vecinas, apenas vestidas de sucios harapos, estaban sentadas en silletas bajas, por fuera de las casucas. Una moza, en corsé, busto y brazos al aire, se peinaba en plena calle, mirándose en un trozo

de espejo que tenía sobre el enfaldo y mojando el escarpidor en una jofaina lañada que yacía en tierra. La moza ni siquiera volvió la mirada al pasar la diligencia. Una madre aseaba a un crío, en carnes de cintura abajo, que levantó por los sobacos y mostró de espaldas a los viajeros, como por chanza, pues tanto ella como otras vecinas se rieron a carcajadas. Algunos viejos, de increíble caducidad, tomaban el sol, momificados, impasibles, las manos sobre un bastón de muletila. Corrían a un lado y otro del carruaje canes suburbanos, tan macilentos que, por falta de resuello, su ladrar sonaba gemebundo; un tropel de granujas desarrapados pedían un cuartín o un ochavín, alargando el brazo, desnudo y esquelético, hacia la portezuela.

Atraído por estas novedades, Urbano se olvidaba de Simona y de sí mismo. Salió la diligencia a campo abierto. La luz—luz blanca, espesa, palpable, amalgamada con el polvo—entró a borbotones por las ventanillas de la berlina. Y a Urbano le pareció entonces que le faltaba la luz, junto con la respiración. Se acurrucó más en su ángulo, por no establecer contacto con Simona. Si en un vaivén del coche llegaba acaso a tocarla, se le difluía por todo el cuerpo un desmayo congojoso. Cerró

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

los párpados nuevamente. Le acudieron a la memoria las dos palabras que había oído al hombre de olor de sardina. «Es la segunda vez—pensaba—que oigo esa palabra: raptó. La otra vez se la oí a papá, hace un mes. Juanito Parras, al parecer, iba de viaje con una criada tuerta; solos, como yo ahora con Simona. Al viaje de Juanito Parras lo llaman raptó, y agregan que fué un escándalo y que los detuvieron. ¿Para qué viajaba Juanito con la criada tuerta? ¿Para qué viajo yo con Simona? Nuestros papás llaman a esto boda y viaje de novios. ¿Cómo lo llamarán los de fuera, los que no nos conocen? Lo llaman raptó, bien lo he oído. No me cabe duda que estamos ocasionando un gran escándalo. Verdaderamente, esto es muy confuso, muy aflictivo. Me echaría a llorar... Quisiera volver a mi casa. Angel de la Guarda, ayúdame.» Como pasó un largo espacio sin que el requerido ángel se dignase dar cuenta de sí, Urbano prosiguió pensando: «Siento mucho no estar conforme con mamá, pero yo opino que mucho mejor que el Angel de la Guarda era que nos hubiera acompañado don Cástulo.» De pronto, empezó el corazón a saltarle de alegría; se le había ocurrido un arbitrio: «Si nos detuvieran a nosotros, como a Juanito Parras y la tuerta... Para eso será menester

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

que yo haga alguna barbaridad...» Se echó a discurrir barbaridades. «A los ladrones los prenden. Si yo robase algo a esas monjitas... ¡Dios mío, qué horror! Eso ya no sería una barbaridad, sino un sacrilegio.» Y se volvió a mirar a las monjas, con ojos contritos, como si les pidiese perdón. Como estaba su alma flotante y sin asidero, quedó ahora su atención prendida en las monjas. Algo raro les sucedía. De tiempo en tiempo, las dos, simultáneamente, daban un saltito sobre el asiento, así como un respingo; luego mascullaban unas palabras en francés y se santiguaban con premura. En un principio Urbano lo atribuyó a un hipo violento. Desechó la explicación, siendo imposible que dos personas hipasen tan acordes, ni aun sometidas a la misma regla monástica.

Luego observó que los respingos y subsecuentes santiguadas sobrevenían cuando el mayoral eyaculaba ciertas rotundas palabras que Urbano jamás había oído anteriormente. «Debe de ser—pensó—que están nerviosas y les asusta con sus voces ese animal de cochero.» Pero esto tampoco explicaba el periódico sobresalto y pasajera tribulación de las monjas, ya que después de algunos fieros alaridos cocheriles se quedaban tan frescas y en cambio ejecutaban todos aquellos melindres en ocasiones

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
que el mayoral no exageraba el tono. «Ya caigo —se dijo Urbano—. No es cosa del tono, sino de la misma palabra.» Se aplicó a estudiar las palabras que alarmaban a las monjas y halló que eran tres. «Quiere decirse que hay palabras que tienen virtud de producir grandes efectos, como en los cuentos de hadas que me contaba don Cástulo. Voy a probar repitiendo una de ellas en voz alta.» Y como lo pensó lo hizo. Las monjas saltaron, se santiguaron y mascullaron. Simonaladeó el dulce rostro hacia Urbano:

—¿Decías algo, Urbano?

Hasta aquel instante ya no se acordaba que tenía a Simona al lado suyo, que era su mujer, que viajaban de novios. Se le insinuó en el pecho un malestar; sombra de irritación contra Simona, por haberle llamado inesperadamente hacia la realidad viva, problemática y dolorosa.

En esto, la diligencia se detuvo. Se había caído un caballo. El cochero le descargaba sañudos pallos en los riñones, empuñando la tralla de revés por el extremo donde va la correa, y tantos como golpes menudeaba maldiciones y blasfemias. Las monjas, se santiguaban y se santiguaban, vertiginosamente. Concluyeron tapándose los oídos, para lo cual tuvieron que introducir los dedos dentro de

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

la ceñida toca. Simona ocultó su cabeza en el busto de la monja a su vera. Urbano, desfallecido en todos sus miembros, y más en el alma, pensaba: «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Esto sí lo entiendo. Y lo de antes sería lo mismo, un juramento indecente, sólo que yo no lo entendía. ¡Pérdón, Jesús mío! Yo no sabía... Nada sé. No me han enseñado nada. Tú bien lo ves. Esas monjas son gabachas y saben más español que yo, porque ellas entendían y yo no. No es mía la culpa... ¿Habrá entendido Simona lo que yo he dicho? De seguro que no. No había más que verle la cara.»

Y en tanto la diligencia continuaba de camino, Urbano no salió de sí en mucho tiempo, hasta que pararon al pie de una venta.

Urbano vió que varios viajeros descendían y entraban en la venta, y él descendió y entró también. Los otros pedían vino blanco, y él pidió vino blanco. Con el vino, se le metía por el cuerpo un ansia de gritar, correr y saltar. Sintió las mejillas sofocadas, seca la garganta, como si en verdad hubiese corrido y gritado mucho; pero ahora le parecía ser dueño de sí, como nunca. Con el vaso en la mano, se acercó a un corro de conversación, y permaneció escuchando, como entre amigos. Una idea asombrosamente sencilla se apoderó de su pensa-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
miento: «Si yo hiciese como que me distraía y dejaba marchar la diligencia, y luego me escondía... He aquí mi salvación.»

Se levantó un revuelo, porque el mayoral hacia chascar la tralla desde fuera. Los viajeros acudían apresurados a la diligencia, y Urbano, por contagio, se vió aguijado de igual prisa. Al subir a su asiento estaba muy animado y se reía plácidamente. La diligencia reanudó la jornada. Simona preguntó a su marido:

—¿De qué te ríes?

—Pues verás... Por lo pronto, yo tenía una idea, pero se me pasó, se me pasó por completo. Se me ocurrió cuando estaban hablando allí abajo, en la venta. Era una idea magnífica. Nada, que se me pasó. Esa gente hablaba..., verás. Es muy gracioso. Dicen que los siete caballos que llevamos son ciegos y todos tienen más de veinte años. Como han hecho el mismo viaje miles de veces saben el camino de memoria, toman las curvas sin que los guíen y paran donde tienen que parar. ¿No es gracioso?

—Es muy gracioso—repitió Simona, y aprovechando que Urbano la miraba un instante, se sumergió, materialmente se sumergió, en los ojos de él, y luego se dejó hundir adentro, adentro, poco a

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
poco, en el alma de Urbano, como en un mar sin fondo.

Tal fué la sensación que le causó a Urbano. Dejó de mirarla, asustado; cerró los ojos; pero ya llevaba dentro de sí a Simona y la veía cayendo, cayéndole sobre el corazón, oprimiéndoselo, que se lo paralizaba y no le dejaba respirar. «¿Para qué me he casado?—gemía mentalmente Urbano—. Para estar con Simona toda la vida, y ser feliz, según mamá me pronosticaba. Esto de ahora es la felicidad... y, sin embargo, me desataría y me derretiría en llorar. Me ahogo. Concluirá este viaje. Y ¿qué voy yo a hacer con Simona?» Descendía el coche una pendiente rápida. El mayoral apretaba el torno del freno, cuyo largo tornillo rechinaba. La estridencia contagió a Urbano, poniéndole en estado agudo de prurito y desazón en la dentadura, si bien él, abstraído ahora del mundo externo, a todas sus sensaciones les atribuía origen espiritual, aunque en este momento no se trataba sino del araño de una discordancia sobre las tirantes cuerdas de sus nervios. «Me rechinan los dientes: los hundiría en mi propia carne—se decía—. Se me atenazan los dedos, con ganas de deshacer y desgarrar. Me cosquillean los brazos, con ganas de apretar y más apretar algo entre

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
ellos. ¿Por qué a la mujer de uno no se la podrá abrazar y besar, como al padre y a la madre? ¡Oh, no, no! Sería delicioso, pero aterrador. Simona me lechazaría si yo lo intentase. Solamente... si hiciésemos como que jugábamos a que éramos madre e hijo. Ella, mi madre... Entonces... Siento ya una emoción suave, mareante... Así debe de ser lo que llaman borrachera. Pero ¿cómo me atreveré a proponérselo? Antes moriré de vergüenza.» Otra idea se le ocurrió; en la venta habían hablado de bandidos, el Bizco de Laredo, y su cuadrilla, que pocos días antes habían detenido y robado la diligencia de Santander. «Si nos detuvieran los bandidos, y a mí me llevasen con ellos... Era una solución.»

Simona, por su parte, en su irreprochable candidez, lo hallaba todo natural. Suponía que así había sucedido y había de suceder en cuantos matrimonios fueron, son y serán. Estando ya casada con Urbano debía ser dichosa. Y lo era. Con deleitable suspensión de sus potencias, casi con angustia, aunque sin premura, antes gozándose en aquella delicada expectación del cuerpo y del espíritu aguardaba algo maravilloso; una lluvia de oro, una ceguera de deslumbramiento. El tin tin de los cascabeles le sonaba a música lejana y cristalina, como entre el éter de un deliquio. Un contacto for-

tuito con Urbano le inundó el alma de un flúido amoroso, caricioso, balsámico, que se le comunicaba desde el marido, por manera misteriosa y exquisita, y le iba empapando y henchendo el corazón, como esponja saturada. Era tan celestial al par que lastimado su anhelo que sintió necesidad de proyectar los ojos hacia el infinito, y envió sus pupilas en derechura hacia el horizonte. Por detrás de unas nubes moradas, subía un vaho nacarino, incandescente, como de luz increada. Flotaba en la luz una nubecilla incorpórea, de color rosa-sobrenatural; color que emanaba de dentro y no se reflejaba desde fuera, como los colores y matices de la tierra. La nubecilla tomó la figura de un arcángel, con plateadas alas extendidas. Simona recibió un dardo centelleante en el pecho, que se lo pasó de claro, y sin hacer siquiera uso del discurso, interpretó aquella divina visión indentificándola con el milagro de la Anunciación de la Virgen. Se le desgarraron las entrañas, y una voz de timbre seráfico habló en ella: «Vas a ser madre.» Dobló la cabeza, invadida de palidez.

—¿Te has mareado?— preguntó Urbano, solícito.

—No es nada, no es nada. Ya estoy bien—y miró a su marido, con arrobo, desliéndose en la mirada.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Y esta mirada fué la que acabó de aturdir y aniquilar a Urbano, el cual retiró aterrado los ojos, frunciendo labios y cejas, por reprimir el exacerbado dolor que casi le impelía a romper en un lamento insensato.

La diligencia rindió ruta en Penedo, a la puerta de la Fonda de Don Bermudo. Esto de don Bermudo no era alusión al amo de la fonda, sino a un rey antiguo que fundó la villa.

Al terminar el viaje, Urbano estaba ya como enloquecido. Movíase a pesar suyo y sin saber lo que hacía, siguiendo, como bestia de rebaño, por instinto, el grupo formado de más personas. Y así, se halló frente a un mostrador, que era la oficina de la fonda. Simona venía en pos suyo.

—¿Una o dos habitaciones? ¿Son ustedes matrimonio, novios o hermanos?—preguntó indiferente el administrador.

Un viajero de aspecto soez y cara burlesca se adelantó a responder, con guasa:

—Son dos hermanitos, ¿no lo ve usted?

La prominente mandíbula de Urbano se agarró. Acopiaba sus energías para resistir la ansiedad furiosa de escaparse corriendo, corriendo, corriendo, hasta caer reventado dondequiera.

Que les tomasen por hermanos le proporcionó

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
alguna esperanza, y lo juzgó singular favor divino.

—Sí, somos hermanos. Dos habitaciones.

Poco después, demudado, con lengua enjuta, rígida y liviana, como de corcho, que apenas le consentía hablar, explicó, tropezándose, a Simona:

—No ceno. Me voy a acostar. Tengo un dolor de cabeza que se me despedazan los huesos.

Simona, fervorosamente, se ofreció a cuidarle y velarle. Él se negó, colérico. Simona, con mansedumbre, dijo que tampoco ella cenaba y que se iba a acostar también. Simona durmió toda la noche. En sueños, se veía la más feliz de las mujeres; flotaba en un lago de aceite aromático, color de ámbar transparente, y sobre él la luna sacudía su resplandor blanco y dulce, como azúcar molida.

Urbano no durmió un solo instante. Con los dientes despedazaba la almohada, se daba puñadas en las mejillas, y no lloraba porque sus párpados estaban áridos, abrasados por el incendio del amor estéril. Después de larga brega, encendió la bujía y paseó por el aposento.

La fonda se levantaba a orilla del mar. La resaca repercutía vibrando en las paredes, con ritmo

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
bronco y pertinaz, como si una sierra mordiese los
cimientos de la casa.

En el aposento había un armario de luna. Al
pasar, Urbano se miró reflejado. Vió un fantasma,
que era él y no era él. Era el Urbano de ahora, tan
distinto del Urbano del mismo día por la mañana,
la última vez que se había mirado al espejo. De-
bido a la duplicidad de imágenes (la suya propia,
de su figura corpórea, que palpaba, para asegu-
rarse de sí mismo; y la otra figura plana y fantas-
magórica, bajo la luna del espejo, como en una
urna de vidrio), Urbano, insensiblemente, se escin-
dió y desdobló en dos personas; el Urbano de siem-
pre, y el Urbano de ahora, cuitado, infelicísimo. El
Urbano de siempre al cabo había arrojado fuera
de sí y reducido al Urbano de ahora, que estaba
allí, prisionero en el cristal, mirando, con expre-
sión desencarnada y suplicante, como alma en
pena, al Urbano de antes. Y el Urbano de antes,
murmuró con voz quebrada y odiosa al Urbano de
ahora:

—Eres un idiota.

Pero al punto se corrigió:

—No, no; desdichado. La idiota es tu madre.

Y al Urbano de antes le entró tanta ternura y
piedad hacia el Urbano de ahora que desfallecía,

y quiso besarle en la frente. Acercóse a él, y al es-
corzar la cabeza para alcanzarle la frente, el otro,
asimismo, retiró la cabeza hacia atrás; y se besa-
ron en la boca. Tenían los labios helados.

Volvió a tenderse en el lecho, deseando que
fuese una tumba. En este instante discurría con lu-
cidez. «Estoy en ridículo—pensaba—. ¿Por qué?
¿Qué culpa tengo yo? No sé nada. Pues por eso.
Estoy en ridículo.» Por herencia materna, el senti-
miento del ridículo le exasperaba. Presumía de re-
cónditas obligaciones conyugales, y la ignorancia
de ellas le acarreaba sentimiento de ridículo y
rabia sorda. «Pero —proseguía— ¿y si no hubiese
tales obligaciones? ¿No estaré neciamente ofusca-
do? Puesto que don Eleuterio nos ha casado ¿no
estará todo hecho? ¿Qué más hay que hacer?» Cali-
ficaba su estado como de absoluta desesperación:
«Porque —continuaba— la desesperación no se
origina en lo irreparable. En lo irreparable, puesto
que es cierto, se descansa. La causa de la deses-
peración es lo incierto. Más vale morir de una vez
que estar condenado a muerte, que es morir sesen-
ta veces por minuto. La causa de la desesperación
es la tiniebla, cuando sabemos que en su medroso
escondrijo nos reclama nuestro tesoro, pero no con-
ducimos la antorcha en la mano. ¡Maldito quien

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
me negó lumbre para la antorcha! Soy un hombre
y estoy como un niño perdido entre el bosque y la
noche. Concluya la incertidumbre o tendré que
matarme.»

La voluntad, soterraña y todavía no ejercitada,
se le puso tensa.

A falta de otros términos de elección, prefirió lo
absurdo a lo indeciso. Levantóse temprano y es-
cribió a Simona:

«Me voy a mi casa. Vete tú a la tuya, en el pri-
mer coche. Ya nos veremos, cuando sea tiempo.

Urbano.»

Y tomó la galera para Pilares, donde vivían sus
padres.

Al despertar Simona, lo primero que hizo fué
leer la carta de Urbano. Permaneció unos momen-
tos confusa, sin darse cuenta. Meditó un poco.
También aquella resolución de Urbano la conside-
ró natural y conforme a los usos habituales en los
matrimonios.

Sus escasísimas nociones matrimoniales Simo-
na las había recibido de la abuela. Recordó enton-
ces haber oído alguna vez a la vieja: «Todos los
hombres, por uno o por otro, nos faltan; y esto es

mejor que no que nos sobren. En nuestra familia hay el sino de que las mujeres pierdan de recién casadas a sus maridos. El mío era muy bueno, pero siempre andaba lejos y perdido. Era capitán de fragata. No podía quejarme de él; pero yo era muy desgraciada; lloré mucho.» Recordando estas palabras, Simona se creyó en la obligación de ser muy desgraciada y llorar mucho.

Cuando entró la criada con el desayuno y preguntó el motivo del llanto, Simona respondió, sin convicción, esforzándose en llorar con gran dignidad:

—¡Soy muy desgraciada!

La criada, creyéndola seducida y abandonada, le prodigó frases lenitivas, exornadas con escabrosos ejemplos amatorios, que Simona no podía penetrar ni descifrar.

De vuelta en el Collado, Simona halló sola a la abuela. Su mamá, la viuda de Cea, había salido de viaje, autorizada por el clérigo, la tarde anterior, poco después que los novios.

Simona se presentó llorando y diciendo:

—Soy muy desgraciada—con acento pueril y convencional.

Doña Rosita se santiguaba.

—¿Y tu marido?

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—No sé.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Lo que siempre pasa en los matrimonios de nuestra familia; es el sino. Lo que le pasó a usted —replicó Simona, muy convencida, dejando de llorar—. He perdido a Urbano.

—¿Que lo has perdido? ¿En dónde?

—No sé.

—¿Es que os habéis querellado? ¿Una riña?

—¿Querellado? ¿Una riña?—reprodujo, boquiabierta, Simona. Eran dos vocablos y sendos conceptos que no existían en el vocabulario ni en la concepción de Simona.

—Entonces...—insistió doña Rosita—. Cuenta, cuenta.

Simona contó, por menudo, su viaje de boda. Concluyó:

—Es el sino de la familia. He perdido a Urbano. Mientras vuelve, que volverá (me lo ha escrito), me dedicaré con alma y vida al hijo de mis entrañas. De todos modos, soy muy desgraciada.—Y de tanto repetirlo, llegó a sentirse desgraciada de veras.

Doña Rosita, anhelante, se inclinó a tomar a su nieta por las manos.

—¿El hijo? ¿Qué hijo? ¿Vas a tener un hijo?

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

¿Cómo puede ser, por lo que me has contado...?

—Voy a tener un hijo... Antes no se lo he contado todo. Usted debía suponerlo. Al casarse se tienen hijos. Fué en el viaje, cuando íbamos en la diligencia.

—¿En la diligencia? ¡Jesús me valga! ¿No había también dos monjas con vosotros?

—Sí. Y yo entiendo que algo se debe a la influencia de las dos santas mujeres.

—¡Ave María Purísima!

Simona, aquí, narró la aparición del Ángel Anunciador, en el horizonte. A doña Rosita le costó gran trabajo retener encadenada la risa:

—Bueno, niña mía. Lo primero, esperemos que vuelva el padre de ese hijo que ha de venirte. Y ahora te voy a decir una cosa, al oído. Acércate. Desde que el mundo es mundo, no ha habido luna de miel más hermosa que la tuya.

Pero Simona se obstinaba en que era muy desgraciada. Sobre todo, por no conseguir llorar con tanta afluencia como pretendía.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

POR su lado, Urbano cayó en la casa paterna cuando sus procreantes y preceptor concluían la comida del mediodía. Al verle aparecer, con faz cadavérica, los ojos como cuajados en una visión de terror eterno, descoyuntada la recia mandíbula, doña Micaela humilló por primera vez la frente, dentro del hogar.

—Papá tenía razón. Estoy escarmentado. No quiero casarme.

Don Leoncio fué el que antes recobró la voz.

—Hijo, estás casado ya.

—No importa. No quiero estar con Simona.

—Haz lo que quieras, hijo — respondió don Leoncio.

Frente a don Leoncio, la antes sometida braveza de doña Micaela se encabritó con altanera brusquedad.

—¿Qué dices ahí, majadero? Volverá, volverá hoy mismo, suceda lo que suceda y haya sucedido lo que haya sucedido. ¿Quién manda aquí? ¿Es este mi marido, que sólo por la ayuda de Dios y con resignación de mártir padezco? ¿Es este mi hijo, que he criado para la perfección en la tierra y la bienaventura en el cielo?—Doña Micaela hablaba demasiadamente, porque abandonándose a la locuacidad se hacía la ilusión de

ir recobrando energía e intimidando a los demás.

Urbano sonrió con agrura:

—¡No volveré!

—Sí volverás, hijo. Lo dice tu madre—aconsejó blandamente don Leoncìo—. Las madres tienen siempre razón.

—Volveré, padre, porque usted lo dice y porque... adoro a Simona.—Y se echó a llorar. —Pero no volveré sin antes hablar con usted. Y no volveré solo ni con el Ángel de la Guarda por toda compañía.

—Volverás con don Cástulo—dijo doña Micaela, restaurándose a sus actitudes dictatoriales, ya que gemía el rebelde.

—¡Bonito papel! El que siempre me ha cabido en suerte—exclamó don Cástulo. Mantúvose un rato meditabundo, y añadió: —Lo acepto. Tengo mi idea, siempre que doña Rosita se preste a colaborar conmigo. Pasarán los chicos una temporada en el Collado.

Y, finalmente, como si hablase consigo mismo, bisbiseó:

—Dafnis y Cloe, redivivos. *Nihil novum sub sole.*

CUARTO CRECIENTE



O HAY TIEMPO QUE perder, Cástulo; a liar tus bártulos. Aviva. La segunda diligencia para Regium sale a media tarde—acució doña Micaela.

Se retiró don Cástulo, con movimientos rítmicos,

algo afeminados, que en él eran habituales, y con ocasión del aturdimiento o de la prisa solían hacerse más notorios.

Quedó a solas y en cohibido silencio la familia; don Leoncio, doña Micaela y Urbano. Después de unos momentos, el primero en hablar fué Urbano, a pesar suyo, como vasija de vidrio que, por contraste repentino de temperatura, se hiende y emite un *crac*, que a su vez hiende, en una línea imperceptible, el silencio transparente y duro, cristalino. Dijo Urbano:

—¡Cómo me pesa el cuerpo! ¡Cómo me pesa el alma! Dormiría, dormiría horas y horas; y días, y años. Llevo dos noches sin dormir; la última noche y la primera noche—aludiendo, claro, a la última noche de soltero, en la cual ya previene el proverbio que no se puede dormir, y a la primera de casado, que había sido la más triste de su existencia.

Acudió el padre, con ternura y piedad:

—Tiene razón el niño. Que descanse hoy a su satisfacción. No hay inconveniente en aplazar el viaje para mañana.

—Hablas, por no variar, como un mentecato—dijo severamente doña Micaela—. Matrimonio que no duerme una noche bajo el mismo techo es matrimonio destruído. Urbano irá hoy a juntarse con Simona. Si no alcanzase la diligencia, irá en carro; si no hubiese carro, irá a pie; si le flaqueasen las fuerzas, lo llevarán a cuestas.

—Sí, sí, como usted disponga, mamá—respondió Urbano, con gesto de absoluto renunciamiento y pasividad—. Envíeme de viaje adonde guste. No soy dueño de mí. Soy una cosa. Iré, lo mismo que una maleta. Tanto me da ir en la berlina como ir en la baca.

Era un acto de sumisión de Urbano, pero de sumisión insolente, crítica, que, por la novedad, dejó perpleja a doña Micaela.

Don Leoncio, dirigiéndose mentalmente a su mujer, pensaba: «Ahí tienes, mujer férrea y fría, los frutos de tu despotismo. No has querido plegarte al afecto ni a la razón ajena. Tú lo sabes todo, mejor que nadie. Has pretendido modificar el mundo y enmendarle la plana a eso que don Cástulo llama Natura infalible. No has consentido que la

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
vida te arrastrase, flotando como una cosa sin voluntad; te lo he oído millones de veces. Escucha ahora a tu hijo. Te has salido con la tuya. Pero, ¿qué has hecho de él? Lo que tú no querías para ti: una cosa. Ya has oído su expresión terrible: irá lo mismo que una maleta.» A don Leoncio, esto de la maleta le parecía un hallazgo de frase, una locución sobremanera sugestiva. Se figuraba una maleta enorme y simbólica, encerrando la persona y destino de Urbano, facturada ya para el país de donde nunca se vuelve. Por fortuna, desde estas imaginaciones angustiadas y poéticas, le trajo a la realidad la visión de una maleta de veras, de esas la mitad inferior una caja de cuero y la parte alta de alfombra rameada, en forma de saco. Era la maleta de don Cástulo, que el propio dueño portaba de la mano diestra.

—Estoy dispuesto. Por mí no haya demora— dijo el preceptor, con talante ambiguo, que denotaba zozobra, orgullo, conciencia de la responsabilidad, ante la inaudita y escabrosa misión que le habían confiado.

Doña Micaela, flechando con los ojos a su marido, habló:

—Quedan suprimidas las escenas sensibleras por real decreto.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Y luego, besando en la frente a su hijo:

—Vete con Dios. Basta ya de chiquilladas.

Don Leoncio tuvo una inspiración, y en lugar de besar a Urbano le sacudió la mano, como a un camarada, diciéndole, con sonrisa contrahecha:

—Ya te nos vas, pícaro. Y te hallarás en tu nuevo estado tan contento que ni te acordarás de nosotros. Me da el corazón que aquellos procedimientos extremos de que hablaba tu madre, para llevarte hoy, serán los que hayamos de emplear dentro de varios días para traerte.

A Urbano se le llenó el pecho de alegría repentina e inmotivada. Respondió, insinuando desusada sonrisa:

—¿Cómo para traerme? Será para traernos a Simona y a mí...

—Natural, natural—replicó el padre—. No había para qué nombrarla. Ya se sabe que tras la cuerda el caldero y la soguilla con la vaquilla.

Apenas se ausentaron don Cástulo y Urbano, el pesimismo recobró su imperio sobre el ánimo de don Leoncio.

Allá iban, calle adelante, un hombre y un adolescente, ayo y pupilo, preceptor y alumno, la más rara pareja que vieron los siglos. Hombre, ayo y preceptor, debía ahora ejercer ministerio de cate-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

quista e iniciar al mozo, pupilo, alumno y catecúmeno en los oficios escabrosos de la erótica conubial. Y sucedía que el catequista era tan ignorante y cándido como el catecúmeno, si no más. De haberlos encontrado al paso el viejo Platón, ¡qué coyuntura deliciosa para explayar su elocuente y divina ironía!

Llegaron maestro y discípulo al despacho de la diligencia, en ocasión precisa de alcanzarla. No quedaban asientos de berlina y hubieron de ir en clase corriente, embutidos entre otros viajeros, lo cual celebró don Cástulo, porque temía las interrogaciones; ciertamente desconcertantes, que a solas le pudiera hacer Urbano.

Durante la jornada, don Cástulo fingía leer en un libro griego. Era un pretexto para reconcentrarse y meditar. Sus reflexiones no le conducían a ningún paraje de asiento y reposo. Pensaba solamente: «En menudo berenjenal me he metido.» Se arrepentía y denostaba a sí propio, por haberse ofrecido estúpidamente a mediar en trance tan desairado.

Urbano iba—ya lo presentía él—como una maleta, ausente de todo, cargado quizás de pensamientos y emociones, pero oscuros, herméticos. Este estado de sopor y entumecimiento le causaba

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

bienestar físico. Sentíase como si tuviera mayor volumen que antes y la materia de su cuerpo fuera más tenaz y pesada. Presumía dentro de sí un cúmulo de fuerzas que, por lo pronto, solicitaban quietud, y más tarde se habían de expandir en diversas y fogosas actividades.

Llegaron a Regium al caer de la tarde.

—Bueno, hijito—dijo don Cástulo—, ahora a tomar una cestita de alquiler y derechos al Collado, como ha determinado tu buena y sabia madre.

La poquedad y azoramiento le inducían a abusar del diminutivo. El hombre, en los grandes conflictos, se achica instintivamente; se vuelve niño y propende a usar dicciones pueriles. Don Cástulo estaba más aturdido todavía que cuando hacía oposiciones a cátedras.

—¿Qué prisa hay?—dijo Urbano—. Podemos cenar aquí, puesto que en casa de Simona no nos esperan y no tendrán comida dispuesta. Iremos después de la cena.

—Eso es una razón, si bien yo no tengo apetito y no podría probar bocado.

—Yo tampoco.

—Entonces... Mira, Urbanito; guíate de mi experiencia; situación dilatada, situación agravada.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Tu madre, que es una mujer superior, ha dicho: basta de chiquillerías. Yo no soy ya un chiquillo. Conque, andandito a tomar la cestita de alquiler.

Y así se hizo. De camino hacia el Collado, Urbano, aunque fortalecido con la vecindad de su maestro y amigo, temiendo que volviesen a atarazarle las congojas e incertidumbres del día anterior, preguntó con firmeza:

—Bueno: y yo ¿qué hago con Simona?

A don Cástulo se le colocó de travesía la nuez de la garganta. Por su cabeza circulaban tácticas frases, con rapidez torrencial: «Este chico es un ganso. Micaela es una mala bruja. ¿En qué iba a parar una educación disparatada, ilógica, contra todos los principios de la pedagogía clásica y los dictados del sentido común, sino en este paso en que lo bufo se mezcla con lo patético, como en los dramas románticos? Pero yo no transijo con el romanticismo y sus géneros híbridos. Yo no soy un romántico. Yo soy un clásico. Yo quiero cosas claras, géneros definidos, situaciones inteligibles... Si bien., ¿estás seguro, pobre Cástulo, de no ser un romántico?»

—¿Qué hago yo con Simona?—repitió Urbano.
Don Cástulo respondió, con acento brusco de

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
mal humor, que le daba, inesperadamente, una especie de autoridad:

—¿Qué has de hacer, hijito? Pues, nada. Te has casado con Simona, y todo lo que tienes que hacer es seguir casado con ella. ¡Vaya con el enigma! Cualquiera diría que te obligaban a emprender uno de los trabajos de Hércules...

—Qué peso me quita usted de encima. Nada tengo que hacer sino seguir casado con Simona. Es lo natural; es lo que hacen todos los casados. Lo natural es siempre lo más fácil.

Y pensaba don Cástulo: «¡Infeliz criatura! ¿Qué sabrá él lo que es lo natural, cuando se atreve a decir que lo natural es lo más fácil?»

—De las tonterías y sandeces que hice anoche—proseguía Urbano—no es mía toda la culpa. Rodean de tanta solemnidad la boda; las personas mayores se ponen tan serias; lloran todos y dan consejos tan sombríos y medrosos, que yo me sentí sobrecogido y supuse que me habían impuesto obligaciones gravísimas. Como no podía ni sospechar cuál era mi deber, creí volverme loco. Reconocerá usted que la ceremonia de la boda es para meter miedo en el cuerpo al más templado.

—Majaderías y zaragatas de las personas mayores.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Me alegro que usted me lo diga. Cuando lleguemos al Collado, Simona estará ya acostada. Yo iré en seguida a acostarme a mi alcoba, que bien lo necesito, y mañana, ¡qué sorpresa la suya al saber que estoy de vuelta! Saldremos juntos al jardín y al huerto... Cazaremos mariposas... Y así siempre.

—Ni más ni menos, hijito. Siempre cazando mariposas. ¡Qué felicidad!

Simona había pasado toda la tarde en el belvedere del torreón, oteando, como la hermana Ana en el cuento de Barba Azul, el polvo de los caminos hacia el horizonte. Tan pronto exclamaba «¡ya viene!» como suspiraba «¡ni viene, ni asoma!» Hasta que cayó la noche y Simona se metió en el lecho. Estaba trasvolada y traspuesta, en la penumbra entre el sueño y la vigilia, cuando le pareció su corazón una brasa que se le salía del pecho y caía en el mar, produciendo largo y lamentoso chisporroteo. Se despejó con sobresalto y advirtió que aquel ruido, medio soñado, tanto como de su corazón provenía de un carruaje, que llegaba haciendo crepitar el guijo en la avenida del parque. Saltó Simona de la cama y se asomó al ventanal:

—¡Urbano!

Urbano acababa de descender de la cesta. Levantó ojos y alma hacia la voz magnética, que le atraía y suspendía como un imán. Era noche sin luna. Cobijada a la sombra del viejo bosque, más negro que la noche, la casa era más negra que el bosque. Urbano sólo alcanzaba a distinguir, allá en lo alto, dentro del recuadro de un ventanal— más negro todavía que la casa—, un tenue hálito blanquecino, a modo de resplandor, absorbido en la oscuridad. Era Símona, toda espiritualizada por la tiniebla.

—¡Simona!

—¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

—Bajaría a recibirte; pero estoy sola y en camisa.

Don Cástulo, que por primera vez estaba de mal humor, no pudo por menos de rezongar una picardía sarcástica: «Malditos sean los inconvenientes.»

—No faltaba más—dijo Urbano—. Acuéstate. Nos veremos mañana mañanita. Buenas noches, cielo mío.

—Buenas noches, Urbanín.

Urbano, en un transporte de entusiasmo, abrazó y besó a don Cástulo, al cual se le pasó por las

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
mientes replicar a su catecúmeno: «bodoque; eso debías hacerlo con ella»; pero se contuvo, considerando que, en su caso, tampoco él se hubiera atrevido.

Urbano, después de saludar y besar la mano a doña Rosita, se retiró a acostarse, y apenas tendido cayó en un sueño de piedra, como si le hubieran derramado en la oreja unas gotas de beleño.

Permanecieron en el comedor, a tratar del asunto, doña Rosita y don Cástulo. La vieja, quieras que no, se obstinó en que el preceptor cenase algo. Apercibió el servicio la Conchona, una moza aldeana, de carnes abundosas, macizas; la cabeza del color y las dimensiones de una regular calabaza, pues no se diferenciaba el tono de la piel del matiz del cabello, uno y otro entre bayo y jalde.

—Esta criada es muy de la casa—dijo doña Rosita, que hacía, como de costumbre, labor de aguja—, pero está todavía cerril. Meticoná y atrevida, ha de entrar con su cuchara en la conversación. Le pongo sobre aviso. No le haga caso, no le dé confianza, que es peor. Ni diga nada reservado en presencia de ella. Hablemos, entre que sale y vuelve. Le noto a usted decaído, preocupado. ¿Qué ocurre?

—Si le parece a usted poco...

—No estoy enterada de nada.

—Pues eso es lo grave; que ninguno de los cuatro estamos enterados de nada.

—¿Quiénes somos los cuatro?

—¿Quiénes hemos de ser? Usted y yo, Simona y Urbano.

Doña Rosita se echó a reír:

—No le comprendo; pero me ha hecho gracia verme apareada con usted y haciendo juego con unos recién casados. Bonita pareja la nuestra... Yo le llevo a usted lo menos lo menos veinte años.

—Tengo menos de cuarenta y cinco y más de cuarenta. Estoy en el primo y dulce octubre de mis emociones.

—Buena edad para casarse un hombre.

—Soy de su opinión. Pero, ya a los quince, pensaba estar en buena edad para casarme; y así desde entonces, año por año. Y usted, ¿qué edad tiene?

—Hablar de años, conversación de arrieros. Explíqueme lo que antes me quería decir.

—Creí que usted se daba cuenta de todo.

—Como no me diga más...

—Mi señora doña Rosita; Urbano es tan inocente, ignorante y majadero que como alguien no le aleccione y empuje, con suave artificio y cautela, a la consumación del matrimonio, estará *per secu-*

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
la seculorum al lado de su mujer sin osar siquiera besarle la yema del dedo meñique.

—¿Y qué mal habría en eso?

—La tragedia, señora; pero, una tragedia bufa, que es un género despreciable, híbrido, en fin, romántico. Yo no soy nada romántico.

—¿La tragedia?

—Sí, señora. Ayer estuvo a punto de sobrevenir, pero se conjuró gracias a Dios. Es un verdadero milagro que Urbano no se suicidase anoche.

—¡Jesús! ¡Jesús! O yo estoy lela o lo que usted me dice carece de sentido. Suicidarse ¿por qué?—suspendiendo la labor.

—Por amor, por amor ciego, por amor insatisfecho y que jamás podrá satisfacerse, puesto que está ciego. Permitame que le lea un párrafo de este libro, lectura favorita mía. Hoy mismo, durante el viaje, he venido leyéndolo.—Mentira—. Su autor fué un griego de la edad antigua, que se llamaba Aquiles Tacio. Dice así: «La mujer es un dulce amargo. Su naturaleza es semejante a las sirenas, que atraen para matar; la propia pompa y aparato del desposorio acredita la magnitud del daño; lamento de flautas, cerrar y abrir de puertas, ir y venir de antorchas. Ante tanto misterio y tumulto, ¿quién dejará de exclamar: ¡desdichado el hombre

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

a quien desposan! Por mi parte, me parece como si contra su voluntad le reclutasen para la guerra.» Doctísimas palabras, reveladoras de la poca o ninguna mudanza de hombres y costumbres en muchos siglos. ¿Qué de particular tiene que Urbano, asustado, haya al pronto perdido la cabeza, como soldado bisoño, y que quizá no viese en Simona sino su más cruel a la par que su más delicado enemigo?

Doña Rosita interrumpió:

—Malhaya si le entiendo una jota, embelesada en oír cómo lo dice, más que lo que dice. ¡Qué lengua, Jesús y María! Debía usted ser cura y predicar. O dedicarse a la política. ¿Por qué no habla usted en público?

Las lisonjas ingenuas de doña Rosita fueron como una brisa que disipó la neblina de murria y malhumor que empañaba el alma de don Cástulo. Prosiguió:

—Porque me moriría de susto. Soy más cobarde que un ratón campesino. Además, usted me atribuye un don de elocuencia que ando muy lejos de poseer. Gracias mil, de todas suertes, mi señora doña Rosita. Y vamos a nuestro negocio. Llegó Urbano esta mañana a su casa, ahogándose, a punto de perecer, como náufrago. Yo, muy carita-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

tivo y más iluso, pensé poder arrojarle un cabo con que se salvase. He aquí, en voz alta, lo que entonces pensé: Yo, me decía, con mi ciencia amorosa, adquirida en autores ilustres, y doña Rosita, con sus largos años de observación, procediendo concertada y artísticamente iremos infiltrando en la inteligencia de Simona y Urbano las claras nociones del amor pleno, el cual no atisban ni vislumbran todavía. Les someteremos a una disciplina poética, tan leve y golosa, que ni ellos mismos se percaten de nuestro magisterio. Esto pensé, neciamente, en un principio. Después, viniendo de viaje, la realidad se me hizo patente en toda su crudeza. ¿Qué le voy a enseñar yo a nadie, en materia de amor? ¿Ni qué va a enseñar usted, mi venerada doña Rosita? Por eso le he dicho a lo primero que ninguno de los cuatro estamos enterados de nada. Sí, señora; somos personajes de una tragedia bufa. Situación verdaderamente romántica. Pero, repito que el romanticismo me repele. A mí que me den situaciones definidas. No veo otro desenlace racional sino meter a Simona y Urbano, juntos, dentro de un cesto, por toda una noche, como se hace para casar un palomo y una paloma. Y luego, que obre la naturaleza.

En esto, entró la Conchona, con una fuente de

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
legumbres, que colocó ante don Cástulo. Luego se plantó con los brazos en jarras a mirar de hito en hito, estúpidamente, al huésped:

—¿Usté es indiano, señorín?

—No, no soy indiano—respondió don Cástulo, desasosegado bajo la mirada densa y pertinaz de la criada.

—Pues talmente parece un indiano; tan guapín, tan fino, con esos antiojos. ¿Son de oro?

—Ssssi..., ssseñora—dijo don Cástulo, pálido e insurrecta la palabra, como si estuviese ante un tribunal de oposiciones.

—Usté es indiano, y no me lo quiere decir. Nunca vi indiano tan majo.—Y contempló a don Cástulo, con ojos tardíos y maternales, como una vaca a su ternero.

—Ea, Conchona—intervino doña Rosita, extendiendo la mano, calzada con mitón de seda negra—, lárgate a la cocina y no seas mal educada.

—¡Cuéstame tanto trabajo dejar de ver a este señorín...! ¡Ay!—y se fué, entre suspiros borrascosos.

—Hablabas usté antes—dijo doña Rosita—de la naturaleza. A mí, desde niña me enseñaron que la educación consiste precisamente en oponerse, y cuando no, en sobreponerse a la naturaleza. Na-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
naturaleza son los rayos del cielo, las tormentas del mar, los temblores de la tierra, las lluvias torrenciales, el hielo que atenaza y el calor que ahoga. Apañados estábamos si en todos estos casos dejásemos obrar a la naturaleza, sin combatirla o al menos defenderse de ella. Seres de naturaleza son las bestias; vacas y toros, yeguas y caballos, ovejas y carneros, gallinas y gallos, que de todo hay con abundancia en esta finca. ¿Qué propone usted, amigo mío; que Simona y Urbano se instruyan en el amor, mediante los ejemplos que, sin trasponer siquiera los muros de nuestra posesión, les proporcionen las bestias?

—Tanto como eso...

—No, es que ni con eso se instruirían, porque son inocentes, y sólo los ojos torpes aciertan a ver las cosas torpes. Friso con los sesenta años; apenas si he salido de esta casa y sus contornos; es lo probable que haya visto innumerables veces obrar la naturaleza, como usted dice. Pues, no, señor; no he visto eso, o si lo he visto no me he dado cuenta.

—Ni yo tampoco, lo cual no tiene nada de particular, porque yo he enmohecido en la ciudad y entre cuatro paredes.—No hay espuela para el pusilánime como la lisonja. Lisonjeado don Cástulo

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

por doña Rosita, sentíase animoso para mostrar, con alarde, el arsenal de su erudición y de su retórica.—El Espíritu Santo acaba de hablar por sus labios de usted, señora. *Omnia munda mundis*, palabras de San Pablo, en su epístola a Tito, edición de la Vulgata, y significa: para las personas puras, todas las cosas son puras. También lo sé decir en griego, si usted lo desea. Pero no nos extraviemos del asunto principal. Sostiene usted que la educación se opone o se sobrepone a la naturaleza. Circunstancialmente, sí. Pero también la educación debe componerse, ~~o sea, corroborarse con la misma~~ naturaleza. Aunque racionales, animales somos. Sería absurdo oponerse o sobreponerse a la buena digestión, o empeñarse en digerir de otra manera que como los animales. Por el contrario, la buena educación debe enseñar a digerir bien, comenzando por enseñar a masticar bien, lo cual conocen al dedillo las bestias, sin necesidad de educación. Pues con el amor, tres cuartos de lo mismo. Hay en el amor humano una parte de naturaleza, común a hombres y bestias, que la bestia conoce sin que la eduquen, pero que el hombre ignora si no se le enseña.

—Yo, la verdad, en mi simpleza, creí que los hombres todos nacían aprendidos a ese tenor y que

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
las únicas que teníamos que aprender éramos las
mujeres.

—¡Qué desatino! *Homo sum*, y sólo sé que no
sé nada.

Doña Rosita soltó el trapo a reír y dejó caer so-
bre la mesa la labor de aguja:

—Ya somos dos.

—Usté es viuda...

—¡Uy! Al cabo de los años mil. Mi memoria
flaquea. No me acuerdo sino en sueños, y eso
como una pesadilla.

—Mi señora doña Rosita—prosiguió don Cástu-
lo, contaminado de la risa de la vieja; pero su risa
era desolada—, voy inclinándome a reconocer que
el amor es una cosa enigmática y dolorosa, como
sostienen esos bobos de románticos. O bien esta
sociedad en que vivimos es la enigmática y dolo-
rosa.

—Allá usté con sus cavilaciones, que me pare-
cen tejido de telarañas—dijo doña Rosita, reco-
brando su labor y reanudándola con fatigoso ar-
dimiento—. Desde que tengo uso de razón recuer-
do haber estado afanada sin cesar con agujas y
ganchillos. Mi madre, que en gloria esté, me in-
culcó esta máxima; la mujer como es debido ten-
drá siempre ocupadas las manos para que la ca-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

beza esté desocupada, pues en cuanto huelga la mano el seso trabaja y se consume. Déjeme usted de meditaciones y garambainas. Jamás me había puesto nadie en aprieto de discurrir, como usted ahora. El punto de calceta es mi fuerte; no me atragante usted con teologías.

—Antigua sentencia de Publilio Sirio: *mulier, cum sola cogitat, male cogitat*, mujer que medita a solas, algo malo maquina.

—Pues es el evangelio.

Entró la Conchona, con un estofado de ternera, y reprodujo las propias celebraciones fetichistas de antes, en frente de don Cástulo, cada vez más nervioso y corrido con la novedad de sentirse objeto de admiración femínea. En saliendo, muy a regañadientes, la Conchona, dijo doña Rosita:

—Para que nos afanemos y pongamos en un potro la inteligencia averiguando lo que es amor... Las mozas de estas aldeas, ¡qué aberración!, aspiran, como dicha suprema, a casarse con un indiano, o sea, con uno de esos inmigrantes que vuelven de Cubita. Y no por mor de la plata, ¡quíá! Se casan con ellos, aunque estén *in albis* y sin un ochavo, porque para estas montaraces criaturas el indiano es el ideal de la belleza y elegancia varoniles. Todos están de color de limón podrido, por

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

no sé qué estragos de las entrañas; el hígado o el bazo. Muchos traen enfermedades sucias, según me ha cuchicheado al oído don Arcadio, el médico. Luego, se visten con unos *fluses*, que así llaman ellos al traje, claros como sorbetes de mantecado y fresa. Pues, contra más estrambóticos, más les gustan a las aldeanas. ¿Por qué así? Yo se lo diré en un santiamén. Porque las aldeanas, y ellas lo saben, son medio bestias, seres casi de naturaleza, y se les antojan los indianos gente fina y educada, que es lo que ellas pretenden. Para que diga usted luego que la educación consiste en corroborar la naturaleza, que es lo mismo que bajar. No, señor mío, la educación siempre será subir, o querer subir. Hay por estos andurriales cada mocetón tan hermosote como una escultura; lo digo, sin ofensa al pudor, porque soy vieja. Y sin embargo, estas rusticotas desprecian a los guapos mozos, por toscos, feos y vulgares, y se levantan de cascos por cualquier indiano machucho y seco como cecina. Claro—añadió doña Rosita riéndose y mirando apicaradamente a don Cástulo, por encima de los espejuelos—que alguno de estos pajarracos tropicales son de buen ver. Pero, sin lisonja, usted les da quince y raya a todos.

—Sseñora—musitó don Cástulo, llevándose, en

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

el colmo de su aturdimiento, a la nariz el tenedor, con un trozo de carne pringosa espetado en las púas.

—Prudencia, gentil caballero; no es que yo le requiebre ni le corteje. Quien lo hace, a ojos vistas, es la Conchona. Nada, que la ha inflamado usted de pasión instantánea, porque se ha figurado hallarle empaque o traza de indiano. Y para que usted no se agravie con el parecido he dicho yo lo de antes, que de otro modo pudiera tomarse como burla o desvergonzada galantería. Verdad que el mayor agravio proviene de esa bruta, atreviéndose a enamorarse de usted.

—Propiamente, yo no diría bruta—rectificó don Cástulo, como hablando consigo mismo—, antes bien alma primitiva, sin complejidades.

—Y tan primitiva: no menos espeso su aliento a establo y quintana, que todavía no se le ha despegado; y el cabezorro enteramente una calabaza de las más cumplidas.

—No la he examinado con atención, pero percibo en ella un no sé qué de hermosura idílica, agreste.

—No está usted mal guasón, tacha común a todos los hombres muy leídos, *vervigracia*, los curas.

—Señora doña Rosita; en tachas ni ilustraciones no me coteje usted con los curas, ¡por Dios!

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Resurgió en esto la Conchona, que era ahora Pomona, con dos grandes fruteros de porcelana, en forma de cornucopia, abarrotados y desbordantes de un barroco hacinamiento de coloridos frutos. Y entre la diversidad de frutos menores, descollaba la formidable calabaza de su testa, con la gran boca de raja y dos ojuelos albinos, agujeros sin cristal, como practicados con un cuchillo. Después esta zafia deidad la fructífera exuberancia al alcance del más que desconcertado huésped; juntó los antebrazos de suerte que cada mano se acomodaba sobre el codo opuesto, con lo cual obligaba a sobresalir la melliza y gelatinosa exuberancia del busto, oscilándolo propiamente al rostro del comensal; y como ahora lo dominaba en una óptica de arriba abajo, después de escrutarlo a conciencia, exclamó con toda su alma:

—¡Dulce Salvador de los hombres, y cómo viene este pobre corazón! Llenín de polvo y mundicia, como Jesús pa el Calvario. ¡Ay! Verónica quisiera ser y limpiarlo y sacudirlo y dejarlo como coral de los mares. Y el pelo también, este pelo de oro y plata, todo cubierto de tierra y porquería. Las tolvaneras del camino han dejado a mi señorín como saco de molienda. Y nadie me lo resfregó al llegar. Quite allá. ¡Joasús! ¡Joasús!—y se arrancó a

dar manotazos sobre los lomos del angustiado don Cástulo, con que levantaba en el aire una como nube polvorosa. Y no satisfecha con esto, le atenazó y hurgó con los diez dedos de entrambas manos la cabeza, como entusiasta peluquero que da una fricción a un cliente de buena propina.

Doña Rosita, pugnando por refrenar los retozos del reír, arrojó un chillido:

—¡Borrica! ¿Cómo te desmandas así delante de tu dueña? Afuera al instante, o te despido a latigazos. Y no vuelvas a poner los pies en esta habitación.

Huyó la Conchona, con diligencia y recelo de animal ahuyentado, pero en el mismo umbral se detuvo, volvió la cabezota y dijo, corajudamente, antes de salir de estampía:

—Es galán y fachendoso como una cotorra antillana.

—Hágame el favor, y usted dispense—dijo doña Rosita—. Levántese y cierre la puerta por dentro, que no nos vuelva a atosigar esa bestia.

Y cuando don Cástulo hubo obedecido, doña Rosita dijo, atragantándose con anchas ampollas de risa, que reventaban sucesivamente:

—Eso, señor mío, es amor; amor que deja obrar libremente a la naturaleza. ¡Guárdese! O no se

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
guarde, ya que como preceptor amoroso necesita
primeramente graduarse en un examen práctico.
¿No decía usted que no sabía nada? Ea, serénese y
volvamos a nuestro tema.

—¿Que me serene? ¿Que volvamos al mismo
tema? ¿Es que para mí ha existido nunca otro
tema? Señora, soy un amante desgraciado—suspi-
ró con oquedad de ultratumba, las cejas unidas en
acento circunflejo y llevándose una mano sobre el
corazón.

—¡Ah, egoísta! Ahora no se trata de usted, sino
de Urbano y Simona.

—Es verdad; lo había olvidado.

—Sostenía usted que lo dificultoso era entregarse
al amor. El ejemplo de bulto, y tan de bulto, que
nos ha salido con la Conchona, quizás le demues-
tra a usted que lo dificultoso es resistirse al amor.
¿Rectifica usted?

—No, señora; antes me ratifico en mi opinión—
paseándose inquieto—. Le he dicho que Urbano,
aunque unido *per secula seculorum* con Simona,
no osará besarle la yema del dedo meñique. ¿Qué
la yema del dedo? Ni siquiera la yema de un
guante.

—Imposible y ridículo.

—Ridículo, sí. ¿Imposible? Si fuera imposible ya

no sería ridículo. Señora; si usted estuviera al tanto, como yo, del carácter de Urbano, de su alma y mentalidad, de la educación execrable que se le dió, perdón, que le hemos dado, no juzgaría imposible lo que por desdicha es irremediable. Yo he estado cosido a él casi desde que nació, y le juro que sigue siendo un recién nacido. Ante tanta pureza y candor, yo, gran erudito, que es como decir gran mentecato y tonto de capirote, me hice desde luego la ilusión de ser como diós del Olimpo que presidiese en la revivida égloga de Dafnis y Cloe, ahora Urbano y Simona. En este fałaz librejo—y tomó con mano convulsa el libro que yacía en la mesa—, junto con Aquiles Tacio, tengo encuadradas las pastorales de Longo, que yo pensaba que fuesen mi manual de pedagogía erótica. Oiga usted lo que dice el autor al final del prefacio: «Ojalá que los dioses me permitan manejar las emociones ajenas sin yo mismo emocionarme.» ¡Infeliz de mí! Apenas esta tarde salimos de la casa paterna el niño y yo, me percaté de que, por más consciente, mis emociones tenían que ser más recias que las de Urbano.

—Tanto mejor, amigo mío. ¿Cómo va a enseñar uno aquello que de todo punto ignora? Calma y ánimo. Se proponía usted, como si dijéramos, ser

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
maestro en la escuela del libertinaje; mal educar a estos zangolotinos recién casados y que yo le ayudase como profesora auxiliar. Le ayudaré con consejos. Su teoría, por lo que me ha declarado, incluye en el tratado de la buena educación un capítulo donde se instruya e incite a la mala educación.

—¿Esa, mi teoría?

—Ha hablado usted de la digestión; que se debe enseñar a digerir; y ha insinuado que se debería enseñar a amar; amar en el sentido material.

—Sí, señora; pero eso no sería mala educación sino buena educación.

—Perfectamente; a eso iba. A mí, desde niña, me habían enseñado que todo lo que no se puede hacer en presencia de los demás cae bajo lo que comúnmente se llama mala educación. Pero usted añade que a estas cosas de la vieja mala educación hay que someterlas también a una buena educación. ¡Donoso descubrimiento! Sí, señor; me ilumina usted. Nunca se me había ocurrido. Está usted cargado de razón. De manera que desde mañana tiene usted que ocuparse en dar mala educación a Urbano. ¡Qué divertido!

—¿Habla usted en serio?

—Míreme a la cara.

—Sí, habla usted en serio.

—No acierto cómo se pueda dar mala educación sino con malos ejemplos, digámoslo así. ¿De veras, de veras opina usted que Urbano ni en un siglo besaría de *motu proprio* a Simona?

—Pondría una mano en el fuego.

—Pues, enséñele usted. Que usted me beşe, en presencia de ellos y simulando creer que ellos no nos ven, no lo entiendo prudente. Dada la diferencia de edad entre usted y yo, se lo figurarían un beso filial. Pero, ahí tiene usted a la Conchona. ¿Cómo le sabría a usted darle un beso en la boca? Sacrifíquese. ¡Ah! Y tome usted sus precauciones, porque a lo peor estas ninfas aldeanas defienden su honestidad a guantadas y puñetazos.

En los ojos de doña Rosita asomaba a medias un numen jovial y malicioso.

—¡Oh, mi venerable señora!—exclamó don Cástulo, abandonándose al desconsuelo—. Mi caso es como el de Urbano, pero empedernido por años de abstinencia y cogitaciones inútiles. ¡Qué he de enseñar yo a Urbanito! Me pondrían a la rosada Venus y a la blanca Diana, y a todas las hermosuras venales de Corinto, Alejandría, Roma y París, invitándome al amor con ademanes incitativos y palabras suplicantes, y yo me moriría en el sitio, antes que rozar su epidermis tersa y mortal. Y que no

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
se atreviesen a tocarme, porque entonces estallaba
como un triquitraque.

—Pues sí que es un caso. Me deja usted turulata.
Bueno; se hace tarde. Retirémonos a dormir. A propó-
sito; espero que se quedará usted aquí unos días,
cuando menos una semanita. Hoy es viernes; has-
ta el jueves que viene no le suelto. Verá cuánto
bien le hace la vida de campo. Deme usted el bra-
zo para subir las escaleras, que mis piernas ren-
quean.

Cuando subían, don Cástulo parecía hablar a
solas:

—¿Égloga, o tragedia? Nada, que me entrego.
Converso soy al romanticismo. El amor es una
cosa trágica y grotesca de consuno. Sin duda hay
géneros literarios híbridos como hay animales hí-
bridos y personas híbridas. Usted dispense, doña
Rosita, si mis pensamientos rezuman a través de
la ósea pared de mi frente.

—Mañana le despejará a usted el aire temprane-
ro.



ÁBADO POR LA MAÑANA, la primera en levantarse fué Simona. Madrugó como una calandria; en camisón, saltaba, loca de ansiedad indescifrable, hasta casi chocar con la techumbre, dentro de su

jaulita, que era su alcoba de virgen. Se acicaló a la ligera. Descendió al piso bajo. Sólo los criados estaban en pie. Salió al jardín. Al ver los pradezueltos, aljofarados de rocío, se descalzó y anduvo buen espacio sobre la yerba húmeda.

De la línea del horizonte, a Oriente, se enarcaba un hacinamiento de nubes violáceas, como cordillera de roca amatista, en cuyo flanco, hacia el comedio, abríase una caverna luminosa, color topacio, cual si allí se estuvieran celebrando las postrimerías de una gran fiesta, nocturna e interior, de gnomos y hadas; era el sol, apenas naciente, que, perforando con sus rayos la masa de nubes, hacía un embudo o remolino dorado. Simona se sintió arrobada ante el espectáculo, absorbida hacia aquel remolino. Pensó en Urbano, en despertarle; que bajase, y juntos los dos ir volando a sumirse en el vórtice del sol. Tomó unas guijas de la vereda, para arrojarlas a la vidriera de Urbano. Desis-

tió, considerando que era atrevimiento e incorrección, y también por lástima de arrancarle al sueño. Le imaginó en el lecho; le imaginó como un niño en la cuna, como el niño que de un momento a otro ella iba a tener, por el simple y misterioso hecho de estar ya casada con Urbano, pues siempre había oído decir que los hijos son pintiparados a los padres, y por tanto, los padres a los hijos. Entonces discurrió entre sí, sobresaltada: «Cuando me venga ese niño, no voy a tener ropa que ponerle; la de mis muñecas no me sirve, que son trajes de niña ya mayorcita. ¡Tendría que ver mi niño, vestido de muñeca! Tengo que apresurarme a hacerle fachas y pañales.» Y determinó aplicarse a la labor, más tarde, en el mismo día.

Calzóse de nuevo y se echó a divagar por el jardín. Iba, como la Aurora homérica, despertando con dedos de rosa a las flores, acariciándolas sin herirlas. Al volver a casa, su rostro estaba fresco y aromoso como una flor matutina. La abuela, que por anciana era madrugadora, se hallaba en el comedor, tomando la cuenta a varios criados. Simona besó los «Buenos días» en la mejilla de la vieja y seguidamente se ausentó, como con prisa. Retornó pronto, trayendo su muñeca más crecida, unos retales de tela blanca y trozos de puntilla. Se

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
sentó en una silla de costura, y, la muñeca en el regazo, comenzó a tomarle medidas con la tela.

—¿Qué haces ahí, nena?—preguntó doña Rosita, entre complacida y grave—. ¿Toda una señora casada jugando a vestir muñecas?

Simona, con gesto de superioridad, respondió:

—¡Qué cándida es usted, abuelita! ¿Vestir muñecas? ¡Qué disparate! Preparo la ropita para mi niño. Figúrese usted que me viene mañana o pasado... El angelito no tendrá qué ponerse.

—Calla, pues no había caído yo en la cuenta—replicó doña Rosita, fingiendo seriedad—. Pero, no es menester que te molestes. Lo harías mal, por falta de práctica. Lo mejor es comprar la ropa hecha.

—¿Y si el niño me viene de sopetón?

—Siempre hay algún anuncio, niña.

—¿Qué más anuncio que habernos casado?

—Si sabré yo mejor que tú, Simona. Ea, ¿cómo te figuras que te va a venir?

—En una cajita, bien embalado—dijo Simona, muy arrebolada, después de una pausa.

Dijo esto, porque le habían enseñado que los niños vienen de París, embalados. Pero ella tenía la convicción, una convicción profunda, ciega y turbadora, de que iba a tener el niño de otra ma-

nera, dentro de sí misma; no sabía cómo, si solamente que debía ser dentro de sí misma; presumía que lo debía expulsar por la respiración. Lo sentía palpar, en el tuétano de su propio ser. Lo había sentido, casi formado, y que le subía a la garganta, cuando el viaje en diligencia. Pero estos sentimientos eran tan raros e inefables que no se atrevió a comunicárselos a la abuela.

—Justo; en una cajita, bien embalado—dijo la abuela—. ¿Calculas que por correo?

—No, así no.

—¿Por la diligencia?

—Tampoco—respondió Simona, cada vez más encendida.

—Pues será por peatón, hijita. O lo echará un pajarito por la chimenea. Sea como fuese, siempre hay algún anuncio y tiempo holgado para preparar la ropa. Por lo pronto, que es lo que más me apremia advertirte, esconde muñeca y trapos, que no los vea Urbano, y no se te ocurra aludir, ni menos hablar claramente, a tu marido de esa tontería del niño venidero.—Y añadió, en un movimiento de espontaneidad: —Si le contagias a él de tus fantasías, estamos aviados.

—¿Fantasías y tonterías llama usted, abuela, a cumplir con los deberes de madre? Pues, ¿para qué

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
nos casamos, sino para tener hijos, como Dios manda?

—Sí que lo manda Dios, pero también las buenas costumbres mandan que la mujer no hable de eso a su marido. Sería poco menos que una desvergüenza.

—¿Una desvergüenza?—balbució Simona, toda confusa.

«Adiós—pensó la abuela—, he ido demasiado lejos. Va a entrar en malicia. Bueno, alguna vez había de ser. Pero, temo haber empleado una palabra inadecuada y fea.» Rectificó en voz alta:

—Me he expresado mal. He querido decir, una indelicadeza, una cosa de no muy buen gusto. El pudor de la casada le impone silencio en estas materias. Cuando llega el caso, la mujer se lo comunica al marido bisbiseándose a la oreja, y si puede ser a oscuras, mejor.

En tanto hablaba, doña Rosita pensaba: «Por andarme con paños calientes, circunloquios y explicaciones, lo voy poniendo peor y peor. No sé lo que me digo.»

Simona, como hablando entre sí, murmuraba, roja y abatida la cabeza:

—¿Cosas de mal gusto? ¿Pudor de la mujer casada? ¿Al oído y a oscuras?

En esto entró don Cástulo, pálido y ojeroso; la camisa, sin el cuello postizo y con solo la tirilla, de donde brotaba una nuez tan robusta que hacía comprender al punto por qué don Cástulo se atragantaba con sobrada frecuencia; zapatillas de terciopelo color obispo, bordadas en hilo de oro, regalo de doña Micaela. Don Cástulo fué a besar con reverencia la mano de doña Rosita.

—¿Cómo ha dormido usted, mi buen amigo?— demandó la señora.

—No me hable usté, excelente y venerable amiga; horrible.

—¿Desvelado? La extrañeza de la cama, quizá.

—No desvelado; peor. No extrañeza de la cama, sino de los sueños, quiero decir, pesadillas. Y eso que yo nunca sueño dormido, porque me acuesto cansado, entre otras cosas, de soñar despierto. Pues soñé que me raptaban. ¿Absurdo y romántico? Absurdo y romántico; concedo, sensata y discretísima amiga. Me raptaba un bandolero, me llevaba a caballo hasta una cueva, en un monte espeso. Cuando, he aquí que el bandolero es una bandolera, una mujer, en arreos viriles; una amazona. Le recordaré a usté, entre paréntesis, que la forma original del matrimonio, que nosotros llamamos sacramento, y estoy por añadir que la

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

única forma racional, fué el rapto. Vuelvo a mi arrojada amazona. Sabe usted que las amazonas mitológicas carecían de pechos, porque se los cercenaban, para mejor disparar el arco. Pues mi amazona los tenía abultados y de admirable morbidez.

Doña Rosita hizo un guiño, dando a entender que don Cástulo se excedía, en presencia de Simona. Pero, Simona no escuchó el final del párrafo, deseosa de tomar la palabra, y dijo, en cuanto se le deparó el silencio:

—Yo también he tenido un sueño semejante; un forajido que entraba por mi balcón.

—¿Nada más?—inquirió la vieja.

—Nada más, abuela.

—Pues yo soñé con mi capitán de fragata—dijo doña Rosita, suspirando, los ojos en blanco.

—Todos hemos soñado, menos ese zampatortas de Urbano, al parecer, porque cuando se sueña mucho se despierta presto, y él está todavía como un leño—opinó don Cástulo, en tono de repro- bación chancera.

—¿Cómo zampatortas? No le consiento esa palabrita—replicó Simona, en el mismo tono del preceptor.

—Lo digo porque ya debiera estar en pie y a tu lado.

—Harto tiempo tiene por delante, para estar en pie, y sentado, y en todas las posturas, que alguna vez uno y otro se fatigarán de la proximidad—comentó doña Rosita.

—Eso sí que no—corrigió Simona—. Ni él ni yo nos fatigaremos. La verdad es que no puedo vivir sin tener a Urbano junto a mí.

—Así sea—concluyó la abuela—. Antes de que se me olvide, don Cástulo: si quiere escribir cartas, ahí tiene recado de escribir. A estas horas sale un propio que lleva la correspondencia a Regium.

—Dos misivas tenía que escribir, brevísimas.

Las escribió, las engomó, las entregó a un criado, y dijo:

—Si usted, mi noble y bondadosa amiga, conociera el contenido de estas epístolas se reiría. Sepa usted que soy cuasi converso al romanticismo. Escribo a un amigo pidiéndole que a vuelta de correo me envíe algunas obrillas de un tal Rousseau, a quien hasta hace poco he tenido por la bestia negra y que es, por así decirlo, el Mahoma o profeta de la religión romántica.

—¿Religión nada menos?—preguntó doña Rosita—. ¿Y quién es el Dios que inspira a ese profeta?

—¿Quién ha de ser? El diablo.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—¡Fute, fute!—exclamó la vieja, haciendo los cuernos con el índice y el meñique de la diestra—. ¿Y la otra misiva, si no es indiscreción?

—Más tarde se lo diré—respondió don Cástulo, riéndose:

Entró el desayuno una criada que don Cástulo no conocía, lo cual le causó cierta sorpresa que no supo ocultar.

—He ordenado que Conchona no sirva a la mesa —dijo doña Rosita— por lo mucho que anoche le molestó a usted.

—¡Oh! Realmente lo que se llama molestia...

Don Cástulo deglutió su desayuno calladamente, caviloso. Al cabo de media hora de mudez, se puso en pie, con las manos en la cabeza, y muy agitado suplicó:

—El propio, el propio de las cartas... Que le pidan las cartas. Es preciso romper una de ellas. Hay que escribir otra...

El propio había salido mucho antes. Era imposible alcanzarle ya.

—¿Qué ocurre? ¿Se arrepiente usted de la conversión, digo, perversión diabólica?—preguntó con sorna doña Rosita, que no podía tomar completamente en serio a don Cástulo.

—No, señora; persisto, con creciente contuma-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
cia, en mi aproximación al endemoniado romanti-
cismo. Se trata de la otra carta.

—¿Algo grave?

—No se lo puedo confiar a usted sino a solas.

—Secreto de confesión... Sea. Simona, monina, haz el favor de retirarte. Ya estamos solos. Escucho anhelante.

—Es el caso que Micaela, antes de nuestra partida, me pidió que a diario le enviase noticia lacónica de cómo iba la relación amorosa entre Urbano y Simona, hasta el punto que, por indicios suficientes, pudiera comunicarle la gozosa nueva de que el matrimonio era ya consumado, que en términos jurídicos y canónicos se dice dejar de ser matrimonio rato. Una o dos palabras bastaban al efecto, según dictamen de Micaela; por ejemplo, «siguen pasmados», «buen cariz», «comienzan carantoñas», «ósculos clandestinos», «solución inminente», etcétera, etcétera. Pues bien, mi opinión, que anoche declaré a usted, es que pasarán días y días sin que Urbano salga de su sopor y pasividad; y así, acabo de escribir a Micaela esta sentencia, que ahora caigo en que es anfibológica: «Hemos pasado sin novedad el rato»; como quien dice: «Por ahora, nada, a no ser pasar sin tropiezos el tiempo.»

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Pues está perfectamente.

—Pero ¿no le digo que rato es el matrimonio no consumado? Si lo hemos pasado ya, Micaela entenderá que se ha consumado el matrimonio. Es muy instruída y aficionada a interpretaciones sutiles.

—¿Y qué? Alguna vez pasaremos realmente el rato.

—No, señora; no lo pasaremos. Me conozco. Quiero decir, conozco a Urbano.

—Bueno, ¿y qué? En definitiva; mañana se desdice usted y escribe con mayor claridad.

Entró Urbano con la frente tersa y despejada, ojos alegres, radiantes. Antes de saludar, dijo, empujando las palabras:

—¿Es tarde? ¿Dormí demasiado? ¿Qué hora es? ¿Y Simona? ¿Se ha levantado Simona? ¿Dónde está Simona? ¿Cómo no está Simona con ustedes? ¿Cuándo baja Simona?

—¿Pasaremos o no pasaremos el rato, don Cástulo?—preguntó, retozando, doña Rosita.

Don Cástulo miraba a Urbano como a un hombre distinto de su Urbano de siempre. Con todo, respondió:

—Seguiremos pasando el rato, como hasta ahora, ilustre e irónica amiga.

Al aparecer Simona, Urbano perdió buena parte del ímpetu que traía. Dió la mano a su esposa, mas luego, como si al contacto se quemase, la retrajo rápidamente. Durante el desayuno, con Simona al lado, fué recobrando la naturalidad y concluyó por mostrarse desenfadado y jovial, con alguna demasía, impelido por la tensión nerviosa.

Después del desayuno, Simona propuso a su natural amo y señor salir juntos y conducirle a visitar la vasta finca.

—Voy por el sombrero—dijo Urbano.

—¿Sombrero, para qué, si estamos dentro de nuestra casa?—opinó Simona, tomando al marido de la mano y arrastrándole al jardín.

Y así salieron a pasear cogidos de la mano y por su cuenta, igual que cuando eran niños, en el balneario de Fuenfermosa. La Naturaleza se le presentaba a Urbano con un aspecto aderezado, algo escénico, que le recordaba la única vez que su madre le había llevado al teatro a ver una función de magia.

El sol comenzaba a rehogar el aire, pero la brisa, festiva y aromática, atemperaba el aliento solar. Difundíase por el campo una neblina grácil y lujosa; una gasa con lentejuelas de plata sobredorada. Balanceándose en lo sumo de los árboles, los

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

jilgueros rociaban su canto menudo y fresco como un *pizzicatto*; emboscados en la sombra, los malvises lanzaban un largo lamento melodioso, voz afelpada de violín. Extendíase a distancia el chirrido espeso de grillos y cigarras, en latidos morosos, a manera de ondas; ya más intenso, como si se acercase, ya más apagado, como si se alejase; una presión tenue y alternativa.

Urbano y Simona cruzaron de paso el jardín y desembocaron en las arboledas de frutales. Urbano nunca había visto el campo en estas horas matutinas, que son como la puericia del día. Aplaciente emoción de olvidanza de sí mismo le enturbiaba deliciosamente los sentidos y el alma. Lo veía todo sin mirar nada con atención, y lo oía todo sin escuchar fijo en nada. Era como si flotase sobre las cosas. En su estado de pasividad casi absoluta, que él percibía, por lo vago, como sensación de libertad casi absoluta, adivinaba estar recibiendo y almacenando en su cuerpo copiosa afluencia de energía. Jamás se había sentido tan feliz; y su felicidad era como una intuición de crecimiento. Sabía que tenía a Simona consigo, porque hallaba el mundo perfecto, siendo Simona el complemento para la perfección del mundo; pero, no porque concretase su alma hacia la presencia

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

de Simona. Sin Simona no se hubiera sentido feliz, ni hubiera echado de ver la perfección de aquel mundo mágico en que ahora se encontraba sumido. Con Simona, se gozaba no tanto en su vecindad y hermosura cuanto en sentirse vivir él mismo, con abandono y plétora, casi en sentirse nacer a la vida y a la luz. Simona era una de tantas cosas, la más importante sin duda, pero una de tantas cosas; era precisamente como la luz, escondida en las candilejas del proscenio, cuya función se cifra en hacer visibles todas las demás cosas, en revelarlas, siendo ella invisible. En cambio, para Simona el mundo y todas las demás cosas estaban abolidos o supeditados a la existencia de Urbano, que era quien única y verdaderamente existía. Como Jehová, en el edén, nombraba, para el solo hombre que entonces había sobre la tierra, las cosas por su nombre, dándole a entender que no tenían otra finalidad sino solazarle y servirle, así se conducía Simona, dando posesión de la finca de sus mayores al único hombre que para ella había sobre la tierra. Y dejándose Urbano conducir, amoroso y extasiado, Simona, en aquellos diáfanos instantes, no le calificaba como su esposo sino como su criatura. Y le contemplaba con orgullo divino y maternal terneza. Su dicha era casi colma-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
da; casi colmada, porque experimentaba una ansiedad.

Y así emplearon la mañana, en ociosidad e inocencia paradisiacas. Cuando, de vuelta para el almuerzo, se reposaron un momento a la penumbra del bosque en redor de la casa, Urbano derramó el rebosante pecho de un golpe, en una frase inmemorialmente desterrada de labios humanos:

—Esto es el paraíso, Simona.

En el almuerzo, don Cástulo anotó una nueva mutación de su pupilo; la piel descolorida, de fruto madurecido a la sombra, se le había puesto roja, y no, como hasta entonces, de tiempo en tiempo, con carmín pasajero de rubor doncellil, sino con el escarlata de las quemaduras.

En la mesa, Urbano y Simona se mantuvieron nada cohibidos, pero tampoco nada amartelados. No cruzaban la mirada sino cuando en el curso de la fútil conversación sucedía que cruzaban la palabra. Doña Rosita y don Cástulo les escuchaban, sin sacar nada en limpio. Más que dos esposos parecían dos hermanos, en habitual convivencia.

La tarde fué para los recién casados una réplica de la mañana. Simona concluyó de enseñar a Urbano, punto por punto, todos los predios y dependencias de la extensa finca. Les iba siguiendo

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
un corpulento mastín, bestia familiar, Cerezo de
nombre.

A la noche, después de la cena, doña Rosita y
don Cástulo aguardaban con incertidumbre lo que
por ventura iban a hacer los dos jóvenes. Luego
de unos cuantos bostezos, Urbano dió las «Bue-
nas noches» y fué tranquilamente a su cuarto. A
poco le siguió Simona al suyo.

—¿No se lo anuncié a usted, mi venerable e ilusa
amiga? Se han ido cada cual a su catre, ni
más ni menos que como cada mochuelo
se va a su olivo.





OMINGO A LA MAÑANA, Urbano probó una sensación nueva; oyó campanas por primera vez. Y fué así. No hallándose en el Collado el capellán, por haber salido de viaje con la ma-

dre de Simona, dos días antes, los señores de la casa y la mayor parte de los criados fueron en caravana a oír misa temprano, en la iglesia de una aldea vecina, Pendueles. Anunciábase esplendoroso el día. Las golondrinas cruzaban el cielo con portentosa rapidez, como si el aire de aquella hora fuese más delgado y navegable.

Don Cástulo, que daba el brazo a doña Rosita, dijo a Urbano:

—Ofrece el brazo a tu esposa.

—Claro que sí—respondió diligente el mozo, obedeciendo.

Simona asía el brazo de su marido, con dulce pero no disimulado ahinco, como si ejercitase un acto de posesión. Urbano sentía al costado el peso tibio de su mujer; carga llevadera y placentera, que al contacto le trasfundía corrientes de vigor. Por momentos hubiera deseado levantarla en alto y conducirla sobre los hombros, simbolizando

de esta suerte lo que para él era la esencia del matrimonio; una especie de gimnasia con que sobrellevar la pesadumbre constante de una persona extraña que, por una serie de razones, entre las cuales, en el caso de Urbano, quizá las menos determinantes habían sido la voluntad espontánea del marido, acontece ser la mujer propia. Evidentemente, Simona era una carga en la vida de Urbano; una carga llena de temerosos arcanos, y, no obstante, una carga deseable.

En esto, tañeron las campanas de la iglesia. Por la diafanidad y sosiego de la atmósfera, sonaban como junto al oído. La vibración metálica se propagó por la carne de Urbano, enterneciéndole. Dijo a Simona:

—Calcula si habré oído campanas infinitas veces; pues, en verdad te digo, que no las había oído hasta ahora.

—¡Qué bobada!—comentó Simona, casi ausente, en la ventura de ir enlazada con su amado.

Porque así como para Simona, bajo el influjo de Urbano, el mundo exterior cesaba de existir por instantes, para Urbano, bajo el influjo de Simona, la realidad de las cosas, y la realidad de su propio cuerpo y de su espíritu, se despertaba por instantes de la nada nebulosa que era

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
su anterior estado, la de él y la del universo.

Puesta el alma en aquella tónica conmovida y vibrante, Urbano penetró en la iglesia aldeana. Salía ya el sacerdote hacia el ara. Olía a juncia y a romero. Los muros del templo estaban blancos, desvestidos de ornamentación. Sólo se veía el *Via Crucis*, pintado con enjutos trazos de brea; su frialdad, negrura y desnudez hacían pensar en la flaca muerte. Del techo, en bóveda de cañón, pendían, hacia el presbiterio, dos bergantines y una corbeta de cuatro palos, entre cuyo fino aparejo las arañas habían tejido telas inmateriales e irisadas. Por un tragaluz en ojo de buey, con roja cortina, se adentró un soplo de aire, y los tres minúsculos buques se pusieron a virar al unísono, sobre nubes de incienso, en tanto la cortina palpitaba, con sacudimiento de vela marina. El humilde retablo desconocía la pompa figurada del pan de oro; estaba pintado de blanco, añil y minio mates; en las hornacinas se albergaban algunos santos, de esos de expresión bonachona y bovina, al estilo bizantino, ojos y pómulos prominentes. Urbano paraba atención reflexiva en todo. Comenzaba—otras personas llegan al cabo de sus días sin haber iniciado esta operación—a analizar y definir de una parte los objetos sensibles y de otra las representaciones

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

íntimas mediante las cuales se iba ligando con ellos. Desde los primeros días de su infancia, había oído hablar, como de un hecho general y cotidiano, del fervor religioso que naturalmente acompañaba a las prácticas devotas; rezar el rosario, comulgar, oír misa... Pero él nunca había sentido ese fervor, bien que de continuo lo requiriese y provocase, acaso con angustia. Ahora—por primera vez—le empapaba una inquietud, a modo de comezón o prurito del alma. Las negras y ceñudas cruces sobre el yerto muro le causaban miedo. Retiró de ellas los ojos y los condujo hacia los buques, que cabeceaban y se balanceaban blandamente. Pendían allí los barcos como exvotos de naufragios. ¡Cuán frágil la vida, cuán a merced de tempestades! Volvió a pensar en la muerte, y huyó la mirada de los barquitos de juguete. A hurtadillas, pero fijamente, contempló a Simona, toda recogida en sí, los dedos entrecruzados, bajos los párpados, envuelta por la sombra, que la velaba, dándole una extraordinaria palidez, y, por acaso de la perspectiva, a un lado y otro de su cabeza, dos cirios de amarilla flámula. «Parece una muerta. ¿Qué haría yo si se me muriese Simona?» Y Urbano dirigió el corazón a Dios, como un hijo hacia su padre. Retiñó la campanilla. El ministro

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
elevaba. Después de unos instantes de anonadamiento, Urbano, poco a poco, fué sumiéndose en un estado de meditación serena y sin palabras. Revolucionado su temperamento por la crisis de aquellos días previos, la materna herencia racionante, oprimida en los precintos profundos del espíritu, afloraba a la superficie. Pensaba, ahora, en su reciente, inmediata experiencia religiosa. Para él, comenzaba el mundo a salir de la nada; pero comprendía que nunca saldría del todo, que, por mucho que él avanzase, siempre llegaría a un límite donde no podría avanzar; en el umbral de esa zona de misterio debería alzar implorante el corazón hacia el Padre que está en los cielos. Se estaba haciendo hombre, rápidamente; sentía dentro de sí, sin duda posible, el desarrollo. Pero no por eso dejaría de ser juntamente un niño, como todos los demás hombres. ¿No era don Cástulo un hombre-niño? ¿Y su padre? Doña Rosita una mujer-niña, también. Pues cada vez que él se sintiese niño, se sentiría religioso. Antes, no se sentía religioso porque no se sentía niño, puesto que lo era; para saber lo que es sentirse niño, es menester primero saberse y sentirse hombre. A conturbar esta meditación clarísima se presentaba un caso de excepción: el de su madre. Su madre

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

era una persona mayor por entero. En ella no había asomos de niñería. Y sin embargo era la persona más religiosa; con una religiosidad que sobrecogía. No quedando en ella residuos de infancia, dijérase que no había sido niña, que había nacido mujer hecha. Si no lo había sido, tendría que llegar a serlo en alguna ocasión; lo contrario sería absurdo, monstruoso.

Concluida la misa, para sacar a Urbano de su meditación, don Cástulo hubo de zamarrearle de un brazo.

Hasta la hora del almuerzo, sentados en el parque bajo los árboles, doña Rosita, Simona y Urbano recibieron visitas de algunos señores rústicos y lugareños acomodados de los contornos, que venían a dar parabién a los recién casados y con regalos en especie: gallinas, empanadas, frutas. Don Cástulo divagaba por la finca.

Como domingo, doña Rosita quería que la familia estuviese junta todo el día, y después del almuerzo volvieron a sentarse bajo los árboles.

Urbano, en su sillón de mimbre, se movía impaciente y aburrido («sí, aburrido», pensaba), a pesar de la vecindad de Simona, o quizá a causa de su vecindad, que principiaba a fatigarle. Aquella tumefacción, o engrosamiento y pesadez del cuerpo,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

que le parecía haber adquirido viniendo en la diligencia, dos días antes, de Pilares a Regium, con don Cástulo, había aumentado durante la corta estancia al aire libre en el Collado, como si su organismo se hubiera enriquecido con muchedumbre de células maduras, que exigían librarse mediante el ejercicio físico. Esto era lo que sentía; necesidad de un ejercicio físico, cuya naturaleza no acertaba a imaginar. ¡Qué novedad! Hasta entonces, miraba por anticipado el venidero domingo como día de reposo, y en tal día, amodorrándose deleitosamente, se figuraba descansar. Ahora deseaba también descansar, pero con un descanso que no podía originarse sino en alguna manera insospechada de cansancio.

Cedía el calor del sol, cuando doña Rosita dispuso dar un paseo hasta la playa de Boves. Hubo que buscar a don Cástulo. Le encontraron sumido y peripatético en la espesura de unos robles, despeluznado, declamando en alta voz. Ruboroso, se exculpó:

—Lacras de mi educación humanista. A solas, en la nemorosidad del bosque, me ajené y rompí a recitar mis amados clásicos, según costumbre añeja.

—Entonces, ¿qué? ¿Se arrepiente de su conver-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
sión al romanticismo? — preguntó doña Rosita.

—¡Oh, mi encantadora y perspicua amiga! Fluctúo, fluctúo. Si bien, cuáles de los clásicos ahora averiguo que eran endemoniadamente románticos.

—Y dale con diablos y demonios; no habla usted de ese coco de romanticismo, que maldito si sé lo que es, que no ponga usted el infierno a contribución. A mí, todo lo que termina en ismo me hace temblar; como cataclismo, guarismo, gargarismo, reumatismo, exorcismo, anarquismo.

—También a mí, pero me atrae como el abismo.

—Otro ismo que mete miedo.

—Pues todos son uno y lo mismo.

Y se echaron a reír por lo cómico que les había salido el diálogo.

La playa de Boves era una media luna, de pedrezuelas blancas, brillantes. De un lado el mar, del otro las verdes praderías; una media luna en campo de azur y de sinople. En uno de los cuernos de la luna asentaba sus chozas un pueblecito de pescadores. No había puerto. De abordada, arrastraban las barcas sobre la playa.

A la sazón de llegar la familia del Collado, volvían las lanchas pesqueras, tendida la vela triangular de lona blanca, que el sol vespertino ani-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
maba con tornasoles de seda rosa. A primera vista, parecían navegar en desorden, con la emulación de llegar la primera a la orilla. Mas no era así, sino que venían en orden geométrico, muy puntual.

—Adviertan ustedes—dijo don Cástulo—que las barcas forman un ángulo, o cuña, como las grullas en sus vuelos migratorios. Con una cuña por el estilo, Nelson nos partió por el eje, a españoles y franceses, que navegábamos en línea recta, cuando la batalla de Trafalgar. Lo cual demuestra que la agudeza vence siempre a la rectitud en todo; en las letras, en la política, en los negocios, en la vida, en el amor.

—En cuña vienen, y yo estoy enterada del porqué—dijo doña Rosita—. Miren la barca de la punta.

La barca que avanzaba en el vértice del ángulo, rumbo a la tierra, estaba empavesada, con banderolas y gallardetes. En lo alto de la antena ondulaba un extraño pabellón, que no era sino un pañuelo de cintura de esos que usan en las festividades las mozas de aldea. Bien distinto se le veía, de fondo amarillo, con cenefa de rosas y flores de malva. De pie en la prora, como las efigies de las naos antiguas, un marinero joven apercibía un remo, a fin de amortiguar la varadura.

—Vivo, vivo—ordenó doña Rosita—; adelantémonos al encuentro del pueblo.

Mujeres, niños y ancianos acudían desde las chozas a recibir las barcas. Oíanse voces diversas, cadenciosamente, como en un coro ensayado.

—Boda piden en la tripulación de Leonardo.

—¿Quién será el novio?

—¿Quién la elegida?

—Catad el lienzo.

—El lienzo no miente.

—Es de Silvina.

—¡Viva la novia!

—¡Que viva Nolo!

—¿Ónde andan los padres?

—Velos allí, con la red.

—Red de un día de bueyes, a juzgar por lo que les pesa.

Rezagados, caminaban un hombre y una mujer de edad, portando trabajosamente una rojiza y voluminosa red, que arrastraba sus flotadores de corcho por la playa.

Doña Rosita, que, con los suyos, se mantenía a discreto espacio, les interpretó aquellos sucesos. Era una costumbre tradicional. Cuando un mozo marinero pedía en matrimonio a una moza, no era sino de una manera simbólica y tímida, enarbo-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
lando en su barca la pañoleta de la preferida. Los
padres de la novia brindaban al novio una red.
El patrón de la barca otorgaba que la pesca de un
día con aquella red se dedicase a los gastos de la
boda.

Urbano, recién iniciado en el uso del sentido
crítico, estaba tiranizado por él. Dijo:

—Todos se hacen de nuevas, como si no tuvie-
ran sospecha de nada, hasta haber visto el pañue-
lo izado sobre la vela. Pero, ¿no iban a saber, como
no fueran idiotas, que ese Nolo y esa Silvina eran
novios? Y los padres, ¿cómo prepararon la red, si
se enteran ahora?

—Hijo—replicó doña Rosita—, hay muchas co-
sas sabidas que se fingen ignorar.

—Por el contrario—contestó Urbano—, hay mu-
chas cosas ignoradas que se fingen saber.

—Pero, ¿no crees que estos usos sencillos e ino-
centes son muy hermosos, muy poéticos? — in-
quirió doña Rosita, para hacer hablar a Urbano y
descubrir hacia dónde se enderezaba su pensa-
miento.

—Yo no sé lo que es inocencia ni lo que es
poesía.

—¿Que no sabes lo que es inocencia?

—No, señora.

—Te sacaré de la ignorancia. Imitando a un poeta, te digo: inocencia eres tú.

—Pues me repugna la inocencia, doña Rosita.

—¿Te repugnas a ti mismo?

—Tal como soy ahora, sí.

—Pues, ¿cómo quieres ser?

—Si lo supiera, ya no sería como soy.

—Bien se ve quién te enseñó, niño. Hablas el mismo lenguaje enrevesado de tu preceptor—dijo sonriente doña Rosita.

—¡Oh, cruel e implacable amiga!—intervino don Cástulo—. El niño ha hablado con diafanidad y concisión lacedemonias.

—¿No lo decía?—comentó la vieja—. Lacedemonias... A mí eso me suena a demonios hembras. Y vuelta con el infierno.

—No sé si hablo con claridad—añadió Urbano, proyectando afuera la mandíbula—. Lo que sé es que nunca se me ha respondido con claridad.

—¿Querías preguntarme algo, si lo tienes a bien?—dijo, dulcemente, la abuela.

—Sea sincera o no la sorpresa del pueblo y de los padres—habló Urbano—, se deduce que ese Nolo y esa Silvina eran novios como a escondites y porque ellos lo querían, no porque las familias lo dispusieran. ¿Es ésto lo propio y habitual entre

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
gentes sencillas e inocentes? ¿Lo es también entre
otras gentes? ¿Cree usted que está bien o que está
mal?

—¿Es que tú por tu cuenta y con libertad hubie-
ras elegido a otra que Simona?—interrogó doña
Rosita, cada vez más interesada en el discreteo.

—Por mi cuenta y con libertad, hubiera elegido
a Simona, sólo a Simona, a Simona y a Simona.
Pero, me hubiera gustado elegirla yo, sin que
ustedes ni nadie me la eligieran, ni siquiera de
ello tuvieran indicio. Me hubiera gustado ¿cómo
diría yo? Me hubiera gustado robarla.

Por el rostro de Simona cruzó un frágil temblor
de entusiasmo.

—He respondido a la pregunta con que usted evi-
tó contestar a la mía—prosiguió Urbano—. ¿Res-
ponderá usted ahora?

—Ya no me acuerdo, niño.

Urbano cayó de pronto en pálida mudez. En
tanto había hablado, los otros no atendían sino a
él; pero él, bien que apasionado en la conversa-
ción, no dejaba de observar lo que hacían los veci-
nos de Boves, en espera del desembarco; cómo se
aproximaban los padres, con la red; cómo las mo-
zas rodeaban a la novia, con risas y zalemas; cómo
la empujaban sola, hasta la ribera, a punto que la

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
barca empavesada tocaba fondo. Entonces, el joven que en la proa manejaba el remo, saltó a la playa, y besó en la boca a su novia, una, dos, tres, cuatro veces: Urbano, aturdido, abandonó la numeración. En este momento fué cuando Urbano cayó en meditativa mudez. Los otros tres presumieron que se callaba amoscado.

De pronto, se suspendió la algazara en que andaban revueltos pescadores, mujeres, niños y ancianos. Doblando el cabo opuesto al pueblo, apareció un bote de remo, que enarbolaba un trapo negro en un palo, a popa. Traía a remolque algo que apenas emergía del mar. Volaron unos lamentos por el aire, pesadamente.

—Vamos a casa, vamos a casa—murmuró doña Rosita, temblorosa—. Es un náufrago. Dios le haya recibido en su seno.

—Yo quiero verlo—dijo Urbano—. Vayan ustedes, que yo les alcanzaré.

—¿Qué quieres ver, criatura? Es horrible. Quizá viene comido de los peces—amonestó doña Rosita.

—Yo quiero verlo todo—concluyó Urbano.

—Me quedo con Urbano—dijo Simona.

—Eso sí que no—atajó la abuela, llevándosela de la mano.

El cuerpo muerto estaba desnudo y casi intacto,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

salvo los pulpejos de las orejas, y los ojos, ya vacíos. Rígido, rojizo y azuloso, bruñido, como barnizado; parecía una escultura de madera. A Urbano le recordó los santos de la iglesia de Pendueles. Urbano lo contemplaba con curiosidad pasiva, sin un movimiento de repulsión ni de pena. Oyó a un marinero, a su lado:

—Manos y pies son a lo señor, flacos y sin callo. Este es uno que se ha matado.

—¿Cómo que se ha matado?—preguntó Urbano.

—Que se ha matado por gusto.

—¿Por gusto?

—O por disgusto.

Urbano se alejó, con turbación en la cabeza y en el pecho. ¡Qué claro comenzaba a verlo todo, pocas horas antes! ¡Qué confuso se le presentaba todo, nuevamente! «No importa—pensó—. Ahora me siento con voluntad y con facultades, que nunca había poseído. Voy siendo fuerte, voy siendo hombre. Las escamas caen de mis ojos.» Cogió unas piedras del suelo y las arrojó lejos, por necesidad imperiosa de eliminar energía. Llegó junto a los suyos. Simona se le colgó del brazo.

—¿Te has enfadado con la abuela?—preguntó Simona.

—No.

—Parecias enfadado.

—Conmigo mismo, que es con quien únicamente me enfado.

—¿Por qué?

—Porque no acierto a expresar lo que quiero.

—Pues yo bien te he entendido. Tienes razón. ¡Qué placer me daba oírtel—Simona aludía a la hipótesis de haber sido robada por Urbano, pero no se atrevió a decirlo directamente. Confusa, con el deseo y el temor de que Urbano la adivinase, dejó caer un guante, que Urbano recogió. Le dijo Simona: —Guárdamelo, que no vuelva a dejarlo caer.

Urbano lo guardó maquinalmente. Doña Rosita bisbiseaba a don Cástulo:

—¿Qué piensa usted que ocurrirá esta noche?

—¿Dónde y a quién?

—¿A quién ha de ser? A los chicos.

—¡Ah! Como ayer, y como mañana, y el año que viene, hasta la consumación de los siglos. ¡Cada mochuelo a su olivo!

—¿A que no?

—Si me conoceré... Digo; si conoceré a Urbano.

—¡Qué estafalaria manía de confundirse con su pupilo!

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—En estas materias, mi deliciosa y gentil amiga, la confusión es nuestra característica, de él y mía.

De sobremesa de la cena, se presentó un capaz de la finca, diciendo que al día siguiente había que ir a sacar piedra de una cantera, para restaurar algunas tapias. Urbano determinó ir también. No pudieron disuadirle. Tenía como hambre de esfuerzos físicos:

—Pues he de madrugar, buenas noches—y se recogió en su alcoba.

Poco después, Simona fué a recogerse en la suya.

—Acertó usted, don Cástulo—dijo doña Rosita—. Verdaderamente, ese caballere te es majadero en demasía.

ESTABA ya Urbano en cama y a oscuras. Reflexionaba. La presencia de Simona iluminaba la realidad y sacaba el mundo de la nada. Ausente ella, el mundo se disolvía en tinieblas, volvía a la nada. Era menester que él absorbiese en su cuerpo

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

a Simona, o que Simona le absorbiese a él, por algún procedimiento sutil y delicioso, a fin de alcanzar una unión indestructible, y que todas las cosas, y él mismo, no padeciesen esas alternativas de ser y no ser. Recordó que tenía un guante de Simona en el bolsillo de la chaqueta. Fué por él a tientas. Sólo con sustentarlo en las manos y cerca de su mejilla, como por un hechizo, el mundo alboreaba, semejante al capullo de una flor. Se sorprendió a sí mismo besando, con anhelo y largura, el guante. «Un beso, he aquí—pensó sin palabras—el procedimiento sutil y delicioso para absorber en mi cuerpo a Simona y que ella me absorbiese en su seno.» En una fulguración instantánea, se le hicieron presentes la imagen del amor, con el beso de los pescadores, y la imagen de la muerte, con el ahogado. Y ya con palabras, de la mente y de los labios, suspiró: «Un beso de Simona y luego la muerte.»





UNES, MUY DE MAÑANA, iba Urbano camino de la cantera, en un carro de bueyes, con el capataz, llamado Antón de Munda. Marchaban a pie el boyero y tres peones. Urbano, con curiosa vo-

racidad de niño, no cesaba de proponer a Antón preguntas y porqués; cómo se llamaban toda clase de plantas, y por qué; por qué las cerezas estaban ya maduras, pero no las moras de los setos; por qué la carreta tenía las ruedas macizas, y por qué chirriaba; por qué a los bueyes los uncían por el testuz y a los caballos los aparejaban por el cuello; por qué—lo había observado—al ponerse en pie la vaca acostada, primero levanta los cuartos traseros, pero un caballo los delanteros, y si era regla general... El pobre Antón de Munda, muy práctico en diversos artes, mas nada especulativo, se declaraba inepto para descifrar la mayor parte de estos enigmas.

—¡Ay, señoritol—dijo, en el colmo ya de la desazón—. Todas estas cosas son como son, unas veces porque los hombres lo quisieron así y casi siempre porque así Dios lo dispuso. A nosotros ¿qué nos importa el porqué?

—Si no nos importase el porqué, nunca saldríamos de niños.

—Tengo para mí que sólo a los niños preocupa el porqué de las cosas, más que saber el para qué. Averiguar el porqué es perder el tiempo; averiguar el para qué es emplear bien el tiempo. Yo llamo niño al que pierde el tiempo, y hombre al que no lo malgasta; que la experiencia le ha enseñado a no malgastarlo. Yo sé que el vino alegra. Lo sé por experiencia. ¿A mí qué me importa el porqué? Me dirán que porque tiene espíritus. Y el espíritu ¿por qué alegra? Si me pongo a eslabonar porqués, nada saco en limpio y concluyo por ponerme triste y perder el tiempo que debí emplear en beber y alegrarme. Con perdón, y dispénseme si ofendo; a mí se me figura que las personas que no tienen nada que hacer son como criaturas de pocos años, aunque galleen; y en este caso están los señoritos desocupados. Y no lo digo por usted—terminó, con guiño cazarro—, que estos días estará bien ocupado con la señorita Simona, por las noches. Hágome cruces por el coraje del señorito, levantándose tan temprano.

A Urbano le iban doliendo todas las palabras de Antón de Munda; pero las últimas, singularmente, le hicieron sentir una herida de mutilación.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Como en el árbol podado de ramazón gárrula la savia se concentra y enardece, así las frases pos-treras de Antón de Munda fueron la cuchilla que cercenó de la boca de Urbano la curiosidad frondosa, revertiéndole hacia el interior, exacerbada y en fermentación, la apetencia de saber.

En la cantera, Urbano quiso picar piedra y cargarla en el carro, como los peones. A la media hora de trabajo, se rindió. Estaba avergonzado. Se había creído ya hombre fuerte. Por la conciencia del ridículo, habiendo descubierto una sonrisa irónica en la mirada del capataz y de los peones, le renacieron las energías. Volvió a la faena decidi-do a reventar, antes que sentirse humillado.

—No se acalore, señorito—decía con sorna Antón de Munda—. Nada tiene de particular que estos primeros días de matrimonio se le doblen los riñones y los remos...

Estas palabras incomprensibles excitaban, como la fusta que toca el fino cuero de un caballo de sangre, la sensibilidad de Urbano, empujándole ofuscado al esfuerzo físico. La última piedra de la carreta la cargó él.

Aunque quebrantado en todos sus miembros, hubo de volver al Collado a pie. Discurría de camino: «Me estoy haciendo hombre. Simona me

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
está haciendo hombre. Mucho me falta, pero me
estoy haciendo hombre. Mi madre no quería que
me hiciese hombre. ¿Será el deseo de todas las
madres que sus hijos no dejen de ser niños? Ni
siquiera en el cuerpo consentía mi madre que lle-
gase a ser hombre. Para ella, la salud de mi cuer-
po consistía en la privación; que no me diese el
sol, que no me atravesase en una corriente de aire,
que no ejercitase mis tendones, que no desenvol-
viese mis fuerzas. Y la salud del alma, para ella,
privación de privaciones y vergonzosa ignorancia.
Hacerme hombre en el cuerpo no lo estimo difícil.
Pero ser hombre cabal, de alma y cuerpo, eso es
lo dificultoso. Simona, Simona mía, mi dicha y mi
tormento; yo quiero ser hombre. Por mí y sobre
todo por ti.»

Llegó Urbano a casa que no podía consigo.
Después del almuerzo, dijo que iba a descansar.

—¿Y después de estar ausente toda la mañana
—dijo Simona, con dengue de enojo—me dejas
sola otra vez?

A Urbano se le dilataba el pecho, con la satis-
facción.

—Tanto lo siento como tú—repuso Urbano—.
Si quieres, me quedaré contigo, pero no podré evi-
tar caer dormido, que no me tengo.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Pues duerme en la hamaca, bajo los árboles.

—Magnífica idea—glosó doña Rosita.

Urbano se resistía, vergonzoso.

—¿Qué de particular tiene, papanatas?—dijo doña Rosita, que ya comenzaba a impacientarse con la sandez de aquel marido platónico.

Urbano se durmió en seguida. Estaban, no lejos, doña Rosita y Simona, sentadas, haciendo labor. Don Cástulo, furtivamente, se había retirado.

—Ese don Cástulo—dijo doña Rosita—me huye. Como es tan sabidor y redicho, se ha aburrido con mi conversación bobalicona.

Simona descansaba los ojos tanto sobre la labor como en el durmiente marido. Se levantaba a veces, para espantar una mosca que se había posado en la nariz de Urbano, para interceptar un rayo de sol que le jugueteaba sobre los párpados, para enderezarle la almohada.

—Parece un angelito—decía Simona a su abuela, con embeleso maternal hacia Urbano.

En esto, Urbano lanzó un ronquido poderoso.

—¡Angelito! Ronca como un hombre—exclamó, humorística, la abuela—. Buena te espera, niña, si tu marido da en roncar con ese entusiasmo por las noches. No te dejará dormir.

—¿Por qué no? Desde mi cuarto no se oye.

—Es verdad. No sé lo que me digo.

Urbano durmió hasta las siete de la tarde. Después, él y Simona dieron un paseo por la finca. Simona, que, con la ausencia de Urbano durante la mañana, y el otro modo de ausencia, el sueño, de por la tarde, sentía como que se le escapaba y que iba perdiendo influencia sobre él, ponía ahora en juego, por instinto, la infusa y paradisiaca coquetería femenina, para atraerlo, reducirlo, subyugarlo. Iba y venía corriendo en torno de Urbano; le miraba con ojos entornados, de suplicante languidez; le arrojaba, como en chanza, hojas y flores, mostrando, al reirse, la húmeda boca, de labios turgentes y trémulos, y con la risa se le salpicaban de hoyuelos los pómulos; se desperezaba, la cabeza hacia atrás, apoyada la nuca en las manos entretejidas, los codos en alto, con que el torso se erguía y los senos se relevaban. Era otra Simona. Habiendo abdicado Urbano de la iniciativa amorosa, que por naturaleza corresponde al varón, Simona, bajo el imperativo de la especie, tomaba la iniciativa. Sin designio, con inocencia perfecta, sintiéndose turbada en todas sus fibras al contacto con Urbano, púdicamente y como al acaso, le rozaba las manos, la frente, los ojos, las mejillas, la boca, a pretexto de azotarle con una

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
flor; o se apoyaba en él, fatigada, después de una carrera, que su rostro cayese próximo al de él, que sus rizos le cosquilleasen, como nervios vivos y desnudos, y sus cuerpos se tocasen en la superficie más extensa posible, adivinando que Urbano sentiría la misma turbación, aunque angustiosa, irresistible y deseable, y de esta suerte le tenía por suyo, todo rendido. Con qué dignidad y escondido orgullo oyó Simona que Urbano, tomándole ambas manos y mirándole a los ojos, le decía con arrebató:

—¡Qué hermosa me pareces, Simona! Crece tu hermosura dentro de mí, como crece el amor que te tengo, instante por instante. Te adoro, Simona, te adoro.

Nunca había hablado así a Simona. Se sintió satisfecho de sí mismo. Simona degustaba en su corazón las palabras de Urbano: «Tu hermosura dentro de mí.» Urbano no sabía bien lo que había dicho; quien interpretaba todo su sentido profundo era Simona, que acababa de infiltrarle hasta el tuétano la sensación y apetito de su hermosura.

Aquella noche, después de la cena, Urbano permaneció más tiempo en el comedor. Al fin, como en anteriores noches, se acogió a su olivo. Y Simona al suyo. Quedaron el preceptor y la vieja.

—No habla usted nada. Está usted ensimismado. ¿Le produce ya tedio el Collado?—inquirió doña Rosita, después de una ligera pausa.

—Muy al revés, veo con terror cuán rápidamente se aproxima el plazo fatal en que concluye su invitación de usted.

—Por eso que no sea. Esta es su casa. Puede quedarse aquí hasta que Urbano se decida, o lo que es lo mismo, *per secula seculorum*, como usted suele decir.

—Infinitas gracias le doy, benigna señora—dijo don Cástulo, poniéndose en pie para doblarse, en señal de reconocimiento, ante la vieja. Sentóse y quedó abstraído.

Pausa.

—Le veo estos días que tira usted mucho al bosque.

—Cantemos los bosques, dice Virgilio, siempre que los bosques sean dignos de un cónsul. Esto lo ha interpretado algún autor francés en el sentido de que Virgilio había profetizado la idea que presidió en la creación del parque de Versalles: un bosque domesticado, afeitado y con pomada. Virgilio estaba asistido del don profético. Profetizó también la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Pero yo más bien opino que Virgilio

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
veía en los bosques la imagen de una conciencia
patricia, en cuya serenidad se engendran altas me-
ditaciones.

—Pues a usted no le sientan bien esas medita-
ciones. Le veo desmadejado, ojeroso.

—*Minus afficit sensus fatigatio quam cogita-
tio*, palabras de Quintiliano: menos enflaquece la
fatiga que la cogitación.

—Y de su romanticismo primerizo, ¿qué?

—No primerizo, sino avasallador. ¿No me ve
desmadejado y ojeroso? ¿No me ve en perpetua
adoración ante el Santo Sacramento de Mí mis-
mo? ¿No me ve con todo el aire funesto de un
apóstol de la Desolación, como lo eran los gran-
des románticos? ¡Ah, señora! Yo también, como
Chateaubriand, poseo un alma de esas que los an-
tigos llamaban enfermedad sagrada.

—¡Virgen de la Leche y del Buen Parto! Me deja
usted turulata. ¿Qué clase de meditaciones son
esas que le han traído a estado semejante? No se-
rán muy católicas.

—La meditación sobre la mujer. *Mille modi Ve-
neris*, señala Ovidio: de mil modos juega Venus
con los hombres. Ovidio, maestro del amor, el
mismo que aconsejaba: *Mulier cupido quod dicit
amanti, in vento et rapida scribere aqua*: escribid

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
en el viento y en el agua rápida las palabras de la
mujer que dice amaros. Lo cual ya lo había de-
clarado Sófocles.

—¿Tan mala reputación le merecemos las mu-
jeres?

—Digo y repetiré hasta el último soplo: *Mulier, hominis confusio*; mujer, confusión del hombre. *Tes men kakes kakion oyti ginnetai gynaikos: esthles d'oyden eis hyperbolen pephyk ameinon.*

—Eso ¿es vascuence?

—Es sentencia de oro de Eurípides: «No hay peor mal que una mala mujer, ni nada ha sido ja-
más producido mejor que una buena.» Pero ¿cómo
distinguir, de antemano, la mala de la buena?

—A cala, don Cástulo, a cala; no hay otro pro-
cedimiento.

Don Cástulo iba a proseguir con su florilegio.
Doña Rosita le contuvo, con un gesto de la mano:

—Acuéstese, don Cástulo, y despeje la cabeza,
que esta noche la tiene revuelta como una en-
salada.

—El sueño consolador se ha divorciado de mis
párpados.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

TAMPOCO a Urbano le asistía el sueño, aquella noche. Daba vueltas en la cama, desasosegado. Así pasaron algunas horas. Andaba al fin traspuesto, cuando se le hicieron presentes, con un escalofrío en la piel, las palabras de Antón de Munda: «Estos días estará bien ocupado con la señorita Simona por las noches.» Con impulsiva certidumbre, que era como una presciencia o portentoso olfato del espíritu, se dijo, incorporado en el lecho: «Simona está al balcón, esperándome. Claro; estas noches debiéramos emplearlas en hablar por el balcón.» Se vistió. Se acercó, febril, sin aliento, al balcón, que abrió cauteloso. Casi pegado al suyo, estaba el balcón de Simona. Vacío. Urbano se acodó en la balaustrada. Arriba, entre el bosqueje, desde el fondo lóbrego, algunas estrellas parecían desprenderse de las ramas y caer con nervioso y breve balanceo de pétalos deshojados. Las luciérnagas tachonaban, abajo, las praderas; eran como las estrellas ya caídas, y al apoyarse en tierra firme, tomaban un brillo más estático, más tranquilo; estrellas en reposo. Urbano, reviviendo, en los sentidos y en las entrañas, más que en la memoria, los contactos de la tarde con el cuerpo plegable y cálido de Simona, ansiaba—en una gran onda que se alzaba para luego derrumbarse en lo

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
profundo de su ser—una apoyatura plena, en don-
de caer, y yacer, y reposar, y abandonarse a una
felicidad, que adivinaba, en la forma de extrema-
da pereza.

Resonó la voz del ruiñeñor, transparente, doloro-
sa y crasa, que, sólo con oírla entre la sombra,
hace imaginar y casi ver que al apasionado
pájaro le hinche la garganta, como un
enorme sollozo. Urbano sintió en la
garganta el canto del ruiñeñor.

Despuntaba la mañana
cuando Urbano volvió
a su lecho.





ARTES POR LA MAÑANA; doña Rosita formó un plan. Había observado que al caer de la tarde anterior Urbano y Simona por primera vez se miraban como se miran los amantes, con ojos ardoro-

sos y sedientos. Doña Rosita lo atribuía al corto tiempo que aquel día habían podido estar juntos. La privación es causa de apetito. Determinó la abuela en consecuencia tener todo el día consigo a Simona, a pretexto de que necesitaba ayuda en ciertos quehaceres domésticos, y que Urbano errase a solas, como alma en pena. «Sin una temporada de purgatorio—dijo entre sí la vieja—no se sube a la gloria.»

—Primera obligación de la casada, ser muy mujer de su casa. Hora es de que te adoctrines en las faenas domésticas. Quiero sacar hoy toda la ropa de armarios y arcaces, que se oree; luego lo volveremos a poner en orden. Tú lo harás, por mí, que estoy vieja para estos trabajos, y tomarás apuntación del hilo, y otras prendas y reliquias familiares. De esta suerte te enterarás de lo que tienes, pues todo ello ha de ser tuyo el día de mañana.—Así habló doña Rosita, después del desayuno.

—Yo les acompañaré a ustedes—acudió Urbano.

—He aquí al fuerte Hércules, débil ante la fuerza del amor, queriendo emplearse en menesteres femeninos. ¡Oh, eternidad de los símbolos!—dijo don Cástulo.

—Nosotras no necesitamos este Hércules de alfeñique: nos estorbaría. Que se vaya a paseo—decretó doña Rosita.

—Pero ¿qué voy a hacer yo solo?—rezongó Urbano, cariacontecido.

—Ya te he dicho que vayas a paseo. Puedes cazar grillos.

Urbano salió a la ventura. Sus ojos estaban turbios, como los del durmiente a quien han despertado de pronto. Hallóse en una pradera, donde pastaban algunas caballerías, al cuidado de un zagal. Se sentó en la hierba, junto al pastorcillo.

—¡Qué gordo está aquel caballo! Va a estallar—exclamó Urbano, por decir algo.

—No es caballo, que es yegua. No está gorda, que está preñada—replicó el zagal, con indiferencia.

—¿Alguna enfermedad?

—¿El qué?

—Eso que dijiste.

—Yo no dije nada de enfermedad.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Eso que dijiste que no está gorda.

—Que está preñada.

—¿Y qué es eso?

—¡Otra, qué Dios! Que va a tener un potro.

—¿Un potro?

—Pues ¿qué va a tener? ¿Un ternero? ¿No sabe usted lo que es un potro?

—Sí lo sé, hombre; un potro es aquello.

—No, señor; aquello es una potra.

—¿Qué más da un potro que una potra?

—Anda; según eso, tanto da un gallo como una gallina. Pero, yo nunca tal vi un gallo que ponga huevos.

—Claro que no; pero ¿es que las potras ponen huevos?

El zagal se retorció de risa, sobre la pradera. Urbano, vergonzoso, suplicó:

—No te rías así. Yo he estado siempre en una ciudad, sin salir casi de mi casa. Nada tiene de particular que no sepa nada de estas cosas del campo. Como habías comparado los potros y las potras con los gallos y las gallinas...

El zagal continuaba revolcándose, y, entre golpes de risa, balbucía:

—¡Recristo! Tendría que ver, una potra poniendo huevos. Serían como melones.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—Basta, chiquillo, que no es para tanto. Dime; ¿en qué se distinguen los potros de las potras?

—¿Pues en qué va a ser, señorito, si está a la vista? Las potras, cuando lleguen a yeguas, tendrán potros, y los potros no.

—¿Y dónde los tienen?

El zagal rompió a reír otra vez. Urbano prosiguió, con serenidad persuasiva:

—No te rías y responde.

—¿Dónde? ¿Dónde va a ser? En el vientre.

—Por eso abulta tanto aquella yegua...

—Por eso.

—Es curioso.

Con esto, Urbano se dió por satisfecho y regaló una peseta al zagal, por sus informaciones.

De vuelta a la casa, pasó Urbano junto al establo de las vacas. En aquel momento, un mocetón las sacaba a abrevar.

—¿Cómo dejan aquella vaca atada en el establo?—preguntó Urbano al mocetón.

—No es vaca, es un toro.

—¡Ah, sí, vamos!—replicó Urbano, con énfasis doctoral—. Todos estos terneros los han tenido estas vacas, y ninguno es del toro.

—No, señorito. Precisamente todos estos terneros son de ese toro.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Como ahora estaba hablando a una persona mayor, Urbano temió seguir preguntando, por no hacer el tonto. Pensaba: «El zagalillo o este zagalón me han tomado el pelo. O bien, puede suceder que entrambos digan verdad, sólo que yo no entiendo. Don Cástulo siempre me aseguró que la naturaleza es enigmática. Porque es enigmática es tan interesante.» Había levantado un ángulo minúsculo del velo universal y era ya inevitable que, despacio o de prisa, continuase describiéndolo. Volvía hacia la casona, lento y cabizbajo. Por casualidad, don Cástulo estaba leyendo en el jardín. Urbano se sentó junto al preceptor, y le propuso el problema que se le había ofrecido con las respuestas del zagalillo y el zagalón.

—Te veo en buen camino, Urbano. Este libro que estoy leyendo se llama *Emilio*. En él se predica y se persuade el nuevo Evangelio: volvamos a la naturaleza. Sí, amado discípulo, hay que volver a la naturaleza, la magna doctora.

Urbano no mostraba ningún inconveniente en volver a la naturaleza, antes lo deseaba con ardor; pero, por lo pronto, quería que don Cástulo le sacase de dudas acerca de lo que había preguntado.

—Mira, hijo mío, lo primero y principal que amonesta este libro es que a los muchachos no se

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

les debe instruir con ninguna especie de lección verbal; que vayan aprendiendo por cuenta propia, mediante la experiencia personal. Así, pues, libreme Dios de aleccionarte en nada tocante a potros y potras y otras criaturas irracionales. Observa tú mismo y aprenderás. Ni se te ocurra buscar la ciencia en los libros. Aquí se previene—golpeando el libro con el índice de la diestra—que los muchachos huyan de los libros: los libros, el mayor azote de la humanidad. Sumérgete en el agua de la Estigia, a fin de enardecer tu cuerpo y hacerte un animal robusto: si leyese este libro, te convencerías. Lástima que a mis años sea tarde para acrecentar la pequeña porción de animalidad que me ha cabido en suerte; otrosí, estoy bastante pocho y nada susceptible de dureza. ¿De qué te ríes?

—Me río porque me da usted todos esos consejos fundándose en que lo dice un libro, y, bajo la autoridad de ese libro, añade usted que no se debe leer libros. Para mí, esto es tan incomprensible como lo del zagalillo y el zagalón.

—No tanto, niño. Dice Montesquieu, refiriéndose al Quijote, que el único libro español bueno es uno donde se demuestra que todos los demás libros españoles son malos. Remedando dicha sentencia, cabe que el único libro bueno de todo el mundo

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
sea éste, porque se propone acabar con el resto de
ellos, españoles y no españoles.

—¿Y qué iba usted a hacer sin libros? ¿Cómo
iba usted a sospechar que debemos volver a la
naturaleza? ¿La naturaleza, y el mundo y la vida
existen para usted fuera de los libros?

—Advierto en ti inéditas facultades críticas y de
observación. Es que te estás haciendo un animal
robusto. Tu cuero se ha tostado y te has puesto
pizmiento como un jayán. Tu mandíbula avanza,
como el tajamar de un navío, confiada y agresiva.
Hablas con penetración de hombre experimenta-
do, de pronto, entre la cháchara ingenua del niño,
que todavía eres. Dame la mano, que me confíe a
ti, como a un amigo del corazón. Sí, Urbano mío;
los libros son mi vida, mi mundo, mi naturaleza,
y no podría vivir sin ellos. No hagas caso si los
abomino. Pero, ¡por Dios!, no leas libros. Quiero
decir, no leas libros todavía. Léelos luego, todos
los que puedas, a tu tiempo; que colaboren en tus
reflexiones sobre tu vida pasada, pero que no se
antepongan a tus experiencias, provocándote la
embriaguez de una vida imaginaria que te dejará
inútil para la vida verdadera. Los libros son como
las fuerzas elementales, como el agua, el fuego, el
aire, la tierra, el amor; mortales si te dominan y en-

vuelven, el mejor don de los cielos si los señoreas y limitas en el cauce, en el hogar, en la vela, bajo los pies, en el pecho. ¡Abrázate recio con la vida y con el amor! Oye mis palabras como el grito de angustia de un hombre que quiere salvarse. Tu tabla salvadora la tienes cerca. ¡Abrázate con la vida y con el amor!

—Mi tabla de salvación es Simona... ¿Quiere usted dar a entender que abraza a Simona?—musitó, pálido y vacilante, Urbano.

—Escucha la voz de la naturaleza.

—Nadie me ha enseñado los rudimentos de ese lenguaje.

—Pues si llegase el caso que necesites intérprete, acude a mí. Te juro que no te defraudaré.

Urbano besó la mano de don Cástulo, en un transporte de efusión. Don Cástulo, arrepentido en en el mismo instante de jurar, pensaba: «¡Pobre criatura! Valiente truchimán va a hallar en mí.»

Después del almuerzo, doña Rosita tomó otra vez por su cuenta a Simona, a pesar de los ruegos y protestas de Urbano.

A solas el mozo, paseando su aburrimiento por el jardín, recordó que en un gabinete de la casona había un armario con libros. Sentía, por primera vez, atracción hacia la lectura, habiéndole puesto

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

en guardia contra ella su preceptor. La insubordinación frente los advertimientos de una persona respetable le tentaba como un acto de virilidad. Todos los libros eran ahora para él libros prohibidos; esto es, libros seductores, ocasiones de peligro. Además, insatisfecho en su apetito de vida verdadera, quería alimentarse de vida imaginaria. Subió al gabinete; escogió un libro titulado *El final de Norma*. Comenzó a leer. Es éste un libro de amorosas aventuras y lances extraordinarios, tan cabalmente cándido y limpio de toda alusión sensual que lances y aventuras más parecen acontecer entre espíritus puros que entre seres de carne y hueso. Desde las primeras líneas, Urbano experimentó una sutil metamorfosis; dejó de ser él y fué sucesivamente cada uno de los personajes del libro. A poco, por una especie de polárización, no se sintió incorporado sino en algunos personajes, los buenos y simpáticos, y el otro grupo de personajes, los antipáticos y malos, le inspiraban una aversión terrible. Cuando tenía que dirigirse a uno de estos personajes odiosos, leía las frases en voz alta y ronca. En pasajes angustiosos, detenía la lectura, para tomar aliento y suspirar. Al final de una escena satisfactoria, dejó el libro y comenzó a dar brincos. No acertando a desahogar el

exceso de emoción, como viese por ventura un piano en la estancia, lo abrió y estuvo algunos momentos descargando manotazos sobre las teclas y rugiendo una canción improvisada y bárbara.

Cuando, al caer de la tarde, después de buscarle y gritarle por todas partes, Simona le encontró leyendo, él la despidió, casi con malos modos.

No se presentó en el comedor sino concluida la lectura, ya promediada la cena.

—¿Qué leías, que así te retuvo?—preguntó don Cástulo—. ¿Algún novelón?

—Sí, señor; una novela.

—De seguro una novela desmoralizadora—prosiguió don Cástulo.

—*El final de Norma*—declaró Urbano.

—Yo la he leído—atajó doña Rosita—y es puro aguachirle. No comprendo, niño, cómo te has engolosinado de ese modo, leyéndola.

—Es que la lectura de la primera novela—elucidó don Cástulo—es un pequeño ataque de locura, una breve enajenación.

—Exactísimo—asintió Urbano—, puesto que dicen que los locos, ya cuerdos, no recuerdan nada de lo que les sucedió estando locos; como si se les hubiera extraviado de la memoria aquella temporada insensata de su vida. Pues, si me preguntan

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

ustedes qué es lo que pasa en el libro, no sabría responderles. Sólo sé que he estado insensato. Pero no me ha quedado nada dentro. ¿Y tú qué has hecho, Simona, mientras yo leía?

—No me hables; estoy enojada contigo.

—Pero ¿no me has oído confesar que he estado loco? ¿No me vas a perdonar? Ea, no seas rencorosa, dame la mano y hagamos las paces.—Mimoso y suplicante, oprimió la mano de Simona, mirándole al rostro con aquellos ojos llameantes y sedientos que doña Rosita le había notado la tarde anterior.

Urbano aseguraba que de la lectura nada le había quedado dentro; pero le había quedado una predisposición efusiva, un estremecimiento exaltado. Cenó poco. Paseó, luego, de un lado a otro del comedor, obediente a una excitación sorda.

—Haz el favor de sentarte, niño, que me mareas—rogó doña Rosita.

—Me voy a acostar. Buenas noches.

Al despedirse de Simona, difícilmente le soltaba la mano, apeteciendo una adhesión inseparable, llevar a su mujer consigo, como una ramificación de su cuerpo.

—¿Pasaremos el rato o no pasaremos el rato?—dijo después doña Rosita al preceptor.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—Pasaremos el rato—respondió radiante el interpelado.

—¿Se entrega usted?

—Sí, señora, me entrego a discreción y sin reservas; por más que no se trata de mí, sino de Urbano.

URBANO se había tendido, sin desvestir, en la cama. Después de algún tiempo, salió al balcón. Simona estaba asomada en el suyo.

—¡Ah, Simona!—exclamó Urbano, tendiendo los brazos hasta asir las manos de Simona—. Venía a esperarte, amor mío. Anoche te esperé hasta la aurora.

—Anoche, y anteanoche, y las otras noches, te estuve esperando yo, aquí mismo.

—¡Vida mía! ¿Y cómo no me lo ha dicho mi corazón? Corazón traidor, voy a castigarte.—Comenzó a darse puñetazos sobre el pecho, y a la vez decía: —Corazón, eres un imbécil. Corazón, eres un mentecato.

—Calla, no digas eso. Estás maltratándome, por-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
que ese, ese, es el corazón mío—y empinándose
en la punta de los pies, tapó con su mano la boca
de Urbano.

Urbano acudió a retener sobre la boca, con su
mano, la mano de Simona, que besó con silencio-
sa largueza. Era como si bebiese un narcótico ex-
quisito. Así hubiera permanecido siempre; sobre
todo porque así no podía hablar, pues no sabía
qué decir, en teniendo libres los labios.

—Pero ¿cómo no nos hemos visto anoche?—dijo
Simona—. Habrás salido muy tarde. Yo estuve
muchas horas, un tiempo infinito.

—Muy tarde salí. No me lo perdonaré.—Para
responder, hubo de dejar libre la mano de Simo-
na. Repitió, con acento colérico: —No me lo per-
donaré.

—No te irrites de nuevo. Antes me has hecho
daño.

—¿Cuándo?

—Antes; en el corazón.

—La culpa es de esta mano atrevida y estúpida.
A ella debía castigar, por haber lastimado mi co-
razón, que es mi Simona.

—¿Qué vas a hacer, loco?

—Morderla.

Y sentía, en efecto, impulsos de morder algo.

—Esa mano es mía, me pertenece—dijo Simona, atrayendo con las suyas la mano de Urbano. Y tan pronto la besaba como rozaba las mejillas sobre ella cariciosamente.

Urbano tenía presente toda su conciencia en la mano, sobre la cual Simona había reclinado la cabeza, agazapándose y empequeñeciéndose por instinto, como si apeteciera reclinarse toda ella en el nido carnosos y caliente que formaba la palma.

Urbano comenzó a sentir hormigueo en el brazo. El hormigueo se le comunicó al torso. La caja del pecho le pareció tenerla ocupada con un líquido hervoroso, de cuyas heces subían infinitas burbujas, cristalinas y luminosas, como pequeños orbes.

—Simona, mi vida, mi amor—alentaba Urbano, flacamente, dejando que el alma, hecha burbujas, se le disipase por la respiración. Y cada «mi vida» o «mi amor» era uno de aquellos menudos orbes que se desleía en el aire.

Cerró los párpados. Entre la tiniebla interior, unas espirales fosforescentes se cerraban sobre sí mismas, mareándole. Luego, con lenta molición, las espirales se fueron desdoblado, como si trazasen a manera de letras y palabras: «abrázate recio con la vida y con el amor». Urbano creyó leer este que

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
don Cástulo había llamado grito de angustia de un hombre que quiere salvarse. Fué como un frenesí instantáneo. Urbano se abrazó con Simona y las bocas se hallaron desposadas.

En esto, cantó el ruiñeñor.

—Tengo un nudo en la garganta; me ahogo—sollozó Simona, sin apenas desgajar sus labios de los del esposo.

—Es el canto del ruiñeñor.

No era el canto del ruiñeñor. Simona sabía lo que era. Era el hijo, que lo sentía por segunda vez subido en la garganta, pugnando por desasirse y brotar.

«Ahora —pensó —es cuando debo decírselo a Urbano, a oscuras y bisbiseado al oído, según me aconsejó la abuela.»

Pero, como la angustia cediese, Simona, poseída de timidez, aplazó la revelación para la noche siguiente, si persistían los mismos síntomas. Y volvió a apoyar sus labios en los de Urbano, hasta que uno y otro recibieron, en los sentidos y en el alma, una lluvia fría y cenicienta, que caía con agria sonoridad. Y era—¿quién lo diría?—el dulce canto de la calandria, derretido en la rosada luz de la aurora.



MIÉRCOLES POR LA MA-

ÑANA, después del desayuno; Urbano y Simona se sentaron en la sombra del jardín a conversar. Urbano pensaba que así como el dolor, en el espacio de una noche, hace

envejecer y vuelve blanca la cabeza, así el amor, en no más largo plazo, hace adulto el corazón del hombre. Urbano hablaba con gravedad y seso de hombre maduro. Por una manera de respeto sagrado, semejante al temor que inspira la vecindad de las cosas divinas, ni él ni Simona osaban aludir a la escena del balcón, como si la hubieran vivido en un estado de alucinación y no guardasen memoria de ella; pero estaban saturados de su recuerdo, que guardaban, porque no se desvaneciese, como un perfume en un pomo sellado.

Como San Pablo, Urbano sentía ahora dos hombres dentro de sí: un hombre activo y un hombre interior. Hablaba, apersonadamente, de asuntos ajenos al amor. De cuándo y en qué forma dispondrían y amueblarían la casa donde se instalasen. De cuánto sería el coste primero y luego el gasto mensual; de cómo ganaría este dinero, pues no quería depender de sus padres ni de la familia de Simona.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Entrar en el comercio no le placía; más le aficionaba la carrera de abogado. Reconocía que, aunque licenciado, estaba ignorante, pasmosamente ignorante, hasta de las nociones más triviales de su carrera. Le habían enseñado automáticamente unas cuantas fórmulas, en cuyo sentido no le permitían penetrar, que repetía de memoria como un loro, con las cuales pasaba en los exámenes, gracias a la recomendación y al soborno; fórmulas que olvidaba de un curso a otro, y las del último curso las tenía archiolvidadas, después de recibir el título. Necesitaba comenzar a estudiar de nuevo, con discernimiento ya, las leyes y otros muchos libros serios. Entraría de pasante con un maestro del Foro. Se suscribiría a buenas revistas. Estaba determinado en saberlo todo, bien sabido. Viajarían también: nada hay tan instructivo como los viajes; son una educación experimental.

—Tú me has hecho hombre, Simona.

Así hablaba uno de los dos hombres que ahora había en Urbano; el hombre práctico y activo, el hombre en relación con la realidad externa. Hombre apto para el esfuerzo, que, en su optimismo, confiaba vencer fácilmente todas las resistencias de fuera. A tiempo que hablaba, tenía, a través de los sentidos—los ojos, el oído, el olfato—, la atención

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

dispersa, con suave fruición, sobre el mundo en torno suyo; la penumbra acuosa de los árboles, donde nadaban, como peces dorados, las manchas de sol; el sonido de cuerda herida por un plectro, del jilguero, y la voz de violín, del malvis; la esencia perezosa de la rosa y el olor especioso de la clavellina. Era una sensación de frescura original, como en su primera mañana del Collado. Volvía a descubrir el mundo, y cada vez lo hallaba más virgen. Como a un recién operado de cataratas, los objetos le tocaban la retina; tan próximos se le presentaban.

Pero además de este hombre externo, cuya atención andaba dispersa sobre las cosas de fuera y los actos futuros, había otro hombre interior; sobremanera recóndito, que tenía sobre sí mismo enfocada la atención, como con una lente. Pensaba, por asociación, en un intervalo de la palabra oral: «¿Pues no acabo de decir que se me ha olvidado cuanto estudié?» Es que, de pronto, habían aflorado en la zona clara de su conciencia unas pocas palabras aprendidas muchos, muchos años antes, siendo niño, cuando cursaba Psicología. «Espinoza define el alma: *idea sui córporis*, la idea de su cuerpo». La idea del cuerpo ¿de quién? Ahora, aquella en otro tiempo indescifrable definición se alumbraba

de un resplandor nítido. La noche anterior, Urbano había adquirido la idea del cuerpo de Simona; es decir, había adquirido un alma. Hasta entonces, había sido un hombre inanimado; ahora era un hombre completo, con las prerrogativas de la intimidad y la noción de la conducta; hombre interior y hombre activo; alma y cuerpo.

—Tú me has hecho hombre, Simona.

En el vértice de esta frase se insertaban el hombre interior y el hombre activo. En el resto de la conversación, uno y otro hombre alternaban y se entrecruzaban, disputándose la hegemonía.

Durante todo el día, el hombre activo se condujo como un hombre hecho y derecho, para admiración y contentamiento así de doña Rosita como de don Cástulo, oyéndole, a la mesa, intervenir en el diálogo, con agudeza y sesudez imprevistas.

Pero el hombre interior andaba tenso todo él sobre sí mismo, en una atención expectante hacia su alma, que no era sino la idea del cuerpo de Simona, aguardando, con infinita zozobra, fortificar y confirmar aquella reciente espiritualidad dulcísima, en llegando la noche. La emoción se le agrandaba por momentos, dentro del pecho, en términos que él mismo, imaginariamente, la comparó con una bola de nieve.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Como a media tarde tropezase Urbano a solas con don Cástulo, le preguntó:

—Me ha prometido usted sacarme de dudas, cuando acudiese a usted. ¿Cómo los terneros son del toro y los potros son de la yegua?

—Pues verás...—comenzó don Cástulo, ruboroso y evasivo.

—¿Por qué se ruboriza usted? Supongo que esto nada tiene que ver con el rubor.

—Ya sabes que yo me azoro por nada, por eso he salido revolcado en todas las oposiciones.

—Bueno, respóndame usted.

—Pues verás; el toro es el padre. Todas las criaturas de Dios tienen padre y madre, como tú los tienes.

—No veo la semejanza. Según eso las personas son como animales.

—Hasta cierto punto, sí. Los animales ven y oyen, respiran, comen como nosotros.

—Ya me había aconsejado usted ser un animal robusto. Perfectamente. Pero el ver y el oír, el respirar, el comer, no es ser padre. ¿Es que los animales y las personas son padres unos y otros de la misma manera?

—¡Qué barbaridad! Ni por pienso.

—Entonces, ¿cómo son padres los animales?

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—Pues verás... Teniendo hijos.

—¿Y las personas?

—También teniendo hijos, claro está.

—Luego, los animales y las personas son padres de la misma manera.

—En cierto modo material, sí.

—Luego, hay un modo material de ser padre, que es lo que yo no comprendo. ¿Cuál es ese modo material?

—No puedo responderte.

—¿Porque usted lo ignora o porque no quiere responderme?

—No me tortures, Urbano.

—Usted se ruboriza y rehuye responderme. Deduzco que usted no lo ignora, pero que es algo que afecta al rubor.

—No es nada, te lo juro, que deba afectar al rubor.

—Pues, ¿por qué se ruboriza usted?

—He ahí lo absurdo. En parte, por mi carácter, y en parte mucho mayor, porque me han obligado a ruborizarme desde pequeño, cuando se trata de estas cosas. He ahí lo absurdo.

—¿Qué cosas? ¿Dónde está lo absurdo?

—Lo absurdo está en que no podamos hablar naturalmente de estas cosas naturales.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—El que no se pueda hablar naturalmente no es obstáculo para que usted me responda, aunque sea sin naturalidad. La muerte es cosa natural. Supongamos que Simona se ha muerto y yo no lo sé todavía, pero usted sí. Usted debería decírmelo; evitando, desde luego, decírmelo naturalmente, porque esta naturalidad ya no sería natural; pero debería decírmelo, pues, al fin y al cabo, yo lo había de averiguar, quizá de golpe, que sería peor.

—Has hablado con singular perspicacia, buscando en la noticia de la muerte el símil de la noticia que me pides.

—La muerte... ¿de quién o de qué?

—La muerte de tu inocencia y quizá de tus ilusiones.

—Inocentes se llama a los niños y a los locos; ilusos, a los tontos. Me juzga usted tonto o loco; a no ser que siga usted mirándome como un niño.

—Ojalá fueras un niño de cortos años; entonces te hablaría con naturalidad y relativa claridad.

—¿Por qué no me habló usted en la ocasión?

—Arrepentido estoy; pero obedecía órdenes superiores.

—De mi madre. ¿Es que la misión de una madre consiste en estropear a un hombre, que es su hijo, estorbándole que pase de niño a hombre?

—Supongamos que sí. ¿Hay misión más hermosa, más sublime que esa? El demonio, el mundo y la carne se encargan de hacer inevitablemente un hombre de un niño, que es como convertir una ilusión en un desengaño. El demonio, el mundo y la carne son tres fieros infanticidas, peores que Herodes, porque Herodes se contentaba con acabar con los niños que a la sazón había, en tanto los otros tres exigen de continuo nuevos inocentes para luego destruirlos. Y la madre, ella sola, contra estos crueles enemigos del alma, defiende a su hijo, que no deje jamás de ser niño, que conserve su alma infantil aun siendo hombre, y así la vida se le hará llevadera. Porque, o el alma no existe o es una pureza de puericia. El hombre que no tiene el alma niña es un desalmado.

—Si hay una persona en el mundo que no tenga alma de niño, esa es mi madre.

—Ciego. Decir madre es decir sacrificio. Tu madre, con entereza heroica, ha sacrificado cuanto en ella había de añorado, de goce inocente de la vida, para cedértelo a ti todo.

—No se lo agradezco. Además, no entiendo esas monsergas.

—Ya las entenderás, con el tiempo; y entonces se lo agradecerás.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Dejémonos de digresiones, y vamos a lo de antes. Si yo fuera ahora un niño de cortos años, me ha dicho usted que me hablaría con claridad. ¿Es que hay cosas que se pueden declarar a un niño, pero no a un hombre?

—Es de sentido común, y en eso estriba la educación. Si a un niño se le tuercen las orejas, por la costumbre de calarle demasiado el sombrero, de hombre es ya tarde para enderezárselas.

—O sea, que es ya tarde para enderezarme las orejas.

—Era un ejemplo. Tu caso no se refiere a las orejas.

—A las orejas, o a las narices, o a lo que a usted se le antoje. ¿Piensa usted que es ya tarde para mí?

—Haz por entenderme. Es ya tarde para que yo procure instruirte como a una criatura de seis años. Pero, en cambio, es la coyuntura ideal, la mejor dispuesta por los hados benignos, para que tú por ti mismo te instruyas, sin deberle nada a nadie.

—Déjeme que le abrace y le diga, por primera vez, amigo, además de maestro. En estos pocos días, venía yo educándome con portentosa celeridad, a tal punto que a veces imagino ser conducido de la mano por un ser providencial, acaso el

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Ángel de la Guarda, como dice mi madre. Durante esta plática con usted, sentía, a ratos, como un desandar lo andado y que mi educación se retrasaba, si es que no se malograba espantosamente. Y, sin embargo, aunque sin darme cuenta, me estaba usted haciendo avanzar a paso rápido en la buena dirección, hacia el sumo bien, que mi alma ambiciona y usted paternalmente me oculta, para estimularme más. Sus últimas palabras dan la expresión más precisa a mis sentimientos vagos.

—Consejo de maestro y de amigo: *festina lente*, apresúrate lentamente. El deseo suele ser padre del pensamiento. No veas en un vago sentimiento una realidad consumada.

POR la noche se verificó la segunda representación de la escena del balcón, con todos los pormenores. Cantó el ruiseñor. Simona volvió a sentir el hijo en la garganta y volvió a aplazar la confesión para la noche siguiente. A Urbano, aquella bola de nieve que, durante el día, se le había ido apelmazando dentro del pecho, se le disolvió

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

de súbito, al rescoldo de los labios de Simona, y le derramó por todos los miembros un frío sabrosísimo de anestésico, como una muerte provocada por la felicidad. Hasta que en la esfera del cielo, el primer rayo de la aurora señaló la hora matutina y la calandria dejó oír su toque de diana, que para Urbano y Simona era toque de queda.

Retirábase Urbano, ebrio todavía de vaguedad y sentimentalismo, corroborada la idea del cuerpo de Simona, nada más que la idea, cuando en su mente resonó un eco de la voz de don Cástu-

lo: «No tomes un sentimiento vago por una realidad consumada.» Y en el sabor de miel que ungía sus labios se diluyó leve regusto de hiel.







UEVES POR LA MAÑANA, un buen rato después del desayuno, doña Rosita observó:

—Tardan en levantarse los muchachos...

—Mal dormir; o lo que es lo mismo, dormir poco.

Y al decir esto, don Cástulo ponía cara de Pascua Florida.

—¿Eh?—inquirió doña Rosita, afanosa como polluelo que en el nido aguarda el alimento, boquiabierta, los codos estremecidos, que parecían alones.

—Lo dicho, dicho—reiteró don Cástulo, siempre con ojos de Aleluya.

—Despache, alma de cántaro. ¿Es presunción? ¿O es certidumbre? Suelte lo que sepa. Señor, qué cachaza.

—Que nos pasamos la noche en el balcón. Eso sí, cada cual en su balcón.

—¡Bah! Tomando el fresco.

—Los balcones se tocan, y los enamorados... pues no queremos ser menos que los balcones.

—Qué frase tan alambicada; no sé qué interpretación darle.

—Ea, que estamos boca con boca, sin separarlas en toda la noche.

—¿Besos?

—Un solo beso, elevado a la enésima potencia. Rectifico; dos besos. Uno, anoche. Otro, ante-anoche.

—No le creo. Su cabeza está un tanto desquiciada. Lo ha soñado, ¿cómo lo sabe?

—¿No ha caído en la cuenta, gentil y adorable amiga, que, cuando quiera que hablo de los amores de Urbanito, empleo, sin poderlo remediar, la primera persona de plural, cual si yo fuera también protagonista?

—He caído en la cuenta, y lo he reprendido en ocasiones, haciéndole observar que no se trataba de usted, egoísta.

—Es inevitable; y el egoísmo nada pinta en esto. La cosa comenzó en el punto de formalizarse las relaciones de Urbanito y Simona. Yo era su confidente y consejero; yo colaboraba, cuando no era único autor responsable, en sus epístolas amorosas. Fué inevitable: me enamoré superferolíticamente.

—¿De Simona? ¡Qué monstruo!—exclamó doña Rosita, con mueca trágicobufa.

—Pobrecita Simona; es muy poco para mí. Me enamoré de una criatura ideal e inexistente, más hermosa que todas las hermosas y más princesa que todas las princesas.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—La cual le correspondió a la medida del deseo de usted. Quéjese.

—Lo que sucedió fué que desde entonces se estableció un paralelismo perfecto entre Urbano y yo. En los trances en que Urbano se halla me hallo yo asimismo, imaginariamente. Lo que él siente, yo lo siento, con absoluta identidad. Él es el mecanismo del reloj; yo soy la muestra, donde las manecillas marcan la hora. Y viceversa; yo soy la columna de mercurio del termómetro; él es la escala numerada. Yo me dilato, él se dilata. Yo me encojo, él se encoge. No necesito informarme con los sentidos de la situación de Urbano; miro a mi corazón y eso me basta.

—De todas esas pamplinas saco en limpio que usted se figura adivinar la conducta de Urbano, en virtud de ciertas corazonadas que usted siente, como vulgarmente se dice.

—Qué corazonadas ni qué ocho cuartos. Lo sé, con certidumbre científica. Como que esto que a mí me ocurre se describe en psicología como un fenómeno de desdoblamiento; fenómeno fuera de lo común, que me enorgullece. ¿No le sostuve a usted que jamás de los jamases nos atreveríamos a besar ni el dedo meñique de nuestra esposa? Pues ahora le comunico que, ¡oh, milagro!, sin sa-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
ber cómo, porque nos ha empujado el soplo de Dios, nuestros labios se han unido a los de la mujer ideal, y en ellos nos hemos emborrachado de un licor inenarrable.

El enjuto don Cástulo se ponía en pie, abiertos los brazos, con la faz arrebatada de los místicos. Doña Rosita rompió a reír, y dijo:

—Usted hace malas digestiones y luego tiene sueños extravagantes y obscenos.

Don Cástulo, primero sonrió con desolada amargura, luego, por grados, se fué reintegrando a su expresión habitual:

—No, señora; no hay la más tenue sombra de obscenidad en mis sueños. No es el beso *saporito* y libidinoso que Saint Preux dió a Julia en el bosque de Clarens, según nos lo hace sentir, con todo su fuego carnal, Rousseau, en *La Nueva Eloisa*; es el beso inmaculado y puro entre esposos; esposos que lo son ante Dios, bien que no todavía ante la naturaleza. El beso entre esposos es casto, aunque sea fecundo; casto como el beso de un niño. Más que beso es un ósculo. ¿Y qué es un ósculo? Luego dirán que no sirve para nada la etimología; pues la etimología nos lleva hasta las entrañas de las palabras. Ósculo, *osculum*, etimológicamente quiere decir boquita pequeña. Habrá usted obser-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
vado que los niños, para besar, recogen y proyectan la boquita, en forma de culo de pollo. Eso es un ósculo.

—Pues si eso es un ósculo, no me explico que nadie se arriesgue a dar un beso, como no me explico que nadie coma una ostra.

—Pero usted habrá comido alguna vez el obisillo del pollo, lo cual es peor que besarlo.

—Me hace usted reír—dijo doña Rosita, colocando la mano ante la boca—, no sé si con sus atrevimientos o con sus erudiciones, que no puede por menos de sacarlas a cuento a cada triqui-
traque.

—La erudición, mi señora doña Rosita, es como los adornos, de almidón de colores, que se ponen en un plato de dulce; son indigeribles, pero con ellos el dulce parece más apetitoso y sin ellos acaso nos parecería repugnante.

—Quedamos en que usted ha soñado, en conclusión.

—Quedamos en que estamos al caer, y así se lo he escrito hoy a Micaela. Apuesto que, mañana o pasado, la mamá de Urbanito manda cantar un *Te Deum* en San Isidoro.

—Que el *Te Deum* no se convierta en misa de *Requiem*.

—Tate, tate.

Doña Rosita estuvo con hormiguillo todo el día, impaciente por comprobar en la noche si don Cástulo era un chiflado o un zahorí.

Después del almuerzo, Urbano dijo a don Cástulo:

—Aunque usted me ha anatematizado todos los libros, veo que me son imprescindibles, para instruirme con seriedad.

—Déjate de libros por ahora, Urbano. Atiende a lo que más te importa. No seas mameluco.

—Hay tiempo para todo. No me sacará usted, ni nadie, de mi carril. Quiero instruirme con seriedad. Deseaba que usted me dijese los libros más a propósito para comenzar. ¿Qué debo leer, desde luego?

—Urbano, no me atosigues. Esto es, no te atosigues.

—¿Qué debo leer, desde luego?

—Déjame en paz.

—¿Qué debo leer, desde luego?

—Lee la Biblia.

—Gracias.

Don Cástulo había dicho lo de la Biblia por zafarse de Urbano. Urbano lo tomó al pie de la letra. Precisamente, en el gabinete de los libros ha-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
bía visto una Biblia. Hacia allí se encaminó en derecha y comenzó a leer el Génesis. Sus esfuerzos de atención le granjearon escaso fruto. No se enteraba del todo. Concluyó por fatigarse.

DESPUÉS de la cena, recogidos ya todos, doña Rosita permaneció en el comedor, hasta media noche, entreteniendo la espera con solitarios de naipes. Cuando el reloj de cuco dió las doce, doña Rosita se puso en pie y de puntillas salió por la trasera de la casa al jardín. Iba a cerciorarse de la escena amatoria en el balcón; a disecar las entrañas del misterio. Llevaba en el pecho una emoción deliciosa; pueril y senil. Se le secaba la boca; le latían las sienes. Por no hacer ruido en las guijas de los senderos, echó a andar sobre la yerba de las praderas, empapadas ya de relente. La humedad le caló a los pies. «Buena la he hecho —pensó—. A mis años y con zapatitos de satén, por la yerba mojada. Un minuto de curiosidad, diez meses de reumatismo.»

En el piso bajo, por la parte de la vivienda de

la servidumbre, vió luz en una ventana. «Esa ventana—dijo entre sí—es la del cuarto de Conchona. ¿Qué hará esa mostrenca, gastando petróleo a estas horas? Mañana te sentaré la mano, cabezuda. Jesús me valga; voy a estornudar sin remedio. Si los niños están en el balcón, me oirán y adiós mi dinero; excursión en balde y reumatismo de propina.» Hundió las narices en la manteleta y ahogó media docena de estornudos. Le zumbaban los oídos. «¿Es alucinación?—se preguntó, con el alma en suspenso—. ¿Qué ruido es este que llena mis oídos, como si fuesen un caracol de mar? ¿Es batir de alas de ángeles o es rumor de besos? Tanto monta; las dos son una misma cosa, que cuando dos amantes inocentes se besan, los ángeles revolotean en torno, locos de júbilo. Rumor de besos es, puesto que el eco repercute en mi corazón.» El rumor no caía de lo alto, sino que se albergaba entre el bosqueje. «¿Habrán bajado los niños al jardín? Nada más lógico.» La sombra ingrátida de doña Rosita vagó lenta hacia el lugar donde sonaba el murmurio de besos. Por ventura, una película de luz aurina se desarrollaba desde la ventana de Conchona hasta una glorieta de mirtos, que era el amoroso escondrijo. Detrás de esta sutil cortina luminosa, en la penumbra, doña Rosita co-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

lumbró el cuerpo de los dos niños, confundidos en un solo volumen. Estaba el uno sentado en un banco y tenía al otro en el regazo. Doña Rosita se acercó más. Pudo oír: «Desde que le vide, díjeme: ese cuerpo resalao es pa mí o no es pa denguna.» Y estalló un beso ingenuo, breve y sonoro. «¿Qué palabras soeces son esas?—se dijo doña Rosita, horrorizada—. ¿Y ese beso grösero? ¿Puede hablar así mi Simona, en momentos de desvarío? Señor, en qué tiempos vivimos. ¡Oh!» Avezada la vista al juego de sombra y penumbra, doña Rosita descubrió que era la propia Conchona quien sostenía a don Cástulo, suspirante, en el regazo, como un rorro, y le prodigaba aquellas ternezas y aquellos besos que sonaban como azotes. «¡Ah, galopín!—masculló doña Rosita, dirigiéndose mentalmente a don Cástulo—. ¿Ese era tu desdoblamiento, ese tu paralelismo? Me has tomado por una pazguata; bien te has reído de mí, mono viejo y lascivo. Con que ¿estamos al caer? ¿A qué llamarás tú estar al caer, sátiro? Y menos mal que has escogido un fondo rústico, como las bestias, y no has profanado mis canas dentro de mi hogar.» Y se interrumpió en la tácita catilinaria para reírse, tácitamente también. «Todos somos hijos de Dios. ¡Pobre don Cástulo! En medio de todo, este idilio es tan cándido como

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

el de mis niños, supuesto que mis niños hayan llegado a otro tanto. Pero, cuando don Cástulo lo asegura, picarón, señal que lo ha visto.» Doña Rosita, silenciosamente, dió la vuelta a la casa, hasta situarse frente a la fachada, que era donde se abrían los balcones de Urbano y Simona. Entre la sombra pertinaz, doña Rosita tardó en vislumbrar, allí arriba, una cándida aprensión; el cuerpo de Simona. Sin duda. Hasta la blanca cabeza de doña Rosita bajaba rumor de besos, suave batir de alas de ángeles. Cantó el ruiseñor. Doña Rosita pensó en su capitán de fragata. En sus ojos brotaron unas lágrimas. «No lloro de dolor, Señor y Dios mío. Si hay dolor en el poso de mi alma, tú has dispuesto, Señor, las cosas de suerte que colmas de felicidad el término de mi vida.» Y la ingrátida sombra anciana se deslizó silenciosamente, a refugiarse a techado. De su ensimismamiento la sacaron los maullidos escabrosos de dos gatos que se hacían el amor a su modo, con escándalo. Doña Rosita pisó sus umbrales, estornudando y monologando: «Malditos, ¡atchís!, adelantáis vuestro Agosto. ¡Atchís! Qué nohecita. Hasta los gatos quieren zapatos. ¡Atchís!»

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

AQUELLA noche, Simona, por la incomodidad que le causaba el corsé al doblarse, sobre el barandal del balcón, hacia Urbano, se compuso, antes de salir, en un estilo más libre y desahogado. Después de quedar casi desnuda, calzó unas chinelas y arrebujó el cuerpo en una ligera bata blanca. En esta sucinta selección de atavío no había sido consejera hipócrita la malicia, ni apenas había intervenido el designio. Fué un movimiento natural de adaptación al estado de ánimo, que era de abandono a la plenitud de sus sentimientos. La más tenue molestia en los vestidos nos distrae de la inmersión en nuestros pensamientos y sentimientos más delicados, de esos que no se paladean sino en el ensimismamiento. La entera libertad y olvido del alma debe ir aparejada con el olvido y libertad de los órganos corporales, cuya condición es la soledad. Para Simona, estar con Urbano, en la alta noche, era estar más ensimismada y a solas que en la soledad de su aposento. Pero la consecuencia fué que Urbano, a pesar suyo, iba adquiriendo una idea más concreta y palpable del cuerpo de Simona. A Urbano, la libertad y evidencia del cuerpo de Simona le causaba un desmayo de cobardía. Sentía el torso de ella tan contiguo a sí mismo que se figuraba como si él, Urbano, estu-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
viera desnudo; y, sin saber por qué, se avergonzaba. A Simona, por el contrario, jamás se le lograba la ansiedad, por la cual se perecía, de estar, sin reserva, identificada con Urbano. La suspirada y no presumida unidad en el amor la sentía dolorosamente despartida en dos mitades y como en prisiones, cada porción en cárcel distinta, aherrojadas tras la reja de cada balcón. Ganaba a Simona, por ésto, un como abandono o melancolía, hasta que de la propia dejadez se levantaban unas ráfagas briosas, a la manera de impulsiva desesperación.

Tanto como Urbano se sentía desmayado y sobrecogido, Simona cobraba el coraje necesario—y no era poco—para llegar adonde se proponía: confesarle a Urbano que iban a tener un niño. Acercaba la boca al oído de Urbano, y en la húmeda lengua le crepitaban ya las brasas purpúreas de las palabras reveladoras, cuando el gélido demonio de la duda la poseyó. ¿Y si no fuera verdad que ella iba a tener un niño? Desde la nuca, por el canal de la espalda y hombros abajo, se le deslizó un escalofrío, como delgada vestidura de agua corriente. Un soplo de hielo transitó por las raíces de su cabellera, erizándosela. Cantaba el ruisenior, y Simona no sentía el nudo en la gar-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
ganta. La congoja se trasmutó en negra certidumbre. «No iba a tener un niño. Jamás lograría tener un niño...» Y al llegar, pensando con palabras, a este punto, se atrancaba en las preposiciones; no sabía cómo expresarlo, «un niño por», «un niño de», «un niño con» o «un niño para Urbano». De lo único que sabía era de su tristeza abrumadora. Dejó caer la marchita cabeza sobre el hombro de su marido. Se hubiera deshecho en lágrimas y sollozos, si no fuera por temor de alarmar a Urbano. Con heroica conformidad, determinó llorar solamente en el secreto de su corazón. Estaba atenta a su llanto interior, llanto de veras, con lágrimas líquidas y saladas, que Simona sentía manar y resbalar por dentro de las paredes del pecho, como el agua que rezuma en las entrañas de una caverna. El llanto fluía sin cesar, embalsándose, y el nivel se elevaba. Al cabo de mucho tiempo, aquella ascendente inundación le llegaba a la garganta. Le entró un ahogo. «¿Es el llanto o es mi niño, que estaba escondido y vuelve a llamarme, a las puertas de mi cuerpo, queriendo salir? Es mi niño. Con sus manecitas, me araña suavemente la garganta desde dentro y me sofoca.» Irguió Simona la cabeza, con el escorzo de la fe; luego puso los labios al oído de Urbano y, en un aliento sutilísimo, suspiró

—Vamos a tener un niño.

Urbano no entendía. Las palabras de Simona le habían dejado como hueco, cóncavo, y las devolvió de rebote, en una resonancia:

—¿Vamos a tener un niño?

Y Simona, con soplo entrecortado:

—Voy a tener un hijo.

Y Urbano, estupefacto, pasivamente:

—¿Voy a tener un hijo?

Y Simona, con voz cada vez más leve, más vacilante:

—Lo voy a tener yo... lo voy a tener por ti... de ti... para ti... contigo...

Poco a poco, Urbano fué recogién dose de nuevo en sí mismo. Su ser espiritual, poco antes exangüe, desbordaba ahora de amargura, de decepción, ingratas y onerosas. Con acento árido dijo:

—Explicate. ¿Qué sabes tú, qué sabemos nosotros lo que es tener un hijo, cómo se tiene un niño?—Y cambiando repentinamente de acento, exclamó tembloroso: —¡Relámpagos!

—No ha habido relámpago ninguno. El cielo está puro. Las estrellas brillan detrás de los árboles.

—Ha pasado un relámpago. Yo estaba escuchándote, con los párpados cerrados; pero el relámpago atravesó hasta mis pupilas.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Ves visiones.

—¡Ojalá Dios tú las vieras también!

—¿Qué visiones quieres que vea?

—Ojalá fuera una visión que vas a tener un niño.

—Visión fué a lo primero.

—Ojalá fueran visiones. Lo tuyo y lo mío. Lo mío más que lo tuyo. No. Lo tuyo más que lo mío. No sé.

—Fué una visión a lo primero. Ahora es una cosa material.

Urbano había creído ver relámpagos, o por mejor decir rayos; pero no quiso decir a Simona esta última palabra porque hubiera sonado a juramento. Urbano se percató en seguida de que el rayo que había visto no era un meteoro del firmamento, puesto que lo había visto con los ojos cerrados, sino un rayo de la inteligencia, un fenómeno radiante en la oscura noche del alma. Había comprendido de pronto, como bajo un gran resplandor, infuso y repentino. ¿Qué es lo que había comprendido? La Biblia, nada menos. Por la tarde la había estado leyendo, sin comprender jota. Ahora, todo se desenvolvía puntual y manifiesto, como una colección de láminas, con letreros al pie. No faltaba detalle. Él y Simona eran Adán y

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Eva. El demonio también se encontraba presente, aunque escondido en la tiniebla. Él, Urbano, había oído el canto inconfundible de la culebra y visto entre las sombras una sombra más sombría, una sombra infernal (la sombra de doña Rosita); pero se calló, porque de comunicárselo a Simona de seguro le da un síncope, del susto. El hambre de saberlo todo, que a él le aquejaba, ¿qué era sino la tentación de comer la fruta prohibida; las manzanas del árbol de la ciencia del Bien y del Mal? ¿Y quién, si no el mismísimo demonio, le insuflaba aquella curiosidad insaciable, pecaminosa? Pecaminosa, sí. Hallábase en pecado, o sea, había perdido la inocencia, pues había reparado, por primera vez, en que el cuerpo de Simona y el suyo propio estaban desnudos; desnudos en su pensamiento, que para el caso era la misma cosa. Todo tenía que concluir de mala manera.

Vendría el arcángel, con la espada flamígera. ¡Adiós paraíso terrenal! Vendría Jehová a expulsarlos del edén, diciéndole a él: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» (lo cual, a Urbano, antes que enojarle le agradaba: ¡ganar el pan para Simona!), y a ella: «Parirás con dolor», lo cual le afligía a Urbano doblemente; primero por el dolor de Simona, y después porque deseaba averiguar

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

qué era eso de parir. Toda aquella vida deliciosa iba a concluir, por la maldita curiosidad de Urbano. No le cabía duda que también era obra de su curiosidad el niño que Simona le anunciaba. Y a pesar del castigo inminente, Urbano quería seguir sabiendo; perseveraba en mordisquear, con desazonado apetito, las agrias manzanas del conocimiento. Preguntaba, exigente, a Simona:

—Explicate. ¿Qué es esa cosa material?

—Una cosa dentro del cuerpo.

—¿Un bulto?—interrogó Urbano, asociando algunos de sus próximos recuerdos e informaciones.

—Sí, un bulto, dentro de mí.

—¿Dónde? ¿En qué parte?

—En la garganta.

—¿Y más abajo, en el mismo cuerpo?

—Dentro del cuerpo debe de estar, cuando permanece tranquilo; pero, a veces, me sube a la garganta, como si quisiera salir por la boca. Un día, sin poderlo remediar, me sale. ¿Qué haremos entonces?

Urbano guardó silencio. De pronto, dijo, con triste gravedad:

—¿No has visto al demonio? ¿No lo has sentido?

—¿Estás lunático? ¿Qué tienes? Tiritas.

—El demonio ha estado tentándonos, ha estado

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
espiándonos, hace rato, desde el jardín. Yo lo he visto y le he sentido reptar sobre la yerba. Nuestra felicidad ha llegado a su término. Hemos perdido la inocencia. Por eso yo me avergüenzo de que estemos desnudos.

—Pero, si no estamos desnudos...

—Es lo mismo. Yo me ruborizo, como si lo estuviéramos. Por eso, porque hemos perdido la inocencia, vas a tener un hijo, y parirás con dolor. Pero, no te desconsueles, vida mía; yo sufriré contigo y ganaré para ti el pan, con el sudor de mi frente. ¿Oyes? ¿Qué ruido es ese? ¿Es el arcángel que agita en zizag su espada? Por el cielo se extienden sus reflejos terribles.

—Es el quiquiriquí de los gallos, Urbano. Es la mañana que asoma.

—¿El quiquiriquí de los gallos? Otras noches cantaba la calandria. Hoy cantan los gallos. Es la realidad que nos despierta. Pero no temas. Seré tu apoyo y el de nuestro hijo. Buenas noches. Buenos días. Un beso de despedida. Al fin y a la postre, es más que bastante. Un beso tuyo, y luego la muerte.

—Adiós, loco mío. No sé si me gustas más loco que cuerdo.

Al retirarse, Simona pensaba, con infantil serie-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
dad: «Estos hombres... Bien dice mi abuela que las
mujeres somos las depositarias del buen sentido.

En cuanto le dije que íbamos a tener un niño,

a pique ha estado de perder el seso.» Y

la línea de su boca casta se curva-

ba, vibrando, en una sonrisa de

orgullo encantador.





IERNES POR LA MAÑANA, doña Rosita tomó sola su chocolate, aburrida de tanto esperar a don Cástulo. Estaba la vieja consumiéndose por habérselas cara a cara con el preceptor. «¿Por dónde saldrá—

pensaba—ese sabihondo mentecato, cuando yo le suelte cuatro frescas? Vaya que dejarse engatusar por esa mula bronca que no bajo techumbre civil sino libre en la braña debiera andar al pasto...» Tan nerviosa se ponía la señora, que un bizcocho empapado en soconusco se le partió, de la mano a la boca, y cayó sobre el mantel. Esto doña Rosita lo consideraba imperdonable falta de maneras y, lo que era peor, malísimo agüero.

Don Cástulo apareció finalmente, con cabeza marchita y orgiástica de hombre maduro que ha robado para el amor las horas del descanso. Doña Rosita, relamiéndose y dando largas a su víctima, como la gata al ratoncillo, dijo:

—Si quiere expedir la cotidiana carta a doña Micaela, anotando la altura de la luna de miel, despache vivo, que el mandadero sale en un instante.

Con esa especie de lentitud rítmica con que proceden los sonámbulos, don Cástulo escribió dos o

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
tres palabras sibilinas, y luego el sobrescrito, que
alargó tácitamente a la vieja, como si le entregase
un mensaje del otro mundo.

—¿Qué pone usted hoy, si no es meticonería?—
preguntó la señora.

Don Cástulo no respondió.

—¡Eh! Despierte, zángano. Sacuda el sueño de
los ojos—y doña Rosita amagó tirarle una miga a
la cara, a fin de traerle a su acuerdo. La señora
reiteró la pregunta.

—¿Que qué he puesto hoy? He puesto «falta un
pelo».

—¿Un pelo?

—Sí, señora. Un pelo, una unidad capilar, una
hebra, un cabello; si usted quiere, un cabello de
ángel.

—¿Usted sabe que el cabello de ángel es una
clase de dulce?

—Colijo que todo lo angélico es arquetipo de
dulzura.

—¿Y no sabe usted de dónde sale el dulce de
cabello de ángel? De la calabaza.

—Lo ignoraba; a la menguada inteligencia hu-
mana no le es dado saberlo todo.

—Pero, usted cada día aprende cosas nuevas.

—Lo procuro; es mi vicio preponderante, del

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
cual gracias a Dios me voy curando. No quisiera
saber sino muy pocas cosas más.

—Y quisiera usted que los demás no supiésemos esas cosas que usted sólo se sabe. Pues, amigo, todo se averigua.

—No comprendo, mi venerable amiga.

—Yo que usted hubiera puesto en la misiva de hoy: «No falta ni una cerda.»

—Ahora comprendo menos.

—¿Cabello de ángel? ¡Qué bachillerías! ¡Qué eufemismos! Cerdas, ásperas cerdas, cerdas auténticas.

—¿Estoy dormido todavía? No acierto a descifrar esas frases enigmáticas. ¿A qué viene ahora el cabello de ángel? ¿Y qué cerdas son esas?

—Que la cabeza de la Conchona es propiamente una cumplida calabaza a nadie que no sea miope y romántico se le oculta.—Don Cástulo se puso en pie. —Pero no es calabaza de dulce, de las que se hace el cabello de ángel. Es calabaza con cerdas.—Don Cástulo se puso pálido. —De cerdas la pelambre sobre la sesera. De cerdas el mostacho a lo carabinero, que le adorna la boca. ¡Pua! Me horrorizo al pensar que usted besa aquel morro. ¡Qué estómago! Tanto valía besar al boyero.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—Señora, aunque enamorado de todo lo helénico, abomino del mal llamado amor socrático. Besar al boyero...

—Ya me salió usted hablando en gringo. Lo esperaba. Usted, como el calamar, se defiende envolviéndose en tinta: tinta de imprenta.

—No tengo de qué defenderme, despiadada dueña y señora.

—Pero yo hablo el castellano viejo de mis mayores. Voy a asentarle las cuentas. Las cuentas claras y el chocolate espeso. Yo llamo al pan pan y a usted un libertino, un lujurioso.—Don Cástulo se llevó la mano al corazón. —Usted ha abusado de la hospitalidad. Usted ha convertido mi casa en teatro para representar escenas lascivas.

—Protesto.

—Bien; si no la casa, el jardín.

—Protesto. Nuestros amores son inmaculados. Séanme testigos los cielos. Nos amamos, sí, señora: lo declaro con la frente altiva y limpia de remordimientos. He hallado la mujer ideal, la Mujer Arquetipo. Yo ¿qué le iba a hacer? Los mortales somos juguete de los dioses, dijo el divino Platón.

—Versículos y citas, como en los sermones, no, por Dios. Me encocoran, aunque se trate de autoridades sagradas, como la de ese que usted acaba

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

de mencionar, llamándole divino, por donde presumo que será algún teólogo; pero, que se vaya al cuerno, y basta de floreos eruditos, si no quiere usted que estalle, y a punto estoy de hacerlo.— Doña Rosita estaba estallando; estallando de risa.

—Si usted—prosiguió don Cástulo—juzga que el hecho de haberme enamorado, desesperada pero honestamente, de una mujer, humilde no por sus cualidades sino por su empleo y condición, adscrita en menester de servidumbre a estos Penates, digo que si esto constituye, en dictamen de usted, y está usted en su derecho, abuso de hospitalidad, yo, hinojado, si es menester, besándole las plantas y hasta regándoselas con llanto, le rogaré que me perdone. Luego liaré mi petate, y me alejaré de este benéfico asilo, donde corrieron las horas más venturosas de mi desventurada existencia; pero no sin antes proclamar, con todo respeto, que la cabeza de Conchita no es calabaza, no, sino canon estatuario de hermosura, por fuera, y dechado de hermosura moral, en lo íntimo de sus pensamientos; que el cabello de Conchita pone envidia en el ánimo de los ángeles, por muy cabelludos que sean; que la boca de Conchita es fuente Castalia, donde príncipes, emperadores y papas darían de buen grado sus investiduras por abre-

vase en ella, si no fuera que a mí me tocó en dicha ser su poseedor y guardián, y nadie se acercará a tocarla sin que yo arme un zafarrancho de allí fué Troya. Y quien discrepe de esto que aquí sustento acerca de la cabeza, el cabello y la boca de Conchita, no sabe lo que se pesca.

Doña Rosita soltó el trapo a reír.

—¿De qué se ríe usted, señora?—solicitó don Cástulo, a quien se le había disipado por la boca toda la presión del espíritu y estaba ya alicaído y tembloroso—. Me he puesto muy ridículo, ¿verdad?

—¡Bendito don Cástulo! Me río, lo primero, de oírle llamar Conchita a esa jumenta. Luego, me río, no porque usted me parezca ridículo, que nunca me lo parece; pero, me da usted risa. Una risa mezclada con piedad; corrijo, con simpatía verdadera; más aún, con cariño, ¿por qué lo he de negar?

—¡Ah, mi perspicua amiga! Dice usted bien. Quise ser un héroe del romanticismo serio; soy un personaje del romanticismo cómico. Pertenezco, sírvame de consuelo, al orden de lo cómico superior, lo cómico-trágico, que es risible e inspira piedad. Usted lo advierte, con su gran talento, y yo lo suscribo.

—Nada de eso. Me he expresado mal. No es que usted dé lástima.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Sí, señora; me doy lástima a mí mismo.

—¡Qué simpleza! ¿Por qué?

—Porque he perdido sus gracias. Me ha arrojado usted de su casa. Yo, que pensaba suplicar a usted que fuese madrina en nuestra próxima boda... Sin su madrinazgo, mi himeneo será un himeneo deficiente, puesto que había captado usted mis afectos más exquisitos. Su ausencia, aquel día, será como una hojita de cicuta en el hidromel del ánfora nupcial.

Ante esta inesperada declaración, doña Rosita permaneció buen rato absorta y severamente dolida de sus vayas y chacotas anteriores.

—¿Que se va usted a casar?

—Mi amor no admite demora.

—¿Cómo me iba yo a figurar? Creí que se trataba de un devaneo.

—No sé si yo sería capaz de un devaneo; Conchita, jamás.

—¿Es asunto decidido, entonces?

—Decidido.

—Pues yo seré la madrina.

Don Cástulo se arrojó de rodillas, a besar las manos de doña Rosita, diciendo:

—¡Oh, alma magnánima; altísima y bondadosísima señora! ¿Cómo le pagaré yo esta merced con

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

que me anonada? Soy indigno de su longanimitad. Justo era su enojo conmigo.

—Levántese, alma de Dios. Ahora sí que me parece usted ridículo. Positivamente, está usted chiflado. ¿Qué enojo ni qué garambainas?

—Pero ¿no estaba usted enojada conmigo?

—Tan sabidor y tan tontorontaina. ¿No adivinaba usted que todo lo que le dije era chanza?

—Me había atravesado usted el corazón de parte a parte.

—Algo enojada sí que estoy, por su disimulo. En lugar de franquearse conmigo a su tiempo, me hablaba usted de paralelismo, desdoblamiento y otras bernardinias. Desdoblamiento... Yo hubiera dicho doblez, redomada doblez.

—¿Era chanza lo que usted me dijo de...?

—¿De Conchita? Pues claro está. Ciertó que no es una Virgen de Murillo, pero admito que posee una manera de encanto rústico...

—Digamos un encanto de naturaleza. Me he embarcado en un viaje de vuelta hacia la naturaleza.

—Pues, buen viaje. Ciertó que la boca de Conchita está rodeada de un bozo un si es no es cerdoso, al parecer. Pero, ¿quién quita que ese bozo no sea cerdoso sino de pura seda? Eso usted lo sabrá.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—¿Cómo cerdoso? Plumón de Venus.

—Por mí no haya disputa. ¿Está usted satisfecho con mis explicaciones?

—Un reconcomio me queda.

—Si en mi facultad está desvanecerlo...

—Me ha dicho usted algo cruelísimo...

—Chanzas, querido don Cástulo.

-- Algo sobre el beso... Y puso usted de parangón al boyero. Yo experimenté una tortura de muerte.

—No recuerdo... Ah, sí, sí... ya... ya—doña Rosita vacilaba; en su mejilla asomaban el tinte de la confusión y las arrugas del arrepentimiento—. Es un viejo tema mío, una manía. Creo que el amor sin besos sería más perfecto, más...

—¿Amar sin besos, señora? Pastel de liebre, sin liebre. Tan inseparables son el beso y el amor, que los griegos (y cuidado si los griegos eran muchos y experimentados en esto) no tenían sino una sola palabra, *Philéo*, para expresar, indistintamente, el hecho de amar o de enamorarse y el de dar besos; como que son la misma cosa.

—Vaya, que juntar la boca a la de otra persona se me antoja que ha de ser siempre algo violento, algo repugnante; bueno, lo que se dice repugnante... Disgustoso, por lo menos. Tanto de que

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

sea boca de mujer como de hombre. Esto es lo que yo quería decir. ¿Le place mi explicación?

Y según hablaba, pensaba doña Rosita entre sí: «No hay forma de ponerle mediâs suelas a mi estúpida impertinencia. El disparate que le dije a este infeliz no tiene remiendo.»

—Me place, porque veo paladinamente que no ha querido usted lastimarme; pero, me desplace, como teoría. En este punto, acato la infalible sentencia del Código de Manú: «Todas las aberturas del cuerpo, encima del ombligo, son puras. Todas las de abajo, son impuras. Pero en la doncella, el cuerpo, todo entero, es puro.»

Doña Rosita, al oír esto, se escandalizó exageradamente, y así salvaba el escollo donde antes había tropezado:

—¡Calle usted! ¡Qué desvergüenza! ¡Qué osadía! Está usted manchando las aberturas de mis oídos, que son puras, con palabras impuras.

—No son palabras impuras, son dictados religiosos.

—No insista, que me he de enfadar, y ahora de veras.

—No habría motivo. Esta admirable doctrina de los orificios del cuerpo humano la defendería yo con éxito hasta en un Concilio ecuménico. Que me

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
soltaran cardenalitos. Los apabullaba. Pero ¿qué?
No sería preciso. Pongo esta mano en el fuego a
que todo el Sacro Colegio Romano abunda en di-
cha opinión.

—Pues hágame el favor de cerrar el orificio de
la boca, para siempre, sobre esa materia, o le
anuncio que los cardenales se los voy a propor-
cionar yo misma, por deslenguado. Dígame, aho-
ra, ¿cuándo piensa usted casarse?

—Cuanto antes mejor. Si puede ser en tres días,
mejor que en ocho, y en ocho, mejor que en
quince.

—La espuela del amor.

—Es que ya paso de los cuarenta y no quisiera
dejar a mis hijos tiernas criaturas.

—Muy cuerdo. Ya se preocupa usted de la prole.
Y claro, adelantando la boda tres días, garantiza-
do que verá usted a sus hijos hombres. Diga usted
que tiene prisa y no sea hipócrita. A otra cosa.
¿Cómo va lo de mis chicos? ¿Tienen tanta prisa
como usted? ¿Continúa la pelota en el tejado?

—En el mismo borde del alero, si cae o no cae.
Como no venga un vendaval que la empuje hacia
atrás, consumación inminente. No queda sino un
menudo grano en el reloj de arena. Eso es una
breve archimadura: pura miel.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—¿Vendaval? ¿De dónde va a soplar el vendaval? ¡Qué desatino!

—Policrakes, en el ápice de la felicidad, recelaba producir envidia a los dioses. Los dioses, señora, son envidiosos y vengativos.

—No sé sino de un Dios, y ese es misericordioso. Dígame ahora: ¿cómo habla usted con tanta certidumbre acerca de los chicos? ¿Es que los espía por las noches?

—Me va usted a llamar visionario. Lo del paralelismo y los fenómenos de desdoblamiento de que le hablé el otro día es verdad. Ocurre a veces que Urbano me dice aquello mismo que yo estoy pensando. Aparte de esto, ninguna noche me retiro a mi alcoba sin antes acercarme a la esquina de la fachada, y allí demoro un espacio aguzando el ojo y alargando la oreja por si cazo algo de lo que hacen y dicen Urbano y Simona. Me deleito en su felicidad como si se tratase de un gran triunfo que he obtenido yo.

—¡Bendito don Cástulo! También yo anoche salí al jardín, a ver si era verdad; y descubrí dos verdades, la de ellos y la de usted. También yo sentí la mayor felicidad de mi vida; una especie de embriaguez de triunfo. Sólo que yo me he resfriado. Si llevo con tanta frecuencia el pañuelo a la cara es

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
porque de emoción se me humedecen los ojos, y de otra parte, porque estoy resfriada. La dicha reina en esta mansión. ¡Dios sea loado! ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dadivosidad del Supremo Hacedor? Un disgusto, lo que se llama un disgusto, nunca lo he tenido, salvo la muerte de mi marido y la de mis padres. Mi vida ha sido correr de agua mansa, bajo un cielo gris, pero sereno. Y todavía Dios me regala con nuevos favores, cada vez más finos. Porque, créame; mis amores de niña con el que luego fué mi marido no me apasionaron ni conmovieron tanto como los de mi Simona en esta su maravillosa e increíble luna de miel. Y eso que Dios debió castigarme; cuántas veces, porque consideraba de buen tono cierta austeridad a la antigua, he expresado, a tontas y a locas, sin sentirlo, juicios crueles sobre la vida y el amor... Vaya, que yo hablando mal del amor y de la vida...

Entró Simona. También la virgen-desposada traía cara de triunfo; los labios gordezuelos, estirados todavía en aquel arco orgulloso y sonriente con que a la hora matutina se había retirado del balcón. La abuela observaba el gesto de Simona, e interpretándolo como felicidad rebosante que trasparece al rostro, se sentía casi sofocada de ternura.

No tardó en aparecer Urbano, con talante abatido:

—Urbanín—dijo doña Rosita—, por lo que más quieras enderézate y pon pajareros los ojillos. Parece que flota sobre tu frente la sombra de un sauce. Todos estamos hoy con el alma bailarina, locos de contento. No nos corrompas la dicha.

—¿Por qué están ustedes locos de contentos?

—Porque sí, sin razón. Alégrate, hijito.

—Bien quisiera, pero estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porque sí, sin razón, como ustedes contentos.

—Tonto, tonto, tonto—dijo Simona, levantándose a besarle otras tantas veces la frente, con olvido de sí propia, sin parar atención en la presencia de doña Rosita y don Cástulo.

Urbano, distraído asimismo de las personas presentes, devolvió los besos en la mejilla de Simona, con triste lentitud. Al separarse, era como si no se dieran cuenta de haberse besado. Don Cástulo guiñaba el ojo a doña Rosita y doña Rosita estaba aturdida y deliciosamente conturbada, como si ella recibiera los besos. Pensaba: «Pues eso del paralelismo y el desdoblamiento no es una paparrucha...»

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

A eso de las once y media, estando reunidos aún todos cuatro, un sirviente anunció a doña Rosita que dos hombres necesitaban verla.

—¿Dos hombres?—preguntó doña Rosita, arrugando las narices, con voluntaria comicidad—.

—¿Dos hombres, nada menos, para mí sola?

—Dos hombres, o dos señores, como quiera la señora, sola o acompañada.

—No es lo mismo hombres que señores. ¿Qué pelaje presentan?

—De majeza, rigulín rigulón; así como señores, de ordinario, o bien, hombres, de fiesta. Uno, páreceme tener erisipela, que es mal fino, mal de los señores, como no venga del beber; al otro cuélgale un tanti cuanti de papo, que a lo que yo en mis días tengo visto es achaque nada más que de probes. ¡Ah! Olvidábaseme... Dicen que vienen de parte del juez.

—Pues condúcelos aquí; de prisita, bragazas; y ya podías haberlo dicho antes.

En saliendo el criado, doña Rosita dijo a don Cástulo:

—Alguna diligencia que traen por los contornos y recalán aquí de paso, en busca de información. No es la primera vez, según me refirió mi hija.

Entraron los dos individuos, tales cuales el cria-

do los había descrito. Manteníanse de pie, dando vueltas al sombrero entre las manos.

—Siéntense—invitó la señora.

—Muchas gracias; estamos mejor de pie para cumplir nuestra obligación—dijo el erisipeloso.

—¿Desean hablarme a solas, o es indiferente que mis nietos y este amigo se hallen aquí?

—Tanto monta—murmuró el del bocio, con un gran suspiro.

—No soy mala fisonomista y les recuerdo de otras veces. Lástima que no esté mi hija, que es la enterada de cuanto ocurre por estos andurriales, y les pondría, ciertamente, al tanto de lo que desean saber. Yo vivo en Babia, ignorante de todo. Temo que salgan ustedes como han entrado.

—Nada de eso—afirmó el erisipeloso.

—Temo que sí. ¿Es algo semejante a lo de otras veces; asuntos de justicia?

—Desgraciadamente; pero el caso es más grave—sollozó el del bocio.

—Tiene usted un corazón sensible—dijo doña Rosita al del bocio.

—Todos tenemos el alma en nuestro almario—atajó el erisipeloso—; pero, a lo que estamos, Juana; el deber es el deber. En resolución, venimos a desahuciarla.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—No sabía estar enferma. ¿Son ustedes curanderos? ¿Se han detenido, por ventura, al acercarse aquí, en algún chigre?—replicó doña Rosita, con sonrisa desdeñosa, de señoril elegancia.

—Llegado este momento, todos insultan, señores o ganapanes—asentó el erisipeloso, con cabeceo filosófico—. Señora, no estamos borrachos, sino muy en nuestro asiento, mal que nos pese. Somos la voz de la Justicia, y la requerimos a usted para que hoy mismo salga de esta casa.

—¿Me invitan ustedes galantemente a hacer un viaje? Gracias mil, caballeros. Me pesan ya los huesos y, aunque fuese para visitar Jauja o el país de El Dorado, nadie me moverá de mi casa—dijo doña Rosita, con sereno e irónico continente.

—Señora, basta de pamemas y de comiqueñas—dijo, con sorna, el erisipeloso. La señora se enhiestó, enrojeciendo un instante, de ira—. Esta casa no es suya.

—Pues ¿de quién es si no? ¿Del Preste Juan de las Indias, acaso?—preguntó doña Rosita, recordando la serenidad altiva.

—Calla tú y no seas berrón. ¿Quién quita que la señora no sepa?—interrumpió el del bocio, encarándose con su compañero—. Señora: esta casa, en efecto, ya no es suya. Pertenece, desde ayer a

las doce de la noche, a ese prestamista, vampiro de todos estos pueblos, villas y aldeas, que tiene más dinero que pesa, pero de nada le sirve, que está hético, de hambre, por no gastar, a quien de mote llaman en burlas el *Pobrecito*.—La señora hizo ademán de hablar. El del bocio prosiguió: —Esta casa constaba en el registro ser, por transmisión hereditaria, propiedad de la señora; pero la señora ha otorgado a su hija doña Victoria Cerdeño, viuda de Cea, poder absoluto, concediéndole el manejo y libre disposición de los bienes todos de la señora; a no ser que el poder esté falsificado y sea apócrifa la firma de la señora.—Doña Rosita denegó con la cabeza. En su frente, desde el entrecejo hasta la blanca cabellera, iban frunciéndose los pliegues de la máscara trágica. El del bocio prosiguió: —Doña Victoria hipotecó al *Pobrecito* esta posesión del Collado, con todas sus pertenencias, incluso ganados, ajuar, mueblaje, mediante no sé qué malignas combinaciones, en que es maestro ese tío garduña. Todos los requerimientos que la ley exige se han cumplido. Doña Victoria estaba apercibida. Hace cosa de ocho días, antes de salir de viaje, pasó por el Juzgado, para decir que enviaría, antes de cumplirse el plazo fatal, unos cuantos miles de reales que tenía en el ex-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
tranjero, con que apaciguar de momento al *Pobrecito*. De allá escribió que no se le arreglaba enviar aquellos cuartos y, puesto que era inevitable, que se procediese a la entrega del Collado al *Pobrecito*, y que ella misma les prevendría a ustedes de lo que debían hacer, llegado este trance. Doña Victoria está ya muy curtida en ésto, y no se amilana como quiera. Otras veces que hemos tenido el gusto, quiero decir, el disgusto, de visitarla aquí, era, como ahora, por mor de ciertas hipotecas vencidas, sobre diversas fincas, que pasaron a poder unas del infrascrito *Pobrecito*, otras de un banquero de Pilares, don Anacasis Forjador. Tal es la triste y verídica historia, que muy a pesar mío he tenido la amargura de relatar, porque, Dios lee en mi alma, no he nacido para sabandija de Juzgado. Siempre estoy en abandonar la profesión, pero no sirvo para nada decente, porque con este bulto en el pescuezo uno es muy mal mirado. Ánimo, pues, señora. Fuerza es que usted se resigne a dejar esta casa, en donde, bien se me alcanza, dejará usted también el alma y el corazón.

Doña Rosita, después de apurar en silencio este copioso cáliz de hiel y vinagre, balbució, con labios de lívida blancura:

—El alma, el corazón y la vida.

Hubo una larga pausa. Doña Rosita balbució ahora:

—No saldré de esta casa...

—Señora, perdone que le recuerde que si nosotros no somos sino la flaca voz de la ley, la ley tiene también un brazo poderoso, contra el cual no hay resistencia que valga—interrumpió el erisipeloso, con desabrimiento.

La blancura lívida se extendió desde los labios por todo el rostro de doña Rosita:

—No saldré de esta casa, sino como vine a ella; de la nada para volver a la nada. Me sacarán muerta. No se impaciente, buen hombre; será dentro de muy breves horas—y, con la última palabra flotando en los labios, doña Rosita cayó en tierra, levemente, como una hoja del Otoño, pues su cuerpo carecía de pesadumbre.

Oyóse el alarido de la tragedia, cuando la miserable palabra humana, tan inexpresiva para todo lo que es supremo, se anula y el grito brota; ese alarido que amedrenta la carne mortal con más eficacia que el mismo espectáculo de la muerte. Era Simona que se arrojaba sobre el cuerpo yacente de la abuela. Hay dos vertientes en la sensibilidad: una para el amor, otra para el dolor. A veces, los dolores antiguos y callados precipitanse

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

de pronto por el declive amoroso, con ocasión de un amor nuevo, cuyo caudal enriquecen prodigiosamente. O bien un amor contenido no halla acaso desahogo sino por la otra vertiente, adonde le arrastra un dolor ocasional, que recibe aparente volumen del amor copioso, represado y ciego. La explosión de emotividad de Simona era dolor, ante la abuela inerte; y era, asimismo, amor adumbrado, que durante una semana venía ella enervándose en esclarecer, amor no satisfecho, amor reprimido y angustioso, que se libertaba ahora en un fiero alarido.

Urbano permanecía quieto, impasible, las manos en los bolsillos, atento a las circunstancias con que se desarrollaba la catástrofe. Lo había oído y visto todo con una especie de curiosidad intelectual. Lo único que le interesaba era la forma que adoptaban los sucesos, puesto que del desenlace estaba prevenido, de antemano. Sabía que les iban a arrojar del Paraíso. Lo esperaba, de un momento a otro, desde que se había levantado de la cama. Sólo quedaba al azar el cómo iba a ser la expulsión. La nueva representación del drama bíblico no la juzgaba tan digna y decorosa como en el libro del Génesis. La sustitución del Arcángel por aquel ministril erisipeloso y soez, re-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

sultaba chocante y menoscababa el efecto dramático. Y el otro, el del bocio, ¿qué hacía allí, con su palabrería abogacil y sentimental? Por otra parte, la muerte de la vieja no era menester. Urbano vituperaba al autor del drama aquella muerte, por superflua e injusta. Urbano se atribuía ahora un papel sublime en la historia del mundo; era, en su opinión, el primer hombre que iba a ganar el pan con el sudor de su rostro, el pan suyo y el de Simona. No hubiera tenido inconveniente en ganarlo también para doña Rosita, que era de poco comer. Decididamente, matar a la abuela no estaba bien ni medio bien; o caso de matarla, haberlo hecho en mejor coyuntura, antes de haberse enterado de que su casa ya no era suya. Urbano comenzó a sentir irritación ante esta injusticia; y una gran piedad por la abuela; y, por último, un deseo irracional de llorar.

El del bocio abría los brazos en silencio, como desolado. El de la erisipela arrastraba un pie y luego tiraba de los faldones al compañero, rozándole al oído:

—Leva el ancla, Bartolo, y pon proa pa fuera. Esto es ya amolar. Primero mucho hacer lo que les peta; daca la bolsa, te daré la prenda, con rúbrica de notario. ¡Pues no faltaba más! Luego, acabóse

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

la bolsa, la prenda es mía, no te la doy. Nadie quiere soltar prenda. Nosotros, de correveidiles cochinos; burros flacos, mataduras y carga sobrada. De acullá, en el Juzgado, puntapiés y palos; de acá, insultos, malos modos y malas palabras. ¿Has visto que alguna vez te agasajen con un vaso de vino dulce? Perro, dicente todos, con los ojos ya que no con los labios. Perros ellos, que hurtan la tajada y quieren hurtar el cuerpo. Pero, lo que más me puede es el soponcio. Muéranse de una vez, en volviendo nosotros las espaldas. Todavía, si fuera mujer moza, que en el suelo enseña las piernas... Por éstas, que lo que más me puede es el soponcio.

—De gusto no será, Celedonio. Te juro que no me hago a estos estropicios y lástimas. Esta es la última vez. Dejo el oficio y su menguado beneficio. Además, no me sienta para la salud. Se me sube el corazón al bocio. ¡Que Dios me ampare, con este pesado bulto que Él mismo me ató al pescuezo, como gato que tiran al mar para ahogarlo!—suspiró el llamado Celedonio.

Don Cástulo, sin perder la presencia de ánimo, fué a apartar a Simona del cuerpo de la abuela, con el cual estaba abrazada, transida de temblores, enjutos los ojos y una ligera espuma en la comisura de los labios.

—Sosiégate, niñita— aconsejaba don Cástulo, con voz espesa y difícil, pespunteada de diminutivos—. Es un breve desmayo. Esto pasa en seguidita. Calma, calma. No pierdas el seso; eres ya una mujercita, una mujercita casada.

Pero Simona proseguía con sus lamentos. Acudió desde fuera, a los alaridos, la Conchona, que se arrodilló en tierra, junto a la señora, y uniendo las manos, como en oración, dijo plañendo:

—¡Santina de Dios! Con más años que el cuervo y más inocente que la palomba.—Repentinamente cambió de gesto y de tono para preguntar, mirando a don Cástulo: —¿Ello qué fué, don Castulín de mi vida? ¿Y qué hacen todos ahí, sin alentar, mirando como lechuzas, mientras la mi señora preciosa, que es talmente una imagen de la iglesia, está derrocada en el duro suelo, como una basura, y nadie es a levantarla?

La Conchona retiró a Simona a un lado; tomó en sus brazos, con delicadeza suma, el cuerpo leve de doña Rosita y lo depositó suavemente en un sofá.

—¿Está muerta?—interrogó Urbano.

—¿Muerta? ¿Qué diz ahí? No lo querrá Dios del cielo—respondió la Conchona—. Está privada. Para esto de volver los espíritus no hay como dar

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

a goler un zapato viejo, y esto haría yo, sin faltar al respeto a la señora, pues tengo probado que es remedio de mucho empuje.

—¡Qué disparatel!—se apresuró a decir don Cástulo, mirando con reprobación a la Conchona.

—Disimulen los señores—murmuró, avergonzada, la Conchona—, soy mujer aldeana e inorante. Díjelo por bien y por ayudar al ama en esta privación. Úsase también en tales apuros y sofocos, vinagre, con perdón, en los pulsos y en las sienes y para agoler por la nariz.—Y consultó, con mirada humilde, a don Cástulo, temerosa de haber dicho otro disparate.

—Eso sí—aprobó don Cástulo.

Don Cástulo y Conchona, al propio tiempo, se encaminaron al aparador, en busca de la vinagreira. Entonces, la Conchona echó de ver a los dos ministriles y dijo, encarándolos:

—Vosotros sois, hienas del cementerio, quienes trujisteis el mal de ojo a esta honrada casa y disteis a beber la ponzoña a esta santa señora. Bien os conozco, y vuestras fazañas, buitres.—Celedonio, acongojado, se llevó las manos al bocio, que era donde le dolía el corazón. Bartolo sonreía con insolencia. La Conchona prosiguió: —¿Qué hacéis ahí, refocilándovos en vuestra devastación? Largo

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
de aquí, que apestáis la casa. Largo, o yo mesma
vos torno fuera, dándovos en los focicos con un
zapato viejo, que, si fué desacato pensar que la se-
ñora lo pudiese goler, para vosotros sería por eso
a mucha honra.

—Calla y no ultrajes sin razón. Estos hombres
son mandados. Obedecen. La culpa no es suya,
sino de la ley; porque quien dijo ley dijo injusticia,
brutalidad y desventura.—Así habló don Cástulo
a la Conchona, severamente. La Conchona, cabiz-
baja, parecía pedir clemencia con la actitud y con
la mirada triste y húmeda. Prosiguió don Cástu-
lo: —Atiende a la señora, mientras yo corro a de-
tener a esos hombres y les persuado a que depon-
gan el enojo que les has producido.

SE les unió en el jardín. Don Cástulo exculpaba
a la Conchona, reduciendo su exabrupto a una
reacción inconsciente de lastimado amor hacia la
señora.

—Ta, ta, ta... No se incomode en paliar lo que
no ha menester paliativo. Oigo esas andanadas

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
como quien oye llover. Estoy avezado—dijo el de la erisipela, enseñando por un extremo de su sonrisa ácida un colmillo verdoso y triangular.

—Y yo no puedo avezarme—sollozó el compañero, inclinándose abrumado, y haciendo pendular el bocio, como la ubre de una vaca lechera.

—Pasen aquí a una salita. Reposen. Tomarán una copa de Málaga. Hablemos. Esto no puede quedar así—suplicaba don Cástulo.

—Ese es otro cantar, que me halaga, por nuevo—dijo el de la erisipela, dilatando la sonrisa hasta la afabilidad, de suerte que le asomaba un nuevo colmillo, al lado contrario, para hacer juego con el primero: —Hablemos.

Penetraron en una salita baja. Don Cástulo tiró del cordón de la campanilla; se presentó un criado, a recibir órdenes, y volvió a poco con vino de Málaga y bizcochos. Don Cástulo alegaba que aquella súbita desdicha era seguro que a la señora le acarrease larga dolencia. Estaba muy vieja. ¡Qué inhumanidad, sacarla de su casa, en aquel estado! El señor juez se haría cargo. Había que dar tiempo al tiempo. ¿Qué inconveniente había en esto? El de la erisipela, enjuagándose a veces con el vino, aventuraba su opinión de que no surgirían inconvenientes, si bien, como quiera que todo

lo que allí había, salvo las cosas de uso personal, (ropas, joyas y otras menudencias), ya no pertenecían a la señora, el nuevo propietario vendría a levantar inventario, o quizás se quedase de asiento, para evitar que le escamoteasen ni una tela de araña, ¡pues así que era lerdo el *Pobrecito*! Don Cástulo se oponía a esta intromisión. Quizás todo pudiera volver a la situación original. Allí debía de haber algún enredo inexplicable. La hija de la señora surgiría necesariamente, de un momento a otro, y lo arreglaría todo. La viuda de Cea era riquísima.

—¿La viuda? ¡Ay, ay, ay, la mi pájara pinta!— exclamó, con visaje apicarado, el de la erisipela—. A esa, apenas si le queda alpiste.

—¿Eh?—preguntó, pasmado, don Cástulo, poniendo una boca redonda, de pez.

—Pero ¿usted no sabe nada? Pues todo el mundo lo sabe. Figúrese; cuando hasta en el Juzgado se sabe, que es adonde llegan las noticias a lo último—dijo el de la erisipela.

—Tengo oído que gastaba mucho; pero poseía tanta fortuna... ¿Qué ha hecho de ella? ¿Dónde ha ido a parar ese dinero?

—A poder del *Pobrecito*, del señor Forjador, de don Eleuterio Muñiz... —dijo el de la erisipela.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—¿El capellán, su acompañante?—preguntó don Cástulo, reponiendo las gafas, que, al enarcar las cejas, se le habían caído.

—Su... eso—afirmó el de la erisipela, con un gesto de fruición zafia, parte del vino que degustaba y parte del concepto que sugería.

—Siete hermanas tiene—intervino el del bocio—, momias y carcamales. Él es el benjamín. Las siete eran artesanas y andaban a pelo. Ahora, todas con capotín y manteleta.

—Pero eso, lo que se haya llevado el capellán, es una bicoca, un puñado de arena, que a nadie arruina. ¿En qué ha podido gastar doña Victoria el resto del dinero?—insistió don Cástulo.

—¡Chissst!—chichisbeó el del bocio, aproximándose a don Cástulo—. ¡Al juego! El señor Forjador ha declarado que la doña Victoria le tiene pedido dinero y más dinero desde un sitio de las naciones extranjeras donde no hay nada más que una banca grandísima, que no está permitido jugar allí calderilla, ochavos ni perras, sino pèsetas; y hasta duros apuestan. Lugar de junta de los calaveras de todas las tierras de judíos y luteranos; y mujeres, de esas de la vida, pero elegantes, con perifollos, colorete y mucha bisutería; y casadas alegres o malmaridadas; y viudas, como la de autos. En

fin, que aquello es el reino de Barrabás y la pernición de las perniciones. Le llaman, y para mí que el nombre cuadra guapamente, el país del Monicaco.

—No monicaco, sino Monago; no seas zote— corrigió el de la erisipela.

—Mónaco—concluyó don Cástulo, abismado en sus cogitaciones, sin cuidarse del asentimiento de los otros dos.

Un criado acompañó a los ministriles hasta la salida de la finca, y por el camino se fué informando de lo sucedido.

Don Cástulo volvió al comedor.

A solas con su instinto, su buena disposición y su acometividad, sin el aturdido recelo y temor de desmerecer en algo ante don Cástulo, la Conchona, durante la corta ausencia de su respetable amador, se había multiplicado, procediendo siempre con tino. Tenía a la señora un tanto incorporada, porque respirase mejor; le había puesto un paño con vinagre en torno de la frente y sinapismos en los pies; con un abanico enorme, de los llamados «pericones», le daba aire. Al lado del sofá estaban Simona, de rodillas, con las manos de la abuela entre las suyas, y Urbano, en pie, mirando a la enferma, que comenzaba a colorearse y presentar signos de animación.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

La Conchona, sin moverse del sitio ni torcer la cabeza, dijo a don Cástulo:

—Por lo que más quiera, señorín mío, déjeme hacer y no me reprenda, que me descorazono y soy perdida. Si hago un disparate, no se me escapa, de que lo hice, y enmiéndolo; pero si usted me baldona, atúrdome y hago un disparate mayor. ¡Ya revive! ¡Ya revive! ¡Ya abre el ojo!

Los ojos de doña Rosita habían adquirido portentosa transparencia.

—Con qué claridad lo veo todo—susurró fatigosamente la señora—. Cómo lo penetro todo. Tú—prosiguió, mirando a la Conchona—me has asistido. Bien te manejas. Eres un ángel. Gracias, Conchita—y brindó, con los ojos, este diminutivo, a don Cástulo, el cual, comprendiendo que la señora iba a decir Conchona, pero se había rectificado delicadamente a mitad de palabra, se lo agradeció conmovido, inclinándose, la mano sobre el pecho.

La Conchona trajo un vaso de agua con aguar-diente, que hizo beber a la señora:

—Adentro, y no hay que reparar si es aguar-diente. No es usted la primera señorona que lo bebe. A mi padre oí, de rapacina, que la reina Isabel bebía de ello abondo. Beba, bébalo todo; no hay cordial como este para despertar los espíritus.

Después de esta parrafada, la Conchona tomó en brazos a la señora, ingrávida como gavilla de yerba seca, y sin consultar a nadie, seguida de los otros tres, la condujo escaleras arriba, hasta el aposento, y luego a la vieja cama de matrimonio, de robusta caoba y telliza de hilo y malla, donde doña Rosita había dormido y soñado y suspirado por más de cuarenta años.

—En la cama, no. Me ahogo. Pónganme en una butaca, junto a la ventana, y la ventana bien abierta.

La Conchona obedeció.

—Ahora, usté a buscar al médico y yo por unas canecas de agua caliente pa los pies de la señora—dijo a don Cástulo la Conchona.

—¿Médico? No es menester—habló doña Rosita.

Pero ya habían salido don Cástulo y la Conchona. En la escalera, el preceptor atrajo hacia sí a la sirvienta, la abrazó y le besó la frente, con ternura:

—Eres un ángel, sí. Además mujer de garbo e industria. Harás feliz a un hombre.

—¡Calle, calle, que me saca la vergüenza a los carrillos! Soy como soy, una bruta sin instrucción; no se ría de mí—decía la Conchona, con dengue,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
esforzándose en ocultar su poderosa cabeza en el
angosto torax de don Cástulo.

—Pero, Conchita, ¿por qué no me has de tutear?

—No me atrevo: más adelante.

—Dime, ¿cómo encuentras a la señora?

—Hay una mala señal, que quiere estar sentada,
por mor del resuello. Así murrió Marica, la del
Carbayo.

—Calla, calla. El médico nos ilustrará. Espere-
mos en Dios.

DOÑA Rosita, a solas con sus nietos, les había
dicho:

—Escuchadme con calma. Tú, Urbano, que estás
al parecer tranquilo, eres el más desconcertado.
Tú, Simona, tan descompuesta en tus facciones,
no has perdido el asiento y firmeza del alma. Es-
tás desconcertado, Urbano, porque piensas en el
porvenir. Estás firme, Simona, porque, con el so-
bresalto del momento, no sospechas que hay un
mañana. Se acercan días difíciles. Lo veo como
desde una montaña muy alta, donde ni siquiera el

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
aire estorba para ver, aunque se echa de menos para respirar. Se os vienen encima los días de prueba y es preciso, para atravesarlos con bien, que tú, Urbano, te serenes y fortifiques; y tú, Simona, que presientas el peligro y, ya presente, no te anonade. Os desgarrarán el uno del otro, como el leñador corta un arbusto y lo reparte en dos haces de leña. Apartados, pensad que un día arderéis en la misma hoguera. Creí dejaros ricos; nada os dejo en bienes materiales. Mis palabras sean mi herencia. Escuchadme atentos. Allá arriba, nos llevan a cada mortal nuestra cuenta, partida por partida, con el pro y el contra en placer y en sufrimiento. La muerte es el cierre de cuentas. Siempre, al cerrarse la cuenta, la suma de placer y la de sufrimiento son iguales, pues de lo contrario no habría justicia divina. No habría justicia divina, porque en el instante de la muerte no estarían todos en las mismas condiciones, sino que el que había gozado en esta vida, aunque hasta entonces se le juzgase favorecido, resultaba perjudicado al entrar en la otra, que es la que importa. Una vida entreverada de gusto y disgusto, puede cesar en cualquier punto, porque las partidas del pro y el contra están equilibradas. El que vive largos años de goce tiene garantizada larga vejez de des-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

dichas; así como el dolor lento de una juventud desventurada acarrea una ancianidad extensa y venturosa. Viene a ser lo mismo, con una diferencia; que no hay mayor tormento que recordar los días felices en el tiempo adverso, ni hay mejor lenitivo en las horas negras que la certidumbre del placer venidero. Una vida dilatada, teñida apenas de un dolor tenue, recibe la debida compensación, al cerrarse la cuenta, por medio de una alegría desmesurada y repentina, de esas que matan. Así como una vida sosegada y tersa, sobre la cual flota una neblina perezosa, color ámbar, de apocada felicidad—estas palabras doña Rosita las dijo muy espaciadamente—, está compensada con un súbito dolor de muerte. Este dolor de un instante, dolor inmenso y vertiginoso, equivalente a toda una vida de dolores menudos, lo acabo de pasar yo, y el flaco cuerpo no pudo resistirlo. Dejé de ser brevemente, y vuelvo a ser brevemente, creo que sólo el tiempo medido para declararos mi sentir. He vuelto, ya trasfigurada, a la vida, a deciros mi despedida alegre. Me inunda una alegría celestial. He pagado mi deuda y siento el alma tan ligera que se quiere volar del cuerpo, como el humo de la tarde. He descubierto que el padre legítimo de la alegría es el dolor. Os veo como flores de mi

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

añoso tronco; encarnación de mis sueños. Mi vida vegetativa y estancada se transmite a vosotros como vida activa y revuelta. De joven, yo deseaba ser gaviota y vencer las tormentas, sobre la arboladura de la fragata que gobernaba mi capitán. ¡Oh, mi capitán: voy a tu lado! Pero ahora no hay para qué hablar de mí, sino de vosotros. Cada aniversario de este día de mi muerte, os ruego que me consagréis un recuerdo. No misas de *Requiem*, ni oficios funerarios, no: lo celebraréis con alegría extraordinaria, como una fecha de regocijo, y, a ser posible, cometeréis algún disparate desusado, diciendo: «Este disparate, a la memoria y en sufragio de los muchos disparates que a la abuelita le hubiera gustado hacer.» El mundo, hijos míos, se muere de aburrimiento. Es preferible la aflicción al tedio. En vuestras próximas y terribles aflicciones (las veo, las veo claramente) emborrachaos, como en una batalla, y luego alegraos con frenesí, como salvajes victoriosos. Que nada os amilane. Cesa de llorar, Simona, que no hay ahora causa de llanto. Pronto sabrás lo que es llorar de veras. Levántate de mis pies. Acercaos a la ventana, los dos juntos. Mirad el jardín, el parque. ¿Diréis que es el Paraíso perdido? No, sino el limbo. Y si para vosotros fué Paraíso, que sí lo fué, débese a

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
vuestras congojas y anhelo de dicha, que no habéis logrado. El paraíso está fuera, más allá de esos muros, en las luchas de la vida. Y ahora voy a descansar. Guardemos silencio.

Simona volvió a acurrucarse a los pies de la abuela, llorando dulcemente, sin saber por qué. El terror la había dejado estupefacta, vacía de pensamiento. Las pocas partículas de alma que le habían quedado adheridas, como gotas, en las interiores paredes de la mente, resbalaban ahora hacia fuera, en lágrimas perezosas. Había escuchado a la abuela, sin entender una sola palabra. Esta especie de torpor espiritual no era espanto ante la presunción, de la muerte. Simona jamás había pensado, ni sabía, ni vislumbraba lo que era la muerte. La visión de la abuela inerte, por tierra, le había producido un efecto mecánico, así como al apretar un gatillo se descarga la escopeta. La carga, en la sensibilidad de Simona, la había puesto el amor. Por eso había quedado como estupefacta, vacía.

Urbano estaba en pie. Le carcomía la impaciencia, como quien lee un libro de aventuras, sabiendo de antemano el desenlace, y se apresura a hojear por encima las páginas, mirando a vista de pájaro. Él quisiera que todo aquello fuera más de

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
prisa, con mayor trepidación. Cuando creyó muerta a la abuela, se había rebelado contra la injusticia divina. Ahora, la abuela no presentaba trazas de morir. Y a Urbano le embistió un deseo irresistible de que doña Rosita muriese cuanto antes. Quiso evitar esta idea infame. Apartó los ojos, que tenía fijos en la vieja, y los detuvo, a la ventura, sobre una panoplia de pérfidas armas tagalas, armas arrojadizas, traídas por el capitán de fragata en tornaviaje de Manila, que campeaban sobre una cómoda, a corto trecho de una Dolorosa bajo un fanal. La idea criminal le perseguía. No osaba volver a mirar a la abuela, temiendo que su mal deseo saliese flechado en la mirada y matase materialmente. Se quería justificar en su conciencia, diciéndose que no deseaba la muerte de doña Rosita, sino concluir pronto; el tiempo apremiaba; había que salir cuanto antes de la casa. Y, por una inesperada asociación de ideas motrices, Urbano salió furtivamente hacia su alcoba, a preparar la maleta.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

LLEGÓ don Arcadio Ontañón, viejo médico de aldea y amigo de la familia, con su capote color-mostaza, que no se quitaba invierno ni verano, y su sombrilla verde-lorito, que usaba también para la lluvia. Pertenecía a la escuela de los médicos campechanos, que animan al enfermo a que tome sus dolencias y hasta la misma muerte en chanza: «Primero—explicaba él—porque lo moral llega a corregir lo físico. Segundo, porque se debe dorar la píldora, y la píldora más difícil de engullir es eso de que hay que estirar la pata.» En efecto, con sus salidas y donaires hacía reír a los enfermos más melancólicos. Su comicidad extremosa obedecía a que era muy tímido y afectuoso. Además, citaba a Hipócrates, Galeno y Avicena, en latín. «Aquellos eran médicos—exclamaba—. Con el Cristianismo se perdió la ciencia médica. Al Cristianismo, enemigo del desnudo y por lo tanto de la anatomía, no le interesa más que graduar, u ordenar, médicos del alma, confesores. El buen médico debe ser gentil o hereje. El progreso de la Medicina está en razón inversa del progreso del Cristianismo. Cuando se debiliten las creencias prosperará la Patología y sobre todo la Higiene. Yo soy un médico tan chapucero porque soy católico, apostólico, romano, gracias a Dios.»

Don Cástulo se lo había contado todo al médico.

—Hasta mí—respondió don Arcadio—llegaba el tole tole de que este en otra época hermoso cuerpo de la fortuna de Cerdeño estaba cancerado de hipotecas; y los desmanes de la viudita. ¡Esa viudita! Mire usted, señor: en mis largos años de práctica he descubierto que, así como el mundo de los sentidos se reduce a tres dimensiones, el universo de la Patología se reduce a tres enfermedades; dos de las mujeres y una del hombre. Las dos enfermedades de la mujer son: la soltería y la viudez. La enfermedad del hombre es... la mujer, es decir, el matrimonio. El matrimonio es la salud de la mujer, que hasta en esto nos ha de contrariar. El celibato es la salud del hombre.

—Protesto, protesto—había respondido don Cástulo.

Don Arcadio entró bromeando en la alcoba de doña Rosita. Como para él la broma más bufa era el matrimonio, dijo:

—Siempre anuncié que usted y yo acabaríamos unidos en dulce himeneo. Mil veces la requerí de amores. ¿Se decide a aceptarme, al fin? ¿Me ha llamado para eso? ¡Hosanna!

—No le he llamado para eso ni para nada—res-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
pondió doña Rosita, sonriendo débilmente—. Aquí,
su ciencia no es de ninguna utilidad.

—No vengo como médico; vengo como galán.

—Me encuentro muy bien, muy bien, muy bien.
Siento un bienestar como nunca. Tanto bienestar
que casi me ahoga.

—Ese bienestar se lo origina mi presencia. Es lo
que sienten las amantes fieles al recibir al amado.
Y yo, como amador, no me conformo con menos
que con escuchar con mi propio oído los latidos
de su corazón.

Y, con delicadeza, se inclinó a auscultar a doña
Rosita, quien continuaba murmurando, con voz
ahilada:

—¿Qué me va usted a decir que yo no sepa, que
yo no sienta? ¡Oh, muerte suave...! Y hay quien te
teme.

—Estoy complacido, sumamente complacido;
este corazón no late sino para mí—decía, con pe-
noso regocijo, don Macario, en tanto palpaba las
hinchadas manos de la señora, a pretexto de aca-
riciárselas.

Desde la puerta de la alcoba, volvióse el doctor
a decir:

—Queda a mi cuenta señalar la fecha del gran
acontecimiento.

—El gran acontecimiento está ya señalado—replicó doña Rosita, con los ojos muy abiertos.

—Me refiero al día de nuestra boda.

—No tardará usted en verme vestida de blanco, en traje de boda.

Fuera del aposento, don Cástulo interrogó, anhelante:

—¿Qué?

—*Exitus fatalis.*

—¿Inminente?

—En una semana, en dos días, hoy mismo: no lo puedo predecir con seguridad. Imagine una copa de sutilísimo cristal, toda quebrada, que milagrosamente se sostiene en pie; una moción, un contacto, un hálito, el más imperceptible, la desmoronan en añicos. Eso es su corazón. ¿Cuánto tiempo podrá permanecer en este estado?—Don Macario se encogió de hombros—. Estoy angustiado. Doña Rosita era digna de amor y de respeto. La trato desde hace seis lustros. Somos hojas de la misma primavera y el viento que a ella la arrebatara se me antoja como si zumbase ya en mis oídos.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

DESPEDÍANSE el médico y el preceptor en el jardín, (don Arcadio ya en su carricoche), cuando asomó un carruaje en lo hondo de la avenida.

Don Cástulo aguardó.

Del estribo saltó doña Micaela; corrió hacia don Cástulo; le tomó por las solapas de la chaqueta; le sacudió; y, con voz mate y rota, le preguntó:

—¿Consumado?

Don Cástulo veía, casi tocándole el rostro, la seca fisonomía de doña Micaela, demacrada como nunca, los ojos fuera de las órbitas, desvariados, el cabello en mechones, la capota al sesgo. Don Cástulo se sobrecogió.

—Responde. ¿Estamos a tiempo? ¿Se ha consumado?

Don Cástulo no respondía. Desesperábase en recobrar su ideación. Consiguió pensar y hablar a fragmentos:

—Muy grave... Una copa en pie, por milagro... Lo mismo puede ser esta noche que en una semana... Y la hipoteca vencida... Si pudierais vosotros, que sois ricos...

—¿Qué deliras ahí? ¿No percibes mi angustia mortal? Responde. ¿Está consumado? ¿Tienes algún indicio de que lo esté?

—¿El qué, Micaela? Serénate, hija mía; habla claro.

—¿El qué ha de ser? El matrimonio de Urbano.

—¡Ah, sí! Estamos al caer. Falta un pelo. Con las emociones recientes se me había ido el santo al cielo. Creí que hablabas de la señora.

—¿Seguro, seguro que no se ha consumado? ¿Estás seguro? Júralo, por tu salvación.

—¿Pues no he de estar seguro, Micaela? Tan seguro como te estoy viendo. Más; porque dudo que seas tú, en verdad, y no alucinación de mi espíritu, fatigado de tan recias e insólitas sacudidas.

Doña Micaela se desasíó de don Cástulo; derribó la cabeza hacia atrás, elevó los brazos al cielo, se estiró sobre la punta de los pies, y, con arrebatado contenido, exclamó:

—Señor, tu ira comienza a templarse; en el negro pan ácimo del escarmiento que me has dado a paladear pones por fin una dedada de levadura dulce. Aunque tarde, leo al cabo tu ineluctable designio. Si el matrimonio no está consumado, es que no hay matrimonio. Si no se ha consumado es porque Tú, Señor, lo has impedido. Hablabas, Señor, por la lengua de Leoncio, y yo, insensata, teniendo oídos, no te oía. Has tomado, Señor, mi corazón entre tus manos y le has dado una vuelta,

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

como haces con la tierra donde pisamos, convirtiendo la noche en día y el día en noche. Lo que antes estaba oscuro se ha iluminado en mi alma; y la vieja claridad se ha hundido en tiniebla. Aborrezco lo que amé y odio lo que adoraba. Perdón, mi Leoncio; rendida te estoy de hoy más; esclava tuya seré. Y en ti, Urbano, hijo mío, coloco la misma agria aversión que en aquella parte ciega de mí misma de la cual eres hechura, porque yo lo quise. He de matar a este Urbano de ahora, como está muerta aquella Micaela de antes.—Las últimas palabras fueron el tránsito desde la ancha modulación bíblica al ademán ordenancista y tiránico, habitual en doña Micaela. Acercando de nuevo su faz descompuesta al rostro, cada vez más asustado, de don Cástulo, prosiguió: —He consultado con el señor Palomo, el teólogo. Si no está consumado, no hay matrimonio, no hay matrimonio, no hay matrimonio. ¡Ijujú! El divorcio tengo en el puño. Nada ha pasado. ¡Libertad adorable! Vete, Cástulo, en busca de Urbano. Tráemelo, con cualquier excusa. Sin perder un instante. Huyamos de aquí. Volemos al lado de Leoncio, reventando caballos.

Don Cástulo, en un desesperado conato de insurrección, dijo:

—Ni Urbano ni yo podemos huir de esa manera. Todavía en lo de Urbano no me meto. Eres madre, y él menor de edad. Yo soy dueño de mis actos y hombre de conciencia. Micaela, respeta mi carácter.

—¿Carácter, tú? ¿Desde cuándo?

—En estos ocho días se me ha enderezado el carácter; te respondo.

—Tanto mejor. Te necesitamos a nuestro lado, por tu consejo más que por tu carácter. Pero si además nos socorres con carácter decidido, que no te sospechaba, doblemente necesitamos de ti.

Frente a doña Micaela don Cástulo se sentía entregado, inerme, como ante la voluntad del Destino, o bajo una fuerza cósmica. Sin embargo, intentó una postrera evasiva, por la persuasión moral, que era su fuerte único ante doña Micaela:

—La conciencia pública, y lo que es más grave, nuestra conciencia íntima que, aunque silenciosa, *sigillus magnus*, nunca se calla, nos vilipendiará por esta huida canallesca. Sí, canallesca. Abandonamos a doña Rosita, moribunda; a Simona, desamparada; nos proponemos frustrar el matrimonio... ¿Y qué fundamento decoroso aducirás? Que esta infeliz familia ya no os conviene porque se ha arruinado. Recapacita, Micaela.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Lo de la ruina lo esperaba, pero no lo sabía. Los que nos hemos arruinado somos nosotros. ¿Quién va a mantener el nuevo matrimonio? Ayer se ha declarado Leoncio en quiebra. Ha querido matarse, cortándose el cuello con una navaja de afeitar. Afortunadamente, fué con una navaja alemana, del bazar, de esas de mucha apariencia, pero que no cortan, según me explicó un dependiente. Está con él, sin separarse, Paolo Boscoso, ¡qué amigo!, porque no repita la tentativa. Volemos a su lado; volemos a su lado. Si ocurre una desgracia, tú serás el culpable. ¡Ay de ti, objeto de mi venganza!

En los ojos de doña Micaela, don Cástulo vió encenderse un lampo de demencia. Eran ojos de basilisco. Al recibir aquella mirada, don Cástulo sintió que su propio rostro se le iba petrificando en una carátula inmóvil e insípida. Estaba ya cabalmente anulado y a merced de doña Micaela. Fué en busca de Urbano. Al subir la escalera, le penetró un olor de estofado, con cuya virtud el rostro, todavía insípido y pétreo, comenzó a distendersele. Olfateó y chascó la lengua, maquinalmente. Maquinalmente, sacó el reloj, y dijo, entre sí: «Las cuatro. Y no hemos comido. Cómo pasa el tiempo. Cómo pasa el tiempo. ¿Han pasado ocho días?»

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Sin saber lo que hacía, asomó al cuarto de Urbano, y no le sorprendió verle sentado en la maleta, esperando.

—Tú madre está abajo, en un coche. Despachemos.

A Urbano, después de la extrema tensión continua, se le habían relajado todos los resortes. Desplomado el espíritu, se reposaba, en acidia absoluta. Le había vencido la fatiga de ser protagonista en una larga situación dramática, superior a la elasticidad de sus nervios. Necesitaba un reposo, un entreacto, antes de reanudar la acción. O mejor, que prosiguiese enredándose el nudo, sin su intervención, y que no le volvíesen a requerir sino después del desenlace, para relatarle lo ocurrido.

Urbano, con su maleta, siguió a don Cástulo. En el pasillo, cruzaron con uno de los criados, de apodo el *Remellao*, por un párpado que tenía vuelto, enseñando el forro brillante, como percalina carmesí. El *Remellao* llevaba en brazos un rimerro de piezas de ropa blanca y, en lo más empinado, un reloj de bronce, de chimenea, con unos pastores danzantes. Al ver a los señoritos, escondió la cabeza detrás del reloj, pero, a través de la entrepierna de uno de los pastores, se le veía el

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
ojo astuto, con el párpado carmesí que palpitaba.
Don Cástulo se acercó a hablarle al oído:

—Dirás a Conchita... bueno, ya sabes, la Conchona, que tenemos que marcharnos...

—Escapando de la quema—dijo el *Remellao*, con un suspiro, como si descansase del peso que llevaba encima.

Don Cástulo, sin oírle, continuó:

—Las desgracias nunca vienen solas. El padre del señorito, a las últimas, de una herida casual, en el cuello. Caso de urgencia. A nadie podemos decir adiós. Comprenderás que en este trance... Doña Rosita, acabándose también. A Conchita, serenidad, serenidad. Es una alhaja, vale un Potosí. Sabrá valerse. Quizás mañana mismo pueda yo volver. Escribiré en cuanto llegue. Adiós.

—Buen viaje—dijo el *Remellao*, con otro suspiro, o respiro.

Nada habló doña Micaela al ver a Urbano, sino:

—¡Adentro!—señalando la portezuela del coche.

Ya los tres en el carruaje, resonó en el interior la voz seca y autoritaria de doña Micaela:

—¡Arreal!

Rodó el coche por el guiño, con rumor de agua que cae sobre tizones. Lo último que se oyó fué un trallazo, que restallaba en el aire: dulcificado por

la distancia, sonó como un gran beso selvático, entre el canto de las aves.

A poco de dar la despedida a don Cástulo, el *Remellao* encontró—providencialmente, creyó él—a la Conchona, cada cual cargado y en opuesto sentido; el *Remellao*, con sus dos docenas de sábanas de Holanda y su reloj de bronce; la Conchona con cuatro canecas de ginebra, llenas de agua caliente, con que remudar otras tantas, ya tépidas, a los pies de doña Rosita. El *Remellao* estiró el pescuezo y asomó, por encima del grupo pastoril, el ojo bermejo, ahora alborozado:

—La Providencia te trujo, frescachona Conchona. Albricias te doy. Solos estamos. Los señoritos marcháronse. Quedan la vieja, que se va al otro barrio, ¡allí nos espere años luengos!, y la fata de la niña, que es como si no quedase nadie. Tampoco los señoritos valían cosa, pero llevaban calzones, que hasta una escoba con calzones es un espantajo y siempre mete un poco de miedo. Nues-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
tro es el campo. Cosecha a tu talante, como todos
hacemos. Embute bien el cofre, que no te has de
ver en otra como ésta. Sálvese el que pueda. Esto
se lo lleva la trampa. Lo que tú no apañes ha de
arramblar con ello el usurero ladrón. Roba al la-
drón, siquiera por el perdón que el proverbio te
promete. Derrama esos tesoros de barro que llevas
en brazos y truécalos por prendas de más sustan-
cia. Yo estoy por la lencería. Aún quedan piezas
como para un obispo, con sus puntillas de a pal-
mo. No desaproveches la ocasión, ya que la Pro-
videncia te trujo a este paso.

—La Providencia me trujo; bien dices, *Remella*
llao—rezongó la Conchona, con ambigüedad. A
la Providencia atribuía aquel encuentro y la cir-
cunstancia de hallarse con las canecas en bra-
zos, lo cual le estorbó colocarse involuntariamen-
te en jarras, amenazadora y provocativa, delatan-
do así sus irritados sentimientos y sus justicie-
ras, aunque todavía oscuras, intenciones. Luego,
oyendo al otro, pensó que el papel providencial
de aquellas canecas consistía en rompérselas al
Remellao sobre el cogote y escaldarle de arriba
abajo. En definitiva, la providencia le aconsejó el
disimulo, en tanto se enteraba de lo que más le
incumbía, apercibiéndose para las eventualidades.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

Dijo: —¿Marcháronse los señoritos? ¿Cuándo? ¿Por dónde?

El *Remellao* refirió lo que sabía, repitiendo, a su modo, las palabras de don Cástulo. Comentó finalmente:

—El raposo viejo y el raposín, rabo entre pier-nas, pies para qué os quiero, salen de estampía, porque en el corral acabáronse las gallinas y hus-mearon el garrote. Y el mociquín, ¿piensas tú que dejará a la señorita, así del todo, como quien dice con barriga, sin zapatos y en mitá de la calleja? Ya ves, irritome. Yo soy un hombre honrado. Eso es una cochinada. Ea, que me entra hormiguelo en los brazos, por el peso. Despáchate, Conchona, y no seas necia.

—¿Necia yo? Luego lo veredes. Sí que me voy a despachar a gusto.

La Conchona, lo primero, entró en la alcoba de don Cástulo. Allí estaba la maleta de cuero y alfombra, unas prendas de vestir colgadas de la percha, los avíos de tocador en el lavabo, sobre la mesa de noche un libro abierto, en cuyas páginas se marcaban, evidentes, las huellas de los pulgares de don Cástulo. Todo esto significaba que don Cástulo había marchado con precipitación, para volver en seguida. ¡Cómo le hubiera gustado a

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

Conchona poder leer el libro! Conchona se inclinó a besarlo, con religioso respeto y por amor a don Cástulo. Desde allí fué al aposento de doña Rosita y colocó las canecas calientes a los pies de la vieja.

—Gracias, mujer—dijo, mimosa y pueril, la señora—. Aunque el día parece caluroso, tengo heladas manos y pies.

Simona, acurrucada en el suelo, junto a la abuela, preguntó:

—¿Y Urbano? ¿Dónde está? ¿Por qué no entra a hacernos compañía? ¿Qué hora es?

La Conchona vaciló un punto. Luego respondió naturalmente:

—Los señoritos han ido a Regium, por medicinas y otras diligencias.

—Comprendo. Veo claro—dijo la abuela, abriendo mucho los ojos, algo nebulosos—. Deja, Simona, a Urbano por su cuenta. En estos casos, los hombres estorban. Estamos mejor las dos solas. No te separes de mí. Quisiera descansar y no puedo, a causa del ahogo, así que reclino hacia atrás la cabeza.

—Yo le enseñaré una postura en que descansen—intervino la Conchona, moviéndose ejecutiva. Le arrimó, al frente, una mesa; extendió encima dos

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
almohadas, y aconsejó:—Échese pálante y apoye
brazos y cabeza en la almofada. Ajajá. ¿Qué tal?

—Estoy muy cómoda, muy cómoda. ¿Dónde
has aprendido tú esto? Eres una enciclopedia,
Conchita.

—A mí, déjeme de motes, que no entiendo, aun-
que presumo que será una fineza de la señora. Soy
una bruta, pero con más corazón que un toro; y si
no, al tiempo.

Sin que Rosita ni Simona lo echasen de ver, si-
lenciosamente, la Conchona descolgó de la pano-
plia una lanza de hierro dentado, adornada de
plumas, y el revólver del capitán de fragata, que
pendía debajo de la panoplia.

Se escabulló a esconderlas en su cuarto.

Se dirigió a la cocina. Toda la servidumbre de
la finca, hasta catorce personas, estaba congrega-
da en un corrillo, cuchicheando apasionadamente:

—¿Ficiste tu agosto?

—¿Henchiste ya el troje?

—¿Hubiste buena cosecha?

—¡Válgame San Pedro, que no te habrás dormi-
do! Descuidada es la moza.

—A todos nos gana en arremango.

—Y estaba en los secretos de la casa. Esa ven-
taja ¿dónde me la dejáis?

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

—Los buracos do se esconde la plata vieja sábelos ella.

—La tajada de más grosura sacástela tú, Conchona; arreniego si me equivoco.

—Pa nosotros, unos probes cubiertos de diario, y espigados con tiento, porque no se note la falta.

Así dijeron, atropellándose, diversas voces, apenas entró la Conchona. La recién llegada impuso silencio, extendiendo las manos:

—Decime acá, ¿no vos muerde la conciencia?

—¿Muérdete a ti?

—Yo preguntovos a vosotros.

—Tomamos lo nuestro.

—¿Mercáisteslo entón cenes; quitáranvoslo antes?

—Quitárannos la soldada.

—A mí, débenme dende el otro verano.

—A mí, va pa tres años.

—Yo pierdo la cuenta.

—Yo tengo puesto dinero encima, pa pagar una cuentina, por no tener la señora dinero a mano en aquel instante.

—Y ese dinero, ¿de dónde lo sacabas?

—Déjate ahora y ven a razones.

—No furtamos, cobramos.

—Veriámonos al raso y sin maravedí en la faltriquera.

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

—Esto se hunde. Abrácese cada cual a su buena vejiga, pa flotar.

Después de una pausa, la Conchona declaró:

—Estoy con vosotros; quería sólo oirvos y conocer el atajo que seguíis. Poca mollera me mostráis. Perdidos sois. Vendrá el usurero, man a man con el juez y los perros de guardia. ¿Pensáis salir sin que vos registren el cofre? En la cárcel os veo, huesos quebrados y manos vacías.

'Silencio de consternación. Alguna mano aldeana arrascaba el crespo colodrillo.

Prosiguió la Conchona:

—De la tolla vengo a sacarvos, estúpidos. Llevai vuestra ganancia al henil de las vacas. Esconderémoslo todo entre la yerba. Ni un alma irá a registrar. Allí está a buen recaudo; las ventanas con reja y la puerta con llave. Por la noche sacámoslo; si no es hoy será mañana. Andai, andai apriesa, que yo tengo que disimular, a la vera de la señora. En media hora haréis la mudanza. Esperaime, que yo iré con lo mío. No he de faltar.

—Así Dios te salve, Conchona, que eres más aguda que el cuquiello.

—Bien dijiste cuquiello, que pone el huevo en el nido ajeno.

La Conchona aguardó, escondida, oyendo los

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

pasos cautelosos y espiando a los criados, uno tras otro, con el fardo del botín, camino del escondrijo. En pasando la media hora, la Conchona, asegurándose de llevar en el bolsillo del delantal la llave del henil, requirió la lanza y el revólver, y se dirigió bizarra a ejecutar sus planes. Le exaltaba el rostro una expresión bélica.

Se plantó en la puerta del henil, la silueta contra luz, y, con voz agria de mochuelo, gritó:

—Aquí vos quedáis, en la ratonera, como ratas puercas que sois. Yo sola me basto contra todos vosotros, que, aunque mujer, tengo pelos en la cara. Al que se desmande, por los huesos de mis defuntos que lo mato de un tiro o le afondo en la panza los dientes de este chuzo envenenado.

Nadie rechistó entre la sorpresa y el miedo. La Conchona cerró la puerta con llave. Cuando volvía a la casa, algunos criados se habían pegado a las rejas, mascullando injurias, blasfemias, maldiciones, y haciéndole, con puños y brazos, ademanes amenazadores u obscenos. La Conchona, sin dignarse mirar, prosiguió triunfante, endiosada, la lanza en alto. Don Cástulo la hubiera comparado con Palas Atenea. En su virilismo arrogante, estaba casi hermosa. El pelo amarillo podía pasar—el sol lo bruñía de soslayo—por un casco de oro.

Antes de retirarse, la Conchona fué en busca del viejo mastín familiar, Cerezo de nombre, jaro de pelo, corpulento como un borrico, sumiso como una cordera, bravo como un león, y lo condujo consigo a la casa, que atrancó por dentro. Cerezo conocía su camino. Por costumbre, subió en derecha al cuarto de doña Rosita. Bajo su pesadumbre, gemían las planchas de castaño, y, con sus uñas, producía en el suelo un ruido seco y tímido, como un niño que llamase con los nudillos a una puerta callada. Entró en el cuarto de la señora, contempló un instante el grupo silencioso de la vieja y la niña y se enroscó muellemente cabe Simona.

Entró después la Conchona con una taza de caldo para Simona. Doña Rosita parecía dormir. Oía-se su anhelito, rápido y superficial.

—¡Chissst! Tome este caldín—dijo la Conchona a Simona, tocándole en el hombro y bisbiseando.

—No tengo ganas. Acabamos de desayunar. ¿Qué hora es? ¿No viene Urbano?

—Urbano tardará en volver. Tome este caldín y no se repudra el alma, neñina.

—Se me va la cabeza.

—Eso es debilidad.

—No sé si he estado dormida o he estado des-

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
pierta. No sé si ha pasado un siglo o ha pasado
un minuto.

Simona absorbió el caldo, distraídamente. La
Conchona salió.

DOÑA Rosita se incorporaba, sin fuerzas apenas.
Dejóse caer sobre el respaldo del butacón:

—¡Cómo sube el olor de las rosas! ¿No lo ves,
Simona, subir en bocanadas, como un incienso?
¡Cómo vuela el canto de los pájaros! ¿No lo ves,
Simona? Cada nota es una cabecita de ángel, sin
cuerpo, con dos alitas al cuello. Levántate, Simo-
na. Acércate. Descuelga esta miniatura que llevo
en el pecho. Póntela tú. Así. Es tu bisabuela; no,
es tu retrato. Abre el vargueño. La columnita iz-
quierda del arco central es un secreto. Tira de ella.
Toma una llave de plata con cinta azul celeste.
Abre el cajón grande de abajo, a la derecha. Hay
varios estuches y un paquetito de papel de seda.
Tráelo todo sobre esta mesa. Así. Abre el estuche
grande. Dámelo acá. Es el collar con que me casé;
oro cincelado, diamantes rosa, esmeraldas y ru-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A
bías. Acércate que te lo ponga. ¿Pesa mucho? Así
era antes la argolla que se echaban al cuello las
casadas. Abre el otro estuche, color amatista. Es
la pulsera con que me casé. Acércate que te la
ponga. Qué ancha es, qué pesada, qué firme; bra-
zaletes de esclava, porque la mujer pertenecerá
siempre a su marido, y no habrá quien rompa esta
esclavitud. Abre el estuche redondo, el de piel ne-
gra. Acércate que te ponga esta diadema con que
me casé, porque la mujer será soberana del marido
y no habrá quien destruya este señorío. Abre esos
estuches pequeños. Acércate que te ponga todos
los anillos, como en una imagen de Nuestra Seño-
ra, porque la mujer será siempre una Virgen para
su marido, y no habrá quien enfríe esta adoración.

Doña Rosita hablaba solemne y desalentada,
faltándole el aire por momentos. Simona escucha-
ba y obedecía. Al oír las últimas palabras, comen-
zó a llorar dulcemente.

—No te acongojes. No me acongojes. ¿Por qué
lloras, Simona?

—Lloro de emoción, abuela. Me olvidaba decir-
le. Ahora sí voy a tener un niño. Estoy segura. Se
lo confesé a Urbano, de noche y al oído, como
usted me ordenó. Ahora es verdad. Urbano, al sa-
berlo, me respondió, muy triste, muy triste, que

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL
habíamos perdido la inocencia. Abuela, ¿por qué
la Virgen tuvo a Jesús, sin perder la inocencia, y
yo he perdido la inocencia?

Una onda tumultuosa de caricias agitó el corazón de la abuela. Quería sonreír, pero una tos repentina se lo estorbaba. Cerezo levantó la cabeza, a mirar a su ama, con ojos humildes, amorosos y mojados. Prosiguió la señora:

—Tendrás un niño, claro que sí. La inocencia, Simona mía, no la has perdido ni la perderás. Son aprensiones de Urbano.

—Quiero que usted se lo diga a él. ¿Por qué no está aquí Urbano? ¿Cómo tarda tanto en volver?

—Déjale que tarde; aunque tarde días, semanas, meses... No te impacientes. Esclava, señora, diosa; nadie romperá tu esclavitud; nadie destruirá tu señorío; nada enfriará su adoración. ¿Estabas ahí, Cerezo? Dios te bendiga, por estar a mi lado ahora. Sí, que Dios te bendiga; también eres criatura de Dios. Acuéstate. Y tú, Simona, vete hasta la cómoda. Abre el cajón más bajo. Saca el envoltorio de seda chinesca. ¿Huele a pimienta, verdad? Y a sándalo y a espliego. La especia que defiende; la madera perfumada que conserva; la flor que purifica. Pon el envoltorio sobre mi cama. Ábrelo. Extiende esas prendas con que fui al altar de mis

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

nupcias. El vestido de blanca seda brochada, recamado de perlas. Perlas falsas, no te figures. El velo de encaje. Ese velo vale un dineral. Bien quisiera dejártelo. Pero, no. Perdona; es una promesa sagrada. Mañana, para mis segundas nupcias, me pondrás ese traje, ese velo... Júramelo.

—¿Mañana, abuela?

—Júramelo. No comprendes. Ya comprenderás.

—Abuela, lo juro.

—Dame ahora ese paquetito de papel de seda, que está sobre la mesa. Acércate bien. Mira. Esto que parece polvo es una rosa. La rosa que me dió el día del primer beso. ¿Ves? Polvo. Pues yo beso ahora estas cenizas. ¡Benditas sean! Mira esto otro, entre el polvo; la flor de azahar, símbolo del matrimonio puro, de la unión entre dos como es debido. Mira esta flor; está como el primer día. El amor, el amor loco, pasó. Esto permanece. Coloca esta flor en el pecho. Consérvala toda tu vida. Déjasela a tu hija, si la tuvieras. Y esta flor siempre estará lo mismo, en tanto pasan las generaciones de rosas. Ahora, ayúdame a recostarme hacia adelante, sobre las almohadas. Voy a rezar, antes de descansar.

Simona, sin despojarse de las joyas, se sentó en tierra, apoyándose en el lomo de Cerezo.

LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL

PASÓ un tiempo indefinido. La abuela suspiró, con voz sutilísima y espaciada: «Capitán, ahora eres tú quien me espera en el puerto... También las campanas de la iglesia.... ¿Quién es ese anciano, de barba blanca, que... me tiende la mano... para desembarcar...?»

«Está soñando», pensó Simona, que permanecía como amodorrada. Pasó otro tiempo sin medida. Simona abrió los ojos. «Tengo la mirada turbia. No veo bien», dijo entre sí, restregándose los ojos. Se asomó a la ventana. Se había puesto el sol.

—¿Va a ser ya de noche...?—exclamó Simona—. ¡Abuela, abuela!

Al acercarse Simona, halló a la abuela rígida, helada al tacto.

—¡Abuela! ¡Abuela! —repitió, con un gran estremecimiento, que hacía tintinear las pesadas joyas antiguas en su cabeza, en su cuello, en sus manos.

Cerezo se había levantado de brazos y apoyaba ahincadamente la recia mandíbula sobre la rodilla de la señora. Oyendo a Simona, enderezó una oreja, sin moverse, y ganó por lo bajo, con duelo.

Simona, entre la sombra, tropezando, corrió a la puerta del aposento. Sus alaridos poblaron la casa desierta. Acudió la Conchona, con una luz, a cuyo reflejo Simona se cubrió de dardos y escin-

R A M Ó N P É R E Z D E A Y A L A

tilaciones. La Conchona dejó la luz en el suelo y se abrazó con Simona, besándola mimosamente.

—Apóyate en mí, neñina—balbucía la Conchona—. Soy basta y ruda como muro de piedra; recia, como castillo. A mi amparo, estás guardada y a seguro.

Sonaron aldabadas en la puerta y luego una voz:

—¡Abran a la justicia!

La Conchona se asomó a la ventana, gritando con su voz de mochuelo:

—Justicia, la de Dios. Váyanse con Satanás, o les vierto aceite ferveando y les echo el mastín.

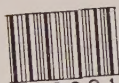
Cerezo, empinándose hasta el alféizar, ladró con braveza, en la noche.

FIN

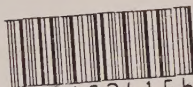
Portugal. Praia de Granja. Setiembre, 1922.

✧ *Esta novela de la Luna de Miel y de Hiel, Cuarto Menguante y Cuarto Creciente, prosigue y concluye con LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA* ---NOVILUNIO, PLENILUNIO---, *novela.* ✧

863.59 P438A



a39001



008163415b

